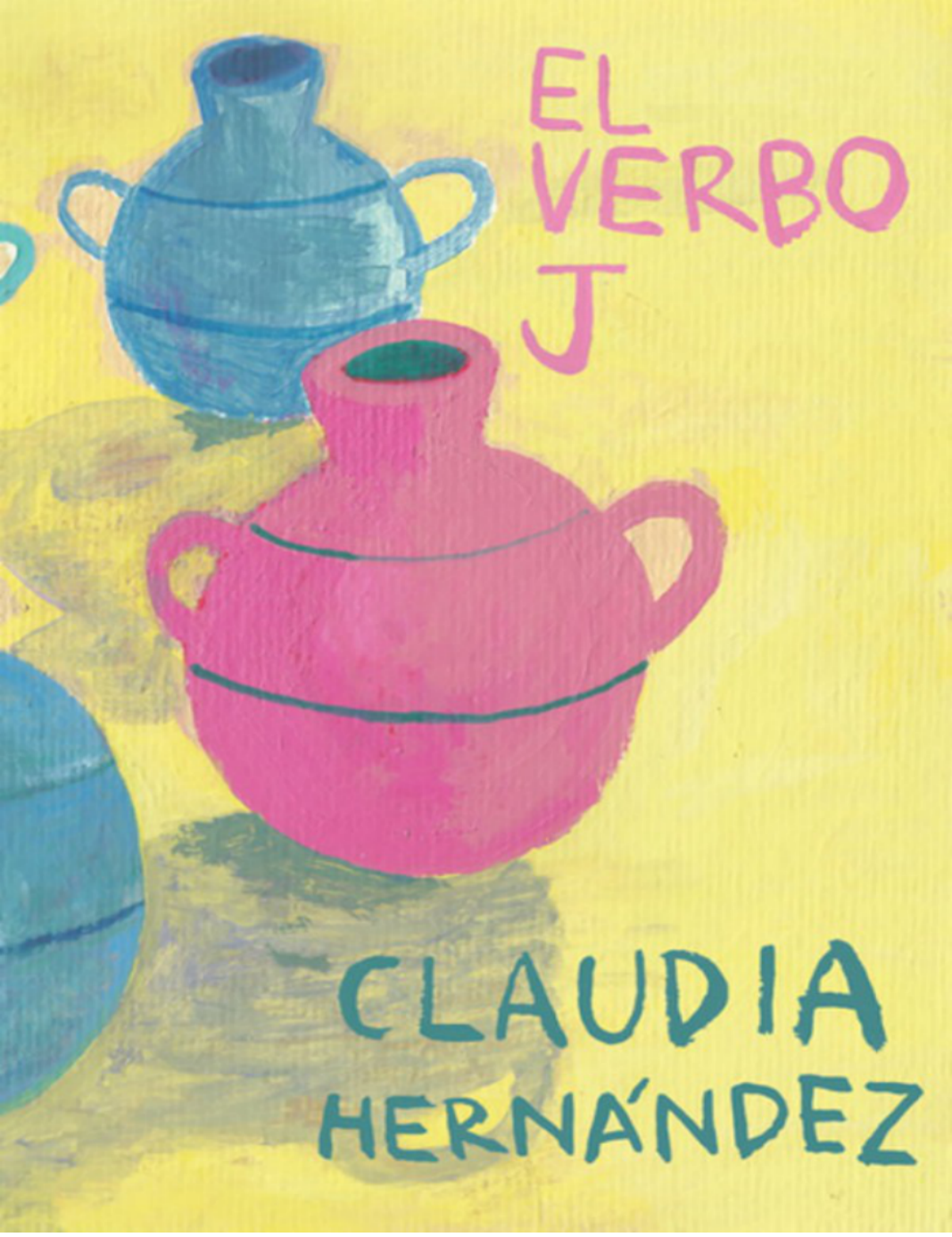
EL VERBO J
CLAUDIA HERNÁNDEZ

EL VERBO J

CLAUDIA HERNÁNDEZ

EL VERBO J

CLAUDIA HERNÁNDEZ

LAGUNA•LIBROS

eLibros

El verbo J
© Claudia Hernández

© Laguna Libros
www.lagunalibros.com

* * * * * *

PRIMERA EDICIÓN:
Bogotá, septiembre de 2018

© 2018, de la edición electrónica:
Laguna Libros, eLibros Editorial, octubre de 2018
www.elibros.com.co
Calle 74 A 22-31, of. 311
Bogotá, Colombia
Tel. (571)731 0931
Email: info@elibros.com.co

DIBUJOS DE LA CARÁTULA Y AUTORA:
Powerpaola

ISBN 978-958-5474-30-7 (epub)
ISBN 978-958-5474-31-4 (azw)
ISBN 978-958-5474-29-1 (impreso)

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra
sin permiso expreso de eLibros Editorial.
Hecho en Colombia - *Made in Colombia*

YO

Yo estoy bien. Sé que voy a estarlo. La mujer que asistió a mi madre cuando di mi primer llanto le aseguró que, con el tiempo, lo estaría, pero que debía ella tomar algunas medidas mientras ese entonces llegaba. ¿Cómo cuáles? ¿No lo entiende? No. Todavía no salía de la sorpresa de que le anunciara que había dado a luz a un varón en lugar de la niña que había apostado que tendría cuando debió escucharla decir A este niño va a tener que tratarlo distinto al resto. ¿Tiene algo malo? Está en el sitio equivocado, le respondió.

A mi madre, eso no le pareció un problema hasta que mi padre sacó la pistola que usaba en su trabajo, me llamó Hijo de la gran puta, me la puso en la cara y dijo Te voy a matar. Desde entonces, corría a despertarme y me sacaba al escampado cuando veía que él regresaba a casa borracho. Me rogaba que, aunque oyera ruidos y llantos, no entrara. Me pedía que me subiera a un árbol y esperara ahí hasta que las cosas se calmaran o ella resolviera todo. Y me ataba a las ramas porque sabía que me dormiría esperando.

A la mañana siguiente, una comadre suya llegaba a desatarme porque ella estaba siempre golpeada, se le dificultaba moverse y solo quería llorar después de que mi padre la hacía darle de desayunar y se largaba. No contestaba a mis preguntas ni dejaba que le viéramos la cara. Su comadre nos pedía que la dejáramos descansar. Nos daba de comer y se ponía a ayudarla con la ropa. Mis cuatro hermanas mayores estaban siempre asustadas. Lloraban todo el tiempo. El único que parecía feliz era mi hermano menor, que solo estaba interesado en jugar y en comer.

La vez en que mi padre le quebró el brazo a mi madre durante una golpiza, esa comadre nos llevó a ella y a mí donde una señora que, decían, hacía brujería. Ella escuchó lo que mi madre le explicó quedito, me miró con detenimiento y le dio unas pastillitas para que mi papá dejara de pegarnos. Le dijo que se las pusiera en el café, pero también que entendiera que su magia tenía límites y que sería mejor que, tan pronto como pudiera, me enviara a un sitio donde en

verdad estuviera a salvo. Mi madre contestó que el único lugar donde podría estarlo era a su lado. Por eso siempre me llevaba consigo. Pero, pocas semanas después, me pidió que pasara unos días con esa señora: mi padre se había quedado sin empleo y estaría tanto tiempo en la casa que no habría manera de evitar que me viera y estallara en cólera. Me juraba que no sería mucho: mi padre era un hombre de gran valía. Estaba segura de que conseguiría otro empleo pronto y nuestras vidas volverían a ser como cuando él no nos pegaba o, al menos, tolerables. También me pedía que colaborara en todo lo que la señora con quien me dejaba me pidiera. Así fue como terminé vendiendo en el mercado trenzas de ajo que llevaba colgadas al cuello, trayendo y llevando alcohol de las cantinas para sus clientes y haciendo todos los pequeños mandados que me asignaba.

La señora me decía que me quería, pero que no podía perdonarme que la gente me engañara a la hora de dar los vueltos. Se molestaba. Me decía que me lo descontaría de un sueldo que jamás vi, pero que asumo que le pagaba a mi madre porque la pobre me pedía que tuviera más cuidado: necesitábamos el dinero. Cada moneda que se perdía a causa mía le quitaba comida a mi hermano. Yo debía recordar que debía cuidarlo y protegerlo a él porque era más pequeño que yo, tal como las gemelas hacían conmigo.

A ellas las había mandado con una familia que trabajaba la pólvora. Pasaban el día entero enrollando a mano petardos para ayudar con la casa y pagar lo que se necesitaba para ir a la escuela. De lo que les quedaba, me daban siempre algo a mí. A ellas les regalaba algo la segunda de nosotros, que también trabajaba con pólvora, solo que para un taller más grande que operaba de noche con baja luz y cubría con mantas las ventanas para que ni la guardia ni la guerrilla fueran a notar que estaba funcionando durante el toque de queda y malinterpretaran sus acciones. A ella le compartía mi mamá de lo que mi papá le dejaba cuando trabajaba porque la primogénita no podía: había nacido enferma y necesitaba que la cuidaran todo el tiempo. Era como un bebé gigante que, además, tenía muy mal carácter. Tan malo que a veces mi madre la ataba al tronco de un árbol hasta que se cansara de gritar y de hacer berrinche. Mi madre decía que, aunque el cuerpo le crecía, la mente de ella era y sería siempre más pequeña que la de todos, por eso mi hermano menor tendría que encargarse de darle algo cuando ya tuviera edad de salir a trabajar. Pero había que esperar un buen tiempo para que eso llegara: él era muy pequeño todavía. Yo, en

cambio, ya tenía edad. El hecho de que se me estuvieran cayendo los dientes era señal de que incluso podía trabajar de noche. Así que, cuando la señora lo necesitaba, salía con ella a unos montes donde enterraba muñecos con nombres de personas después de rezar una clase de oraciones que jamás se escuchan en las iglesias. Le ayudaba a cargar las cosas y a hacer lo que me indicara. Por esas ocasiones, me daba una moneda para mí, no para mi madre. Para ti. Guárdala. Te va a servir para cuando te vayas. ¿Adónde? Al lugar adonde vas. Lejos.

Yo se la daba a mi mamá para que me la guardara porque yo no tenía dónde: ni una gaveta era mía, no tenía ni siquiera un baúl o una caja que me perteneciera o estuviera destinada de forma exclusiva a mí. Cuando la señora se enteró de lo que hacía, comenzó a decirme que buscara otro lugar para hacerlo o nunca podría irme de ahí. A mi madre el comentario no le agradó, así que decidió alejarme de su lado y ponerme a trabajar también con familias que se dedicaran a la pólvora.

Al principio, ni una quería. Decían que no, que podían tener problemas. ¿Qué pasaría si llegaba la policía y me encontraba en el taller? Peor todavía, ¿qué pasaría si, por mis descuidos, terminaba yo por hacer estallar el lugar? Lo perderían todo. No. No podían arriesgarse. ¿Incluso si le paga menos? Eso era otra cosa. Podían considerarlo. Pero solo durante la temporada. Por supuesto, me darían trabajos menores mientras no desarrollara la habilidad requerida para esa labor. Quizás, hacer mandados o llevarle el agua a la gente en la fábrica. Pero no querían que le hiciera conversación: distraer a los demás puede ser fatal, ¿sabes? Tampoco querían que cantara: para eso estaba la radio.

Las gemelas dijeron que yo era mejor para fabricar que cualquiera de los adultos que estaba ahí. Los adultos se ofendieron. ¿Cómo podía ser mejor que ellos? Tiene gracia para vender. Es el mejor con los vueltos. Y no roba. ¿En serio? ¿Quieres intentar? Yo acepté y comencé a vender en el puesto que pusieron en el mercado. Parece que lo hice muy bien porque me felicitaron y, al final de la quincena, me dieron un dinero para lo que yo quisiera. No para tu madre, sino para algo para ti. ¿Hay algo que desees?

Quería una manzana de las que vendían en la plaza. Nunca había probado una. En casa no teníamos ni navidades ni cumpleaños, ni motivos para que hubiera algo parecido a un postre. Una manzana costaba demasiado, decía mi madre y nos hacía la lista de cosas que podíamos conseguir para todos con lo que pedían en el mercado por una sola de ellas. Eran caras porque venían de

muy lejos, de un país donde la temperatura era muy distinta a la nuestra y la gente hablaba de otra manera. ¿Por qué querríamos malgastar el dinero en eso? Porque se veía hermosa. Y la gente que la comía parecía feliz de hacerlo. Y porque queríamos probar el sabor que decían que tenía los que no compartían con nosotros. Por eso la compré y la llevé a casa para que la comiéramos entre todos. Mi hermano la devoró de inmediato y pidió más. Mi madre compartió con él la porción que le correspondió. Las gemelas se la fueron comiendo despacio, como para que no se acabara. La segunda de mis hermanas comió la suya hasta después de darle de comer a la mayor en la boca el trozo que cortamos para ella.

No creo que mi padre haya comido el suyo. No recuerdo haber visto que lo tirara a la basura, pero tampoco tengo presente que lo haya tomado. Es posible que lo haya hecho desaparecer cuando se levantó. El hecho es que no comería nada que yo hubiera llevado. No le agradaba siquiera tenerme cerca. Le incomodaba que mi madre me quisiera. Le molestaba, como a las hombres de las fábricas de petardos, que mis movimientos fueran más femeninos que los de mis hermanas. Le indignaba que me gustaran los hombres, aunque en ese entonces yo no estaba enterada de mis preferencias. No entendía. Sabía nomás que prefería estar con los niños que con las niñas, pero no para jugar a los soldados, sino por la sensación que me provocaba la proximidad con ellos. El roce o la simple vista hacían que sintiera algo que ahora de vieja ya no siento, algo acá en el estómago que era como el hambre, pero que me ponía nerviosa y alegre a la vez. Por eso buscaba participar en juegos donde pudiera estar adelante o detrás de uno.

Era el tiempo en que los niños de la zona todavía jugaban conmigo. Luego, uno a uno, fueron dejando de hacerlo. Sus padres temían que se contagiaran de mis maneras si se acercaban demasiado. Les decían que eran hombres y debían hacer cosas de tales para seguir siéndolo. Imagino que por eso les celebraban que me persiguieran en la escuela para hostigarme o que hicieran mofa de mí. Mi propio padre le aplaudía a mi hermano por hacerlo. Mi madre, en cambio, le decía que debía tratarme bien y llevarme a jugar con él y con sus amigos para que me hiciera hombre. Él aceptaba sin objetar, pero, cuando estábamos ya en la ruta, me decía ¿Sabes qué? Mejor no te llevo porque van a decir mis amigos que soy igual que tú. Entonces me dejaba al pie de un árbol hasta que su partido o lo que fuera que jugara con sus amigos terminara y regresaba por mí para que mi mamá nos viera entrar juntos, nos preguntara cómo nos había ido y le respondiéramos que muy bien,

que habíamos jugado hasta el cansancio y que queríamos comer algo. ¿Tenía algo para nosotros?

Como cada vez había menos y las gemelas estaban llegando a la edad en que empezarían a necesitar cada vez más cosas, la segunda de mis hermanas le dijo un día a mi mamá que todo sería mejor si la dejaba partir a México. Le habían dicho en el taller que ahí podía encontrar un mejor trabajo y ayudarnos a no pasar hambre. Había guardado el dinero suficiente para llegar si se iba por tierra y caminaba algunos tramos en lugar de usar siempre el camión. Tenía también una dirección a la cuál llegar. Lo que necesitaba era que le firmara un papel en el que autorizaba su salida.

Mi madre tuvo que confiar en lo que le decían que estaba escrito en el papel porque jamás aprendió a leer. Por firma, colocó una equis guiada por la mano de mi hermana, quien se marchó al día siguiente de nuestra casa. Entonces mi madre me anunció que habría un cambio.

En esa casa, todos compartíamos cama: mi madre dormía con mi padre, la mayor dormía con la segunda, las gemelas estaban siempre aliadas y mi hermano y yo éramos un bando con cama propia, aunque él decía que no éramos del mismo equipo. Pero, a partir de ese día, yo pasé a dormir con la mayor y a ser también el responsable de cuidarla, alimentarla y atarla al árbol cuando se pusiera furiosa o incontrolable. Las gemelas siguieron juntas. Mi hermano pasó a dormir con mi madre. Y, como una de las camas desapareció (supongo que fue vendida para pagar algo), mi padre comenzó a dormir en una hamaca que él mismo llevó del mercado.

Nadie podía acostarse en ella como tampoco nadie podía usar su vaso, su plato o sus cubiertos. Mi padre odiaba que otros usaran lo que era suyo. Una vez que dejaba de ver la televisión, la encerraba con llave en un almacén para que nadie más la encendiera o siquiera la tocara. En cambio, no le molestaba tomar lo de los demás. No tenía reparos, por ejemplo, en apropiarse de lo que enviaba mi hermana desde México o en tomar la paga de las gemelas para comprar cosas para sí. Tampoco lo tuvo para agarrar el dinero que yo había juntado de los pequeños trabajos que hacía y había ocultado en los cuadros de santos de mi madre, seguro de que ellos me lo cuidarían y me lo multiplicarían para ayudarme a salir de ahí algún día.

Yo lloré, lloré, lloré. Grité, por primera vez, que lo odiaba, que él no era mi padre y que lo iba a matar. Además, que lo iba a matar con mis propias manos, para que encima se asqueara.

Mi madre me decía que me calmara, que lo iba a solucionar. Y le

pidió a mi hermano que me atara al tronco del árbol en el que atábamos a mi hermana hasta que ella le indicara que me soltara.

Se fue a buscar a mi padre a la cantina o al prostíbulo en que estuviera, lo hizo regresar a casa, sacar el televisor que tanto amaba del almacén, encenderlo para nosotros esa noche y ponernos algo que no fueran las películas de Cantinflas que él siempre miraba.

El hombre amaba ese televisor. Y supongo que me odió cuando se vio forzado a venderlo al día siguiente: mi madre le exigió mudarnos de inmediato. El lugar en el que estábamos no era bueno para mí. Ya no era solo que me marginaran de los juegos y me hicieran burla, sino que podían matarme, no los vecinos, sino la guerra que había en el país.

Los soldados me habían reclutado a inicios de esa semana. Tenía yo apenas trece años. Iba caminando rumbo a un sitio desde donde se veía la cancha cuando vi a todos los muchachos que solían jugar en ella correr en la dirección contraria. Me dijeron luego que, cuando estaban en la cancha, alguien avisó que corrieran a esconderse porque llegaban los soldados. Yo, que no entendía la situación, ya no pude retroceder. Fui la primera en ser tomada e insultada por ellos. Me metieron en un camión que después llenaron con otros más y me metieron en una prisión pequeña y sucia donde lloré y lloré por dos noches mientras me decían Ya cállate, culero, sin que yo supiera qué querían decirme con esa palabra. Solo quería que me sacaran de ahí. Me asustaban los soldados y me asustaban los malandros que estaban encerrados en ese mismo sitio.

Los muchachos de la cancha que también fueron atrapados me pedían que me tranquilizara, pero nadie pudo hacer que me calmara sino solo el esposo de mi madrina, que era militar y firmó un papel para que me dejaran salir de ahí. No me habló, no me miró, solo le dijo a mi mamá que tuviera más cuidado conmigo. Si podía, debía mandarme para otro sitio: el lugar donde vivíamos seguiría siendo visitado por soldados que necesitaban gente en sus filas, preparada o no. Mi madre no dijo entonces que no teníamos adónde ir para que él no fuera a pensar que estábamos pidiéndole más ayuda de la que ya nos había dado. Ella era así. Me pedía que, incluso cuando mi madrina llegara al pueblo a visitar a su madre, no me acercara a saludarla para que no fuera a creer que quería algo de ella, así que no tenía la costumbre yo de saludarla ni a ella ni a su esposo vestido de militar, por eso no le hablé cuando llegó con mi madre a sacarme del cuartel. Supongo que para él fue mejor que los soldados que me llamaron niñita todo ese tiempo no lo vieran ser abrazado por mí. Quedaba mejor como el buen hombre

que ayudaba a una mujer desfavorecida y de paso ayudaba al ejército a librarse de un inútil que seguro habría muerto en las primeras de cambio o le habría dado mala fama a la unidad.

Los días siguientes, no salí sino solo si me llamaban para hacer un trabajo: quería recoger lo que, en mi mente, me faltaba para poder irme de ahí de una buena vez al sitio al que se suponía debía llegar en la vida. Con tres mandados, pensaba, completaba para largarme. E iba a hacerlo. Estaba resuelto. Pero no contaba con que los santos de mi madre le tendrían tanto miedo a mi padre como todos nosotros y no intervendrían cuando él estuviera metiéndoles mano para llevarse con él mi dinero y mi salida de ese sitio.

A mi madre no le quedaba nada de lo que alguna vez le había dado a guardar para mi partida. Dijo que había tenido que usarlo y recuperarlo varias veces para una cosa o para la otra: siempre había necesidades en la casa o el vecindario. No se imaginaba que fuera a usarlo justo en ese momento. Si no, no lo habría dado para ayudar con el funeral de uno de los muchachos de la zona. Como a mí, lo habían reclutado. A diferencia de mí, no hubo forma de sacarlo del cuartel sino cuando llamaron de él para decir que había muerto en combate. Me pedía que la disculpara: no había podido negarse. Me juraba que nos iríamos lejos, que haría que mi padre encontrara un lugar en el que estuviéramos seguros.

El sitio al que nos mudamos estaba lejos de ser hermoso, pero quedaba en la orilla de la ciudad. No había servicio de agua ni de energía eléctrica, ni una casa que estuviera hecha para nosotros. Pero, al menos, decía mi madre, estábamos fuera de ese otro lugar y no pagaríamos renta. Mi padre tendría más posibilidades de encontrar un empleo y nosotros iríamos a mejores escuelas. Con suerte, en unos años podríamos vivir en una casa que tuviera paredes de ladrillo y fuera propia. Mientras, debimos todos ayudar a levantar un refugio de láminas, varillas y lodo donde pudiéramos caber de noche. De día, podíamos andar por todo el asentamiento si queríamos. No más allá de él porque todavía no conocíamos bien el área y no sabíamos qué esperar.

A las gemelas el carácter les cambió mucho en ese tiempo. Mi madre decía que era parte del crecimiento, que todos, cuando llegan a la edad del chucho, se vuelven irreconocibles. No debía preocuparme: con el tiempo se calmarían y regresarían a ser lo dulces que habían sido. Si no querían prestarme atención entonces no era porque estuvieran molestas porque tuvimos que dejar todo

atrás por mí y debieron entregar todo el dinero que habían ahorrado para construir la nueva vivienda, sino porque les parecía muy niño y ellas querían comenzar a saber ya cosas de grandes. Sería mejor que no las molestara. Era mejor que la ayudara a ella con las tareas de la casa: había mucho que resolver todavía. ¿Tenía idea yo de qué podríamos hacer cuando la mayor se pusiera intolerable? No había árboles ahí a los cuales atarla.

No había muchas cosas. Por eso, los muchachos de las guerrillas llegaban con frecuencia a explicarnos que la vida podía ser de otra manera si nos uníamos todos. Mi madre decía que esas eran, si no estupideces, sendas mentiras. Y, además, peligrosas. No quería que me acerca a escuchar ni anduviera repitiendo lo que ahí se decía. Por algo como eso podían pasarme cosas peores que con los soldados. Pero hacía una excepción cuando esos mismos muchachos llevaban al asentamiento pollos o cartones de leche de los camiones que habían interceptado y robado, pedían que te acercaras a traer lo que te correspondía y luego te aseguraban que ellos iban a pelear por ti para que tuvieras siempre de todo eso que entonces te estaban dando. Porque lo merecías. Entonces mi madre me empujaba a que fuera a traer todo lo que pudiera o lo que me dieran. A mi hermano no porque, para ella, estaba muy pequeño para andar en eso. No podría correr con todo el peso si los soldados o la policía llegan en ese momento a tratar de capturar a los jóvenes benefactores. Me decía Tú eres el mayor, vete a traer ya, antes de que los demás se lleven todo. Y luego no dejes que te quiten lo que agarres. Odiaba la idea del robo. Yo le pregunté si lo que hacíamos nosotros no lo era también. Respondió que no, que de ninguna forma… En todo caso, lo habían robado ellos, no nosotros. El único pecado que podríamos estar cometiendo era el de ser lentos al no tomar lo que se nos estaba dando, así que era mejor que me apresurara.

Las filas eran siempre largas y siempre había alguien que trataba de acortar su tiempo de espera metiéndose en ellas. Por lo general, delante mío. Asumían que, como era nuevo ahí y más débil que el resto, no pondría oposición. No contaban con que los muchachos que repartían estaban siempre pendientes y, tan pronto como detectaban el movimiento a causa de mis quejas, detenían al abusón y le decían Compañero, no debemos reproducir las injusticias del sistema. Por favor, tenga calma y haga la fila. Luego me pedían a mí disculpas por lo que había sucedido y, para enmendar la falla del otro, me pasaban primero que a los demás o me daban doble ración de lo que fuera que repartieran ese día.

La cosa era distinta cuando se trataba del agua. Como la llevaba un camión del Estado y siempre era limitada, había golpes y riñas por tenerla. Los más grandes y los más fuertes se quedaban con lo que querían. Los demás peleábamos por lo que quedaba con los de nuestra categoría. Como en las luchas o en el boxeo.

Mi peso equivalía al minimosca: me tocaba pelear con los bebés y las niñas. Así que, como a ellos, me tocaba también ir a buscar agua a otros lugares. Por lo general, a las casas de verdad. Nos mandaban a ellas porque decían que ahí había por montones y que la gente que las habitaba no solía negarle nada a los niños. Incluso los perdonaban si no preguntaban y solo entraban a sus jardines con los depósitos que tenían, abrían la llave y los llevaban hasta donde podían cargar. Por los adultos, en cambio, no soltaban una sola gota. Amenazaban con soltar a los perros o llamar a la policía si persistían. No importaba que la gente explicara que tenía necesidad, los habitantes respondían que eso era robo, que para eso tenían boca: podían pedirla. No lo hacían porque sabían que se las negarían. Tal vez no la primera vez, pero sí al siguiente día o la siguiente semana, o al final del mes, cuando el recibo por el uso resultara disparado.

Yo, a pesar de lo que me sugerían los demás, tocaba siempre el timbre y pedía a los dueños o a la empleada doméstica de ellos su autorización para tomar un poco.

En general, los desconocidos siempre me trataron bien. Nunca me pasaron adelante ni me pidieron que jugara con sus hijos o los visitara todas las tardes, pero no me negaban el agua. Incluso llegaron a sugerirme que consiguiera un depósito más adecuado para que la carga me resultara más sencilla. De ahí fue que saqué la idea de comprar un cántaro. No uno de barro porque, aunque conservara más fresca el agua y le diera mejor sabor, era un hecho que se rompería con facilidad en medio de las luchas por el agua en el asentamiento o si yo llegara a tropezarme en el camino si veía a la policía o a los soldados por los alrededores: un cántaro de plástico que fuera proporcional a mi tamaño y que fuera solo mío. No sería un gasto, sino una movida inteligente porque así mi hermano podría ayudar también a acarrear agua en el mismo momento. Mi madre no podía regañarme porque lo compré con mi dinero y porque no salí de la comunidad para conseguirlo. No había necesidad: alguien que había visto oportunidad había llevado unos del mercado más grande del país para revenderlos a los que vivíamos ahí.

El rosa que yo elegí había sido pensado para tentar a alguna de

las chicas de la zona, pero me fue entregado sin remilgos, aunque con risas muy poco disimuladas. Yo lo anduve feliz todo el día. Pero, cuando regresé al final de la tarde a la casa, mi madre perdió el control cuando me vio, me pegó fuerte fuerte y lo quemó frente a mí. Me dijo El rosa no es para hombres. No vuelvas a comprar uno así.

No habría podido: no me quedaba más dinero. Debía esperar a que alguien quisiera contratarme para algún trabajo. Era poco probable ahí: la gente hacía las cosas por su cuenta o contrataba siempre a otro, a alguno que no fuera como yo, a los niños que, en la nueva escuela, se unían para golpearme en los baños, golpearme en los pasillos, golpearme en las canchas o golpearme en los salones de clases sin que los profesores les dijeran algo o los llevaran a comparecer ante el director.

Mi madre me compró luego, de su dinero, un cantarito del azul más miserable y opaco que pudo y me obligó a sonreír y a darle las gracias por el obsequio. El día de la pérdida del cántaro rosa habría sido el más horrible de no ser porque, unas horas antes, había conocido al niño más hermoso que alguna vez había visto. Era nuevo en el asentamiento y, como yo un año atrás, había perdido su pelea por un poco del agua de la pipa que había enviado el gobierno. Yo estaba embobada porque todo en él era perfecto: el rostro, las piernas, todo. Él no reaccionó cuando le dije Hola. Se quedó viendo mi cántaro rosa con desaprobación. Temiendo que, como los demás, se alejara, le pregunté si quería que lo llevara a un sitio donde podía conseguir agua sin pelear. Conocía muchos buenos lugares. Tenía ubicadas las casas exactas y las horas en las que era más probable encontrar a la gente que accedía a nuestras solicitudes. Podía llevarlo conmigo. ¿Quería?

A mi hermano nunca lo llevaba. Mi madre decía que, ahí donde hubiera, debía avisarle yo a mi hermanito para que él llegara después y consiguiera también. Pero resultaba que no me daba la gana que la tuviera fácil, no solo porque me quitaba los zapatos y los arruinaba, sino porque llevaba un tiempo diciéndome que, si le daba del dinero que me había quedado después del robo de mi padre, él me protegería de los matones de la nueva escuela que me golpeaban, pero nunca se aparecía en el momento en que me daban palizas aunque cobrara por adelantado.

Y, como no se presentaba como pariente mío en la escuela, yo no lo presentaba como uno en las casas donde me daban agua. Lo dejaba que intentara en las que siempre decían que no y encontrara luego una buena manera de explicarle a mi madre cómo era que no

había conseguido lo que le mandaron si era tan sencillo que hasta yo lo hacía bien, y aceptara el regaño o el castigo que le impusieran. A este niño nuevo, en cambio, no quería que le sucediera nada de eso. No solo le expliqué cómo debía pedir las cosas y a quiénes, sino que también lo acompañé. Además, lo presenté como primito mío. Habría querido decir que era mi hermano menor y, con ese pretexto, tomarlo de la mano todo el camino, pero era tan bello y tan distinto a mí y a los otros niños de la zona que nadie lo habría creído. Parecía más un hijo de las casas que tenían agua corriente.

Fue el único amigo que tuve en ese sitio. El único que no me golpeaba y el único cuya madre, en lugar de alejarlo de mí, salía a encontrarme cuando volvía de la escuela, tomaba mis cuadernos y me invitaba para que compartiera un rato con él. Me trataba de usted y me hacía pasar al conjunto de paredes de cartón y plástico que tenían por hogar. Preguntaba siempre si quería algo de beber o algo de comer.

Lo único que yo quería era que dejara de hacerme preguntas y no me distrajera de mirar a su precioso niño. Me gustaba estar con él. En parte porque era el único que jugaba conmigo y en parte porque era muy guapo. Tenía las piernas muy bien moldeadas. Yo las veía de reojo mientras él me mostraba sus libros, sus cuadernos, sus barajas. Quería tocarlas, pero nunca lo hice. No creo que a su madre le hubiera gustado. Si hubiera llegado a sus oídos los rumores que le llegaron a la mía, habría dejado de enseñarle a que me abrazara cuando llegaba de la mano de ella a su casa. Quizá también le habría dicho que dejara de invitarme a la cancha para jugar beisbol con sus amigos, aunque, de todas maneras, yo ni iba. Acostumbrado siempre a mirar desde lejos, me subía a un árbol para verlo lanzar sin que lo molestaran a causa de mi presencia. No quería que terminara siendo hostigado como yo o convertido en uno de ellos. No necesitaba más problemas: su padre estaba muerto desde hacía unos años y su hermano lo estaba desde hacía unos pocos meses.

Su madre y yo luchábamos para que no desistiera de ir a la escuela. Mi madre luchaba para que yo dejara de acercármele: mi hermano y sus amigos le habían llegado con el chisme de que había algo entre ese niño y yo, que pasábamos encerrados todo el tiempo y que solo nosotros sabríamos qué hacíamos en ese tiempo. Yo le decía que le ayudaba a hacer sus tareas y jugábamos. Ella no me creía. Me golpeó una mañana porque dijo que yo había pasado la

noche entera mencionando el nombre de él mientras dormía. Decía que debía dar las gracias de que mi padre no se hubiera enterado de eso. Me habría matado ahí mismo. Ella no habría intervenido: prefería verme muerto a que yo fuera culero. Pronunciaba la misma palabra que usaron conmigo los soldados. Se había vuelto un poco como ellos. De pronto, ya no me disculpaba porque me orinaba en la cama todas las noches, como lo había hecho desde que tenía memoria: me hacía sacar el colchón a la vista de todos para que se enteraran de que no era capaz de contenerme y me pegaba por eso. También me pegaba por la manera en que me sentaba. Decía que ni las muy coquetas de las gemelas, quienes, para entonces, también se fueron a México, asumían esa pose.

No era mi culpa que no tuvieran el peso que permitía cruzar las piernas como yo y que tampoco tuvieran la gracia requerida para moverse con mis maneras. Tampoco era culpa de ellas: con poco que comieran engordaban como si lo hicieran en exceso. Mi madre decía que habían heredado el cuerpo de mi padre, nomás que a él, como a mi hermano, se le veía bien porque era hombre. Yo, en cambio, heredé la figura de ella. Tampoco era mi culpa, pero igual me pegaba por eso.

Para ese tiempo, mi madre se empecinó en dos cosas: en que me alejara de ese niño y en que me hiciera hombre. Todo porque en ese asentamiento en el que estábamos vivía también un chico que era abiertamente homosexual y alguien le dijo a ella que, si no me corregía, me volvería como él, que hasta a mí me parecía extraño. Afeminado como él. Marica como él. Para evitarlo, se le ocurrió a mi madre que podía trabajar con mi padre en su nuevo empleo de vigilante. Como el encargado de las instalaciones que cuidaba lo conocía, aceptó que yo llegara durante la temporada en que no había escuela. Me pagarían fuera de nómina porque no era permitido contratar a menores de edad y yo tenía que jurar que no contaría nada a nadie. No querían problemas.

Me preguntaron si prefería el turno diurno o el nocturno. Por supuesto, respondí que el diurno. La noche me daba mucho miedo porque, en su afán de alejarme del muchachito, mi madre me inscribió en la escuela nocturna. Dijo que era menos peligrosa para mí porque se reducía el riesgo de que los soldados me reclutaran de nuevo y más conveniente para ella (porque ayudaba a cuidar a mi hermana mayor durante el día ahora que las gemelas ya no estaban) y para mi hermano (porque pasaba menos vergüenzas en el turno al que íbamos juntos). Todos salíamos ganando, salvo por el hecho de

que yo siempre perdía porque la guardia irrumpía con frecuencia en el turno nocturno, los profesores gritaban Escóndanse, escóndanse y yo terminaba siempre boca abajo en los baños en los que me pegaban en las mañanas hasta que llegaba mi mamá a recogerme y me llevaba a casa todavía temblando.

El encargado de la vigilancia no tenía inconveniente en darme las rondas que pedí, pero mi padre dijo que tenía que ayudarlo a hacerme hombre, así que me asignó las de las horas más oscuras. Me enviaba a asegurarme de que todo estuviera en orden, que no hubieran entrado en las instalaciones ni ladrones ni guerrilleros.

En los quince días que duré en el empleo nunca reporté nada anormal porque, en lugar de dar la ronda que me mandaban, me escondía entre dos autos y no regresaba al puesto hasta que calculaba que había pasado tiempo suficiente para que creyeran que había hecho lo que me habían pedido.

Nunca me descubrieron.

Decidí marcharme porque mi madre me prohibió bajo cualquier circunstancia volver a acercarme o siquiera a ver de lejos a ese niño. Le dije a mi mamá que ya no podía más. Durante algún tiempo pensé que ese asentamiento era el lugar lejano en el que estaría a salvo, pero ya no lo creía más. Sentía que ya no podía respirar. Tomé lo que quedaba de mi paga y lo que había ahorrado del dinero que las gemelas me habían mandado desde México y le supliqué que me llevara a la estación de buses a la que había llevado a mis hermanas cuando se fueron. Yo también quería estar en México. Le mandaría dinero desde allá. Se lo prometía. Trabajaría duro. Me portaría bien.

Ella quería pensarlo un poco. Decía que debía hablar antes con mis hermanas, preguntarles si había espacio para mí con las buenas familias que las habían recibido a ellas y las habían tratado como hijas aunque no tenían vínculos de sangre con ellas ni nos debían nada a nosotros. Me pedía una paciencia que yo no podía tener en ese momento y terminó por firmar con una equis la autorización para mi salida después de entender que, de no hacerlo, yo moriría ese mismo día.

Me pidió que no fuera a perecer en el camino. Sentía que no podría soportar que algo malo me pasara. Me hizo jurarle que, al llegar con mis hermanas, la llamaría por teléfono para hacerle saber que había llegado con bien. Le dije que sí como mil veces. Lo haría nomás llegar. Entonces me dio un maletín promocional de una ferretería que alguien de la comunidad le había obsequiado.

En él guardé mis dos mejores pantalones, dos camisas, dos pares de calcetines, dos calzones y la dirección en la que podía encontrar a mis hermanas. De comer no llevaba más que un par de bolsas pequeñas de frituras. Creía que no necesitaría más que eso porque no sentía hambre en ese momento y porque estaba seguro de que comería bien en el lugar al que iba. Ahí, lejos, estaría a salvo, por fin. El camino podía soportarlo con poco: Estaba acostumbrado porque, cuando me tocaba viajar con mi hermano, debía darle siempre mi comida para que él no llorara.

Soporté el paso por Guatemala con lo que llevaba. Pero ya en la frontera con México, después de pelear contra el río para pasar, se me despertó un hambre similar a la del hijo menor de mi madre. Comencé a arrancar hojas que me habría comido de no ser porque el hombre que guiaba a un grupo hasta la otra frontera me dijo que ni siquiera me atreviera a probarlas: eran venenosas. ¿Tenía yo dinero para comprar comida? No. ¿Y para pagarle al coyote que me llevaría hasta mi destino? Tampoco. ¿Cómo pensaba llegar entonces? Como había hecho en Guatemala: prestando atención a lo que la gente comentaba y preguntando lo que fuera necesario. Se echó a reír y me lanzó un trozo de torta como quien se la tira a los perros. Como ellos, y lo comí y moví la cola que no tenía para que me lanzara otro y otro, y otro más.

Tienes que tener cuidado, me dijo. México es muy grande. Nada que ver con el rancho de donde vienes. Se traga a la gente. ¿Cuál rancho? Yo no venía de un rancho. Venía de un asentamiento que estaba en el borde de la capital de otro país. ¿Y sabes hacia dónde vas? Hacia acá, le dije mientras le mostraba el papel con la dirección apuntada. ¿Sabe si ya estamos cerca? Estás muy lejos todavía. ¿Pero estoy en buen camino? Al menos estás en uno.

Él habría preferido que fuera yo con el resto del grupo que él había recogido para guiarlo hasta la otra frontera y entregarlo a un pollero que los llevaría hasta su destino final, pero había que pagar un dinero que yo no tenía. Podía hacer de gratis la parte que le correspondía a él, pero no podía asegurarme que su contraparte estuviera dispuesta a hacerlo. ¿Quería jugármela? No. Quería ir al sitio donde estaban mis hermanas, aunque no estuvieran esperándome. Lo que podía hacer por mí era dejarme acompañarlos hasta el punto en el que el camino del lugar al que yo iba se atravesaba con el que ellos debían recorrer. Y alimentarme un poco durante el trayecto. Estaba yo muy delgado. ¿Me lo habían dicho antes? Necesitaba comer para poder resistir. Me quedó claro cuando

me separé de él y creí ir por la ruta que me indicó, pero resulté confundiendo el norte con el sur y terminé perdido y cansado en una ciudad demasiado grande que no contestaba preguntas ni se compadecía de mí. Ninguna de las mujeres que vendían en el parque inmenso al que llegué sin saber a dónde iba me dejó ayudarla a cambio de comida. Todas me dijeron No. Sáquese. Ni una se acercó a la banca en la que me senté a llorar.

La única persona que pareció preocuparse fue un señor de traje, maletín y periódico bajo el brazo que se sentó a mi lado y me preguntó cuántos años tenía. ¿Tienes un lugar donde quedarte, mi'jo? Tenía la dirección de mis hermanas.

Es un poco lejos y es muy tarde ya. Si quieres, puedo llevarte a la casa de un amigo que vive con su mamá para que duermas y te desayunes. Luego te llevamos con tus hermanitas, ¿quieres?

México parecía ser el sitio que me salvaría. Le dije que sí y me fui con él por calles que no era capaz de identificar hasta la casa de su amigo, que me sonrió bonito y me hizo pasar adelante una vez que el hombre de traje me presentó por mi nombre. Me dijo que me mostraría la casa, pero antes quería presentarme a su mamá: una señora mayor en silla de ruedas que no podía hablar y que, porque sabía lo que yo ni siquiera imaginaba que me iba a pasar ahí, al nomás verme comenzó a llorar.

TÚ

Tú, my dear, eras el más frágil. Eras también el más suave, el más dulce y el más limpio de los presentes. Tan delicado que un simple soplido te habría descompuesto en millones de vilanos que el resto habríamos visto volar por el aire y desaparecer en la inmensidad.

Si yo hubiera sabido que iban a tratarte como lo hicieron, habría cruzado la línea que nos separaba a las mujeres de los hombres en la iglesia y te habría dicho que te fueras en ese instante y que no volvieras más. Por tu bien. Pero, como no podía imaginarlo, me enfoqué en escuchar el mensaje de ese día y en tratar de no mirarte demasiado, no fuera a ser que alguien me preguntara si estaba interesada en ti y yo tuviera que decir que no, que qué sentido tendría y debiera responder a la pregunta de por qué entonces decía eso si te veía tanto con un Pensé que no aceptaban a chicos como él acá. Podía estar equivocada. Podía ser que, de pronto, las reglas de la congregación en tu ciudad hubieran cambiado y, a diferencia de las de la península, donde yo vivía, hubieran abierto la puerta ya en esa dirección y dejado entrar a los muchos que esperaban tras ella. Pero podía ser también que ellos no hubieran notado lo que yo, aunque no podía imaginar cómo si era evidente. Y podía ser también que ellos estuvieran enterados ya y estuvieran ayudándote a dejar de ser la persona que eras. Pensé que quizá tú habías resuelto en tu corazón transformarte. A lo mejor te habías acercado por eso a la iglesia. ¿Quién era yo para decirle al dulce Jesús a quién debía ayudar y a quién no? Si él había decidido que te quería en su iglesia y había dispuesto a sus servidores a que te invitaran a ti, entre tanta gente que caminaba en la calle más comercial de la ciudad, no sería yo quien objetara. Además, todo parecía estar bien: los muchachos de tu grupo te trataban con camaradería. Yo podía ver en ellos el amor fraternal. No había razón para que me preocupara. Y, en todo caso, si algo llegaba a estar fuera de lugar, debía ser tu discipulador quien se encargara de corregirlo, no yo. Yo debía atender a las chicas que estaban bajo mi responsabilidad, asegurarme de que comprendieran lo que se estaba explicando en el

servicio de ese día, ayudarlas a integrarse a la comunidad durante el convivio posterior y cuidar que regresaran con bien a casa. La ciudad no era muy grande entonces, pero creíamos que podría representar algún peligro para las más jóvenes, sobre todo para las que recién habían llegado y se dejaban deslumbrar por lo que ofrecía.

Yo era más experimentada. Llevaba un año en esa iglesia. Había conocido el evangelio con unos misioneros en una ciudad mucho más al norte y mucho más al centro y, dado que estaba por mudarme, había resuelto seguirlo al sitio al que yo llegara, así que, al instalarme en la casa del tío que me había ofrecido casa, comida y una vida nueva en el nuevo destino, busqué una iglesia donde pudiera adorar como creía que debía hacerlo.

Los primeros sitios que visité me parecieron muy bulliciosos o demasiado alejados de lo que los misioneros me habían hecho sentir cuando me explicaron las escrituras. A todos parecía faltarles un algo hasta que llegué a la que me sonó muy similar a lo que recordaba de ellos.

Entonces no le veía inconveniente a privarse de una lista interminable de cosas porque el grupo que me recibió era muy amigable y porque había en él un ministro que, me parecía, sabía mucho. Uno de los muchachos que había entablado amistad conmigo me comentó que él recibía en su casa a un grupo de interesados en lecciones adicionales de las escrituras. Creía que no habría inconveniente en que yo asistiera, así que me presenté con él un viernes a una de esas reuniones a las que solo asistían hombres, jóvenes todos, que le hacían preguntas sin cesar.

El ministro me permitió pasar adelante y sentarme, pero no contestó a ninguna de las preguntas que formulé. Mi amigo me explicó en el camino de regreso a casa que habían sido demasiado sencillas para lo que ellos estaban viendo entonces. Estaba yo muy atrasada en el conocimiento bíblico. Imaginaba que no me habían enseñado mucho en la iglesia en la que había sido criada, sabía que no era culpa mía, pero creía imprescindible que estudiara yo mucho más si quería seguir yendo a las sesiones para las que no había invitación publicada en la cartelera ni una hoja en la cual inscribirme.

Me dio libros que me ayudaban a entender lo que se decía en las sesiones en las que yo no hablaba por temor a resultar demasiado básica de nuevo y me ponía al tanto de los temas que habían considerado en las conversaciones a las que yo no había asistido. Poco a poco fui sintiendo que todo —tan diferente a todas mis

iglesias de antes— me quedaba más claro, que cada vez necesitaba menos las explicaciones de mi amigo y que podía y tenía el derecho de formular preguntas, así que me atreví a hacer una.

El ministro sonrió sin exasperación esa vez. Dijo Esta es la clase de cuestiones que debemos plantearnos. ¿Quién de ustedes tiene una respuesta?

Tras varias semanas de elogios similares, mi amigo quería saber si estaba leyendo yo un material distinto al que me había dado. No creía que sacara esas preguntas y otras observaciones de las mismas páginas que él me había dado. ¿Cómo era posible que él no hubiera visto esos detalles en las muchas veces que recorrió esas líneas? ¿De donde sacaba yo las aportaciones que daba en la mesa de discusión? ¿Podía regresarle el material para revisarlo de nuevo? Él me daría a cambio otros libros que podrían interesarme.

No era necesario. El ministro había puesto su biblioteca a mi disposición. Su esposa me abría la puerta y me entregaba la selección que él hubiera dejado para mí o me acompañaba para elegir lo que yo quisiera de los estantes si así lo prefería. Le agradaba saber que una mujer pudiera sentarse a discutir los temas que le inquietaban a su esposo. ¿Por qué no nos acompañaba ella? Era más sencillo para una chica como yo. Ella no podía. Está siempre muy ocupada, dice. La casa, las hijas, la comida, todo parecía confabularse para no dejarla sentarse a leer como lo hacía yo. Todo menos el marido. Nunca lo culpaba de lo que ella no pudiera hacer. En todo caso, él lo hacía por los dos. Al final del mundo, Dios le reconocería a ella por lo que el esposo hubiera hecho. Más o menos como en la seguridad social. ¿Usted ha pensado en casarse?

Más bien había pensado en no hacerlo. Quería servir a la iglesia en cuerpo y alma. Si hubiera aprendido o sentido lo que con ellos en mi primera religión, me habría internado en un convento por el resto de mis días. Pero, como no tenían esa opción, me mentalicé a lo que me resultaba más parecido: formar parte de una misión, llegar a vieja llevando la palabra de Dios a los necesitados y estar en el mundo perfecto que la iglesia prometía que habría.

No se pudo porque el ministro señaló e insistió durante las reuniones privadas en un punto que le parecía un error de acuerdo con lo que habíamos estado estudiando, el grupo lo protestó en la iglesia, los líderes nos recordaron que se trataba de una creencia principal en esa fe, los hombres —que eran los únicos autorizados para hablar— trataron de hacerlos entrar en las razones que el ministro nos había dado y solo consiguieron que lo removieran de

sus funciones de inmediato.

Tras él nos fuimos, señalados y reprendidos, los muchachos que asistían cada semana a las conversaciones en su casa, su esposa, sus hijas y yo, que no tuve dudas en dejar atrás esa fe como antes tampoco había tenido problema en abandonar a la Virgen María por seguir a su hijo. En él creía yo. Por eso, acepté colaborar con la nueva iglesia que resolvimos fundar con ese grupo en la casa de él en la tarea inmensa de sacar a la humanidad de su oscuridad. Me encargaba de pasar a máquina las ideas que él defendía y me dictaba para que otras personas pudieran beneficiarse de ellas como yo lo había hecho. Con ese fin y con el de entrenarme para una iglesia en las que las mujeres tendríamos permitido hablar y podríamos ministrar, me mudé también a su casa.

Su esposa y él me alquilaban una habitación para ganar tiempo para esas labores. Así, tan pronto terminaba yo mis obligaciones en mi empleo, corría a elaborar en el material con el que ayudaríamos a la humanidad.

Los muchachos del círculo de discusión se encargaban de trabajar para cubrir las necesidades del ministro y su familia a fin de que este pudiera dedicarse a definir bien las ideas sobre las que la nueva iglesia se erigiría y la esposa de él se encargaba de preparar alimentos para todos.

En algunos momentos libres, yo la ayudaba a cuidar de las niñas. Ella decía que me lo agradecía de todo corazón: le era muy importante sentirse apoyada. Desde que su marido estaba vuelto a los asuntos de la fundación de la nueva iglesia, ella se sentía mucho más presionada. Agradecía lo que los muchachos estaban haciendo por la familia, pero valoraba mucho más lo que yo hacía. Lo que pagaba por la habitación, lo que mecanografiaba para él y lo que hacía para ayudarla a reducir tensión a ella iba más allá de lo que había podido imaginar la primera vez que me vio llegar a su casa. Yo le había parecido buena chica, pero un poco engreída para su gusto. ¿Por qué? No sabía decirlo. Parecía diferente a ellos. Como de otra crianza. De otra clase.

Yo sonreí. Hacía unos años había dejado el país donde tenía una familia que tenía chofer y una empleada para cada persona de la casa porque sentía que nunca alcanzaría lo que necesitaba si me quedaba en ella. Había estado trabajando como empleada doméstica en la ciudad más al norte y más al centro de donde había llegado, le dije. No sabía de dónde sacaba eso de la diferente crianza. Tal vez sea el aire de la gente de esa zona. Cosas que se le pegan a una sin que se dé cuenta. Tal vez. En todo caso, me

agradecía que la ayudara con las niñas y que usara mi dinero para comprarles golosinas y llevarlas a ver el ballet. Era como una hija más para ellos, una hermana mayor para las niñas. No sabía cómo pagarme por eso.

No había necesidad. Yo lo hacía con todo gusto. Y, en todo caso, lo que su esposo nos enseñaba valía tanto o más que lo que nosotros le retribuíamos. Debía considerarlo una muestra de nuestro agradecimiento. Lo hacía. Y me respetaba por pensar de esa manera. Pero pareció olvidarlo de un soplo cuando su esposo la buscó en la cocina para decirle que yo acababa de tentarlo en mi habitación. Se puso furiosa. La escuché gritarle que no podía soportar que sucediera una vez más y otros reclamos que no logré comprender. El ministro que tanto admiraba y al que había seguido para fundar una nueva iglesia recién me había emboscado cerca del armario, me había besado en contra de mi voluntad y me había empujado a la cama. Igual que un médico amigo de mis padres había hecho una vez que mis padres salieron de la ciudad y nos dejaron a cargo suyo. Estaba yo todavía temblando por recordar eso y pensando en lo que sería de la iglesia en construcción cuando la esposa me llamó de inmediato y, sin interés en escuchar la versión en la que yo había opuesto resistencia y me lo había quitado de encima, me pidió que me marchara de su casa. Y que no me acercara más a su marido o a sus hijas. O a la iglesia de la que nos habían echado, a la que ellos volverían de inmediato. O mejor al día siguiente porque era ya muy tarde. Noche. Muy noche. ¿A dónde quería que fuera? No era su problema. Podía volver a la casa del tío que me había hospedado cuando llegué, a la ciudad más al norte y más al centro de la que había venido o al país del que había salido. No le importaba. Solo quería que desapareciera.

Las niñas a las que llevaba al ballet ni siquiera salieron de sus habitaciones para despedirse. ¿Acaso importa?, preguntó el amigo que llegó a recogerme. Mucho. Pues debería haberte importado antes de acabar de un solo beso con la iglesia que estábamos formando. ¿En qué estabas pensando? ¿En qué? No entiendo por qué dejaste la casa, comentó el hermano de mi padre. Acá tienes todo. Deja ya de andar perdiendo el tiempo en iglesias, dijo. Pero yo seguía aceptando invitaciones para visitar una y otra, y otra, y otra más. Oía propuestas de gente que llegaba a las casas, de compañeros que hacían sugerencias en las escuelas y hasta de desconocidos.

En la misma calle en la que te llamaron a ti a la iglesia en la que nos conocimos me entregaron a mí una invitación para asistir a una

que, se comentaba, tenía una granja fuera de la ciudad donde mantenían secuestrados a los más incautos. La gente decía entonces que había que tener cuidado con ella porque, una vez que entrabas, no te dejaban salir. Lo que sea que tuvieras pasaba a ser posesión de la iglesia y del reverendo que la encabezaba. Vivías en comunidades muy grandes donde trabajabas en los campos o en las cocinas, o en las labores del hogar para todos. Salías solo si te lo indicaban y solo para lo que te enviaban, que, por lo general, era vender algo para subsidiar las operaciones del lugar o ir en busca de nuevos miembros para esa fe. No podías pedir gusto. El reverendo decidía desde a qué te dedicarías y hasta con quién te casarías. No tener pareja no era una opción. Tampoco lo era no creer en que Eva había tenido sexo con los ángeles que cuidaban el jardín del que fue expulsada y que el reverendo que decidía las vidas de todos era el mesías al que yo estaba buscando desde hacía mucho tiempo.

Llegué a una cena en una casa enorme y hermosa que tenían en la ciudad a la que yo me había mudado en contra de la voluntad del tío que me había ofrecido alojamiento. Vivía sola por primera vez y por primera vez me sentía sola en la vida. La cena en la comunidad me pareció, por eso, encantadora. Todo mundo ahí estaba alegre. Parecía una inmensa familia feliz. La comida sana y la generosidad abundaban, así que volví todas las noches que me pidieron de ese mes y acepté asistir el siguiente a una segunda sede, donde se llevaban a cabo los estudios religiosos.

Las interpretaciones de la primera reunión me parecieron rarísimas, pero decidí continuar yendo aunque el cuerpo me pedía que me largara de ahí. Podía ser que yo no supiera suficiente para entonces. Podía ser que estuvieran usando figuras que yo todavía no alcanzaba a comprender en mi segunda lengua. Podía ser que estuviera a las puertas de perder una enseñanza reveladora a causa de mis prejuicios.

Intenté tener la mente tan abierta como pude, pero no conseguí llegar al tercer mes con ellos. En lugar de hacerme feliz, como al resto de los presentes, las enseñanzas del reverendo me ponían inquieta, nerviosa. No quería que llegara el momento en que me pidieran ser parte de esa comunidad, pues no sabía si podría decir que no. Entonces dejé de asistir y me juré no aceptar más ninguna que no fuera cristiana o impidiera que yo le enviara dinero a mi madre, que necesitaba todo lo que pudiera conseguir para ella, pues había dejado a mi padre y la casa que tenía chofer y empleada doméstica para cada persona que vivía en ella. Por más que el muchacho que me entregó el volante en la calle me insistió, no

volví. En su lugar, reinicié la búsqueda y de nuevo descarté iglesia por iglesia por razones varias: las canciones que cantaban, la manera en que se vestían, la forma en que la veían a una cuando comentaba en cuántas iglesias había estado, el horario de los servicios o el poco parqueo disponible.

Estaba a punto de pedir ser reintegrada a la que me había expurgado cuando una compañera de la escuela de litografía a la que estaba yendo para llenar mi tiempo vacío me invitó a visitar la iglesia a la que asistía. Nunca había escuchado de ella. ¿De dónde era? Había nacido en esa ciudad. Estaba en crecimiento. Reclutaban, sobre todo, en las escuelas y universidades. Buscaban jóvenes que hubieran dejado sus hogares para estudiar en la ciudad, muy lejos de sus amigos y de todo aquello que conocían. Sabían reconocer la soledad y ofrecer un remedio para ella. Le ponían delante a cada uno lo que necesitaba.

A mí me ofrecieron la posibilidad de aprender todo lo que quisiera del Dios que buscaba y me pusieron al alcance la oportunidad de servir. Nadie me agredería, como me sucedió veinte iglesias atrás, porque ahí los hombres se encargaban de enseñarle a los hombres y las mujeres le enseñaban a las mujeres. Nunca me sentiría sola porque vivían todos en comunidad, no como en la enorme masa del reverendo del que había huido, sino en pequeños grupos que se reunían con frecuencia con los otros para aprender en conjunto o para departir entre similares. Seis personas del mismo sexo en cada casa se encargaban de que cada una de las que residían en ella cumpliera con lo establecido y tuviera apoyo en lo que necesitara. Tenías también un calendario lleno: desde las cinco de la mañana en que te despertaban para orar hasta la última hora de la noche cuando te deseaban felices sueños y decían que esperaban verte al día siguiente, había actividades programadas para que adoraras o para que nunca estuvieras solo. Siempre tenías amigos e ibas siempre de un lado a otro. Ocupaban toda tu vida y te preparaban para la que vendría después, cuando Dios reinara en la tierra.

Yo me arrodillaba y oraba con fervor, y estudiaba más del tiempo y del material que me indicaban. Así, en menos de dos meses, había terminado los estudios requeridos para ingresar, asegurado que quería tomar el compromiso que suponía y solicitado bautizarme en esa fe. Fui tan enfática al pedirlo que me lo concedieron muy cerca de la medianoche en la playa a la que habíamos ido a pasar una velada. El agua era la más fría que jamás hubiera sentido, pero no me detuve por ella. Mi deseo por servir a

Dios y a la que consideraba su iglesia ardía lo suficiente como para contrarrestar esa temperatura, había dicho mi discipuladora.

Las chicas que sirvieron como testigos de esa conversión estaban impresionadas. También lo estuvieron los líderes del grupo al que pertenecíamos. Me pidieron, cuando me recuperé del resfriado que me provocó la acción, que aceptara colaborar con la iglesia de manera más activa, que me hiciera cargo de una casa para solteras en la península, donde estaban queriendo establecer un grupo de habla hispana. Así fue como me moví en una dirección por la que debí también cambiar de empleo. En el nuevo no ganaba lo mismo que en el previo, pero recibía más consideraciones gracias a que los dueños del lugar eran también miembros de la iglesia. Me decían que era un honor poder ayudar a alguien que asumía responsabilidades tan grandes cuando apenas se había convertido. Estaban seguros de que muy pronto yo estaría ministrando la palabra de Dios desde una posición principal.

A mí me hacía feliz poder ayudar. A las chicas con las que llegué a vivir les alegró que yo reemplazara a su discipuladora anterior, que no solo las obligaba a levantarse a orar mucho más temprano de lo convenido, sino que además gritaba mucho y no hablaba muy bien el español. No era su primera lengua ni la lengua de ninguno de los miembros de la familia de la que salió. Lo había aprendido nada más porque le habían asignado ayudar con el grupo hispano.

No lo dijo, pero la aliviaba poder dejar esa casa. Las chicas decían que perdía el control con frecuencia. Yo, en cambio, les parecía muy tolerante. Como una madre. Tanto que, sin necesidad de pedirlo, me daban cuenta de lo que sentían o me pedían ayuda para chicas de fuera de la iglesia que tenían problemas. Las conocían de sus escuelas, de sus antiguos vecindarios, de sus trabajos o de los pueblos y países de donde habían venido. Me pedían que las ayudara a socorrerlas, que interviniera ante los líderes de la iglesia para darles refugio o para tramitar algún tipo de asistencia para ellas. Yo cumplía con hacer la solicitud y me encargaba de conseguir todo lo que se requería para llevarlas a cabo, pues siempre terminaban por autorizarlas. Yo decía que era por bondad cristiana. Las chicas que vivían conmigo decían que era por mí. Algo tenía yo que conseguía lo que ellas no. Creían que era un don divino. Estaban convencidas de que yo llegaría a ser alguien importante en esa iglesia. La gente siempre escuchaba lo que yo tenía para decir. Por eso no quise comentar lo que veía en ti, la alegría nada espiritual que se producía cuando estabas cerca de otros muchachos aunque no tocaras a ninguno, aunque hicieras

como si no los veías más de lo que un miembro de la iglesia mira a otro. Lo más que hice fue averiguar en cuál casa vivías. Quería intentar que hubiera alguna ocasión en que las chicas de la casa que yo regentaba pudieran compartir con los chicos de la casa en la que tú vivías, pero no había manera que no resultara obvia. Tu circuito y el nuestro no se juntaban por razón alguna. Fuera de los domingos en que se nos congregaba en la ciudad, no había manera de verte. ¿Cómo encontrarte entre más de mil personas y abrirse espacio hasta ti en medio de ellas sin que nadie notara la intención? Y, cuando faltabas, se complicaba todavía más. Yo me preguntaba si se habrían enterado por fin. O si habrías desistido. No podía preguntar sin un motivo válido para ellos. Y, entonces, regresabas otro domingo, como si no hubiera sucedido nada. Limpio, muy limpio. Siempre apuesto. Sonriente. Amable. Te sentabas donde te indicaban y no abrías la boca a menos que tu discipulador aprobara que lo hicieras. Como una buena esposa.

¿A dónde habías estado?

¿Perdón?

No te había visto en las sesiones pasadas.

Es que a veces trabajo.

¿Y las veces que no?

Las veces que no, tomabas tu biblia y te desviabas de la ruta. Decías luego que habías tenido la necesidad de meditar en silencio o que te habías encontrado a una persona en el camino que te hizo algunas preguntas acerca de la salvación y te quedaste a atenderla, pero en verdad te ibas al parque más grande de la ciudad, muy cerca de los molinos, a escuchar de lejos a los hombres que se veían ahí con otros hombres, a acercarte un poco para mirar lo que habían llegado a hacer y a dejar caer la biblia a los pies de ellos para estar con ellos. De pie con ellos. De rodillas con ellos. Una y otra vez. Hasta que la ansiedad desaparecía. Después la recogías, la desempolvabas y regresabas al redil. Ahí parecían comprenderte. Les parecía bueno que tomaras tiempo para atender tus necesidades personales y las de otros, pero te sugerían que lo hicieras en un tiempo distinto al del servicio religioso. Tú decías que lo entendías, pero persistías en tomar ese tiempo porque intuías que, si se enteraban, no serían tan comprensivos como lo estaban siendo en ese momento. Las veces que intentaste cambiar de horario siempre hubo alguien que quiso unirse a tu caminata, pero no en dirección a los molinos. Nunca a los molinos. Querían ir a sitios sin urgencias y sin jadeos. Querían hablar todo el tiempo. Hablar. Hablar. Hablar. Y tener la ropa siempre puesta.

Esta iglesia no era como otras iglesias donde los chicos que luego se casarían con chicas se rozaban con otros muchachos por la noche y, al día siguiente, hacían como si nunca nada hubiera pasado, como si nunca hubiera sido lo que fuera que acabara de suceder. Tomaban a sus novias del brazo, cumplían sus tareas en los servicios religiosos y no miraban a los amigos ni los llamaban hasta que volvían a coincidir con ellos en alguna tarea y se encerraban entonces en los baños o se perdían por momentos en las noches. No. En esta, los hombres que vivían juntos en una misma casa se unían solo para orar o para cumplir con las tareas que los líderes les asignaran. El momento más íntimo era el de la confesión. Solo entonces podía alguien desnudar el alma y recibir del otro piedad o ternura. Pero nada más. Lo sabías porque habías buscado en tu discipulador alguna otra reacción, la que fuera, excepto la compasión que encontraste cuando le contaste algunos pasajes de tu infancia. Lástima. Te habría gustado que te abrazara en lugar de que te enviara a leer fragmentos de la biblia. ¿Qué habría hecho si le hubieras contado de los años en México que no querías recordar? ¿Y si hubiera sabido de los hombres con los que habías estado antes de que, en la calle más comercial de la ciudad, te hubiera detenido un grupo de muchachos para invitarte a una reunión con ellos en la que hablarían de las cosas buenas que Dios haría por todos y luego te llamaron a formar parte de la comunidad en la que estábamos? ¿Te habría invitado a dejar la casa en la que vivías para unirte a la que ellos rentaban con aprobación de la iglesia? ¿Podrías haberle contado la verdad completa cuando te pidió abrir tu corazón? Intentaste porque creíste ver en él señales de que en verdad buscaba saber lo que sentías porque lo compartía: le dijiste que lo amabas. No había sido tu intención: solo sucedió. Era él tan amable, tan bueno, tan correcto que te fue ganando de a poco. Lo amabas y también lo deseabas. Te parecía apuesto y querías estar con él como con los hombres de los molinos, a los que acudías por causa suya, porque solo con ellos podías tener lo que querías con él. ¿Podía entenderlo? No. Llamó a los líderes y, por orden de ellos, convocó de emergencia a los hombres que asistían a la iglesia. Los líderes que te sonreían antes te hablaban con tono agrio. Dijeron que debías humillarte, frente a todos los hombres congregados, como lo haría una mujer. Humillarte. Confesar tu falta. Pedir disculpas. Rogar perdón. Suplicar piedad. Una vez más. Y otra. Y otra. Y otra. Hasta que lloraras. Hasta que no pudieras parar de llorar. Todo para que, al final, te dijeran que no podían perdonarte, que no te querían más ahí, que debías dejar la casa en la que vivías con ellos y no

volver más al templo. Tampoco debías hablar nunca con los miembros del grupo o de la congregación, sobre todo con los hombres. Eras una vergüenza. Un asco. No querían que contaminaras a nadie. Hicieron públicos todos los defectos que habías confesado desde tu llegada y te pidieron que te fueras con ellos a donde fuera que pertenecieras. De inmediato.

Quemaron tus cosas como si de las de un apestado se trataran. Tú te fuiste con las manos vacías hasta el lugar donde trabajabas. Esperabas que alguno de tus colegas meseros o de tus viejos amigos te diera donde pasar la noche o que el dueño te permitiera dormir en el local una vez que cerraran. Solo sería esa noche. Y tal vez la siguiente. Solo lo que te tomara encontrar un lugar donde comenzar de nuevo. ¿Te echó tu novia? No llores por eso. Sobran mujeres. Si quieres, te presento algunas. Más adelante. En ese momento, solo querías llorar por el hombre que habías perdido y por la familia que tenías en la casa en la que él seguía. Y por el dios que te había hecho renunciar a todo aquello en lo que creías antes de conocerlo y ahora se había ido y te había dejado vacío de él. Un dios que, te dijeron, ya no te quería. Que, después de rescatarte, te había botado. ¿O era que te había rescatado solo para botarte?

Debías entender que la iglesia debía mantenerse pura, te decían los muchachos que se saltaban la prohibición de hablarte y se encontraban contigo de vez en cuando, cuando querían salir a comer algo o a comprar algo y, como no tenían dinero, te pedían que lo costearas tú y tú lo costeabas para poder sentir que seguías con ellos, para no tener que volver a estar solo de nuevo. No tenías ánimo de juntarte con tus amigos de antes, que no entenderían para qué diablos te habías metido en una iglesia como esa. ¿En qué rayos estabas pensando? Deberías ser tú el que no te les acercaras, tú el que no les hablaras cuando los vieras. Pero tú no podías evitarlo. Por eso, cuando me viste en la calle y te dije Hola, ¿cómo estás?, me sonreíste y contestaste Hola. Qué gusto verte. ¿Qué haces por acá? Estoy buscando un sitio donde vivir. Y alguien con quien compartir la renta. ¿Sabes de algo? ¿Sabes de alguien? No entiendo. Ya no estoy con la iglesia. Desde hacía casi un año. No podía estarlo. Después de tres años de servicio continuo y la seguridad de que moriría dando a conocer el evangelio de ellos, me reuní con los líderes para decirles Muchas gracias por todo: Me voy. Oí decir que no tenía que marcharme, pero ya había tomado yo la decisión: me habían convocado de emergencia a una reunión de mujeres para decirnos que había ocurrido una cosa horrible en nuestra iglesia, la peor de la que alguna vez habían tenido noticia, algo tan

desagradable que no podían permitirse tolerarlo un minuto más: una chica de origen mexicano, a la que hicieron pasar al frente de las que habíamos acudido al llamado, había tenido un encuentro inapropiado con un recién convertido. Se había saltado la norma de salir solo en parejas supervisadas y había instigado al muchacho para que la besara de manera nada casta. La acusaban a ella porque, de los dos, era la única que había confesado tener experiencia en esos temas. Desde muy joven, había mantenido relaciones sexuales con un compañero de estudios rubio del que se había hecho novia y con el que habían dispuesto casarse antes de que decidieran ambos convertirse a la fe de la iglesia en la que estábamos. A él no le había importado que ella tuviera unas libras de más o que su familia fuera muy pobre. La había tomado de la mano y, así como le había mostrado su casa y enseñado a disfrutar de su cuerpo, la había hecho estudiar con él y graduarse de la escuela secundaria —como ni uno otro de sus familiares o amigos hispanos había podido— e ingresar a una universidad a la que ningún otro de sus compañeros blancos había conseguido entrada.

Tenían comprada la mayor cantidad de cosas que necesitarían para su boda y su nueva vida de casados cuando él fue invitado a formar parte de la iglesia y ella lo siguió, como había hecho otras veces. Ni uno de los dos contaba con que se los enviaría a casas diferentes y se les diría que la expiación por su vida de pecado consistiría en llevar vidas separadas, pero ambos aceptaron con tal de ganar la gracia divina. Él no cuestionó la decisión de la iglesia de mudarlo a la ciudad más al oeste posible y ella, por indicación de él, entregó el vestido de novia que había elegido para su gran día que no llegó ni habría llegado porque en esa iglesia no se admitía que hubiera parejas de dos orígenes tan distintos ni de dos razas tan diferentes. Incluso si la mezcla hubiera sido permitida, tampoco habrían podido ellos casarse porque la norma era quitarle a todos aquello que más querían, bajo la idea de que nada podía estar por encima del amor que se le tenía a Dios.

La pobre chica debía de haber tenido esperanza de que se tratara solo de una prueba y de que, con el tiempo, le devolverían su vestido y a su futuro esposo para continuar la vida que habían planeado, y siguió las normas que le dijeron que debía guardar hasta que un día su cuerpo, acostumbrado a estar con su novio con la frecuencia que él le había enseñado, no pudo más y buscó un alivio.

La pobre chica sufría. Se podía ver llorando, en el estrado, a la niña que fue y que había entrado por primera vez a la casa de un

rubio, y se había soprendido de ver en ella cosas que nunca había visto en su vida: lámparas decorativas, aire acondicionado, cubiertos. Veías a la chica que fue y que había recolectado frutas, como su familia, rogar compasión mientras la llamaban adicta al sexo, pecadora, irredenta, abominación.

No pude soportarlo. Tan pronto como le dijeron a ella que Dios la odiaba y le pidieron que se fuera para siempre, me acerqué a los líderes a decirles lo que les dije, corrí tras de ella y le pedí que me esperara. No se iría sola. No pasaría la noche ni los siguientes meses de llanto incesante sin alguien a su lado. Aunque me dijeron que Dios tampoco estaba más conmigo y lo creí, no pude dejar a esa criatura en el estado en el que se encontraba. Creo que se habría lanzado del puente de la ciudad cada día si no hubiera tenido quien le dijera cada vez que esa iglesia no podía estar en lo cierto, que ni siquiera podía llamarse cristiana porque no había una pizca de misericordia en ella. Debía creerme. No le estaba mintiendo. Si quería, podíamos ir y buscar una iglesia que sí lo fuera. O no buscar una iglesia nunca más y, en su lugar, hacer algo en lo que pudiera ser útil: Ella, como recolectora de frutas, había sido parte de los grupos que habían pedido y conseguido mejores condiciones laborales. Podía hacer lo mismo esta vez. O cosas todavía más grandes. Podía ayudar a otros. No necesitaba ser miembro de una iglesia para eso.

No cesaba yo de decirle cosas que me quería decir a mí misma y no dejaba ella de llorar. Hasta que, un día, por fin, paró. Se puso de pie y comenzó a trabajar en lo que le sugerí. Volvió a los estudios y entró a la política. Volvió a tener un amor y volvió a sonreír. Salía con frecuencia y me dejaba en el apartamento que habíamos conseguido para las dos hundida en la tristeza absoluta de no tener ya al Eterno de mi lado. Entonces aprovechaba yo para lamentarme por no poder cumplir el deseo y la ilusión que tenía de servir a Dios como lo había contemplado. Me dolía que la posibilidad de estar con él y los seres queridos que habíamos perdido en el lugar sin llanto ni muerte que prometía al final del tiempo se me escapara de las manos. Aunque a la chica le decía lo contrario, sentía que era cierto que Dios ya no me amaba y extrañaba la familia que sentía tener en la iglesia y las funciones que cumplía en ella.

Me sentía muerta. A mi madre, cuando llamaba por teléfono, le decía solo que estaba muy cansada. ¿Pero siempre le mandaría lo que necesitaba para el mes? Sí, mamá. Descuide. Tendrá el dinero en el banco el día que acostumbramos. Y solo por eso salía a trabajar aunque quería quedarme acostada todo el tiempo y llorar

la muerte de mi sueño.

Entonces la chica me anunció que se mudaría. El nuevo novio que había conseguido quería que lo acompañara a otra región del país y a ella le parecía una idea emocionante. Lamentaba tener que dejarme, pero debía aprovechar la oportunidad. Algo le decía que la vida que estaba por llevar sería buena para ella. ¿Creía yo lo mismo? Por completo.

Me lo agradecía. No sabía qué habría hecho sin mí. No quería parecer ingrata, pero se iría esa misma semana. Dejaría pagada su parte del arriendo y enviaría lo que correspondía de los meses que hacían falta para que el contrato terminara. ¿Quería que me ayudara a buscar una nueva compañera de casa? No era necesario. Se lo agradecía, pero creía que debía concentrarse en preparar las cosas para su partida. Si llegaba a necesitar algo, podía llamarme. Yo estaría siempre pendiente de ella. Gracias. Ojalá todo esté bien con usted y encuentre una buena compañía.

La encontré cuando te encontré. Tú fuiste lo mejor que pudo sucederme entonces. Cuando dijiste que podías ser mi socio en el arriendo, me gustó la idea; pero, cuando vi la pulcritud de la habitación que le alquilabas a la familia con la que habías encontrado alojamiento, quedé encantada con la posibilidad y quise concretarla de inmediato.

El pequeño apartamento que me gustaba tenía una puerta divisoria que, aunque no estuviera corrida, siempre respetabas. Mantenías conversaciones agradables solo cuando yo quería platicar, cocinabas delicioso y siempre cumplías con mi norma de no llevar visitantes nocturnos a casa. Si los llevabas de día, jamás quedó una huella de eso. Yo jamás me sentí molesta ni sola mientras compartimos. Aprendí contigo a bailar ritmos que no nos habían enseñado a mis hermanas ni a mis amigas del país del que había venido y comencé a salir con el grupo de amigos que formaste después de que dejaste la iglesia. Era yo la única chica entre todos los muchachos atractivos que andaban contigo de bar en bar en bar y de fiesta en fiesta. Me cuidabas todo el tiempo. Me llevabas fuera de la ciudad a veces y aceptaste mi invitación a llevarte a un parque para niños en el que fuiste uno por primera vez, conmigo.

Nos hicimos mucho bien. Y, de pronto, cuando faltaba un mes para que renováramos el contrato del lugar por un año más, te encuentro en el suelo. Llego al espacio que llamábamos nuestra casa y te encuentro tirado en el piso, con tus muebles apuñalados, tus espejos quebrados y cientos, miles, millones de rastros de pastillas ingeridas. Tú, inconsciente en el piso, tan muerto en vida como me

sentía yo sin Dios. Tú, sin responder a mis miedos, a mis gritos, a mis preguntas. ¿Me oyes? ¿Me oyes? ¿Qué has hecho?

911, What is your emergency?

Please help us! We need an ambulance right now!

Llegó la policía. Llegaron los bomberos. Llegaron los paramédicos. Te llevaron en la ambulancia. Te atendieron. Te rescataron. Dijeron que era una fortuna que te hubiera encontrado a tiempo. Dijeron que necesitabas atención especial. ¿Qué era yo de ti? Su compañera de casa. ¿Tienen alguna relación, algún parentesco? Somos amigos. Mejores amigos.

Escribieron Compañera de casa en el formulario. Me agradecieron lo que había hecho por ti. Dijeron que se pondrían en contacto con la persona que aparecía en tu identificación como responsable en caso de emergencias. Tú pasarías la noche en ese lugar. Por supuesto que podía aguardar en la sala de espera si quería, pero me recomendaban que mejor me fuera a nuestra casa a descansar. Tomaría algunas horas estabilizarte y no dejarían que vieras a nadie hasta entonces. Podía llamar por teléfono para ahorrarme el viaje hasta el hospital. ¿Quería que me pidieran un taxi para volver a nuestro domicilio herido? Solo tu parte de nuestro sitio estaba hecha un desastre, pero todo el lugar olía a tu dolor. Hasta entonces pude entenderlo… Fucking Christ!

ÉL

Él dejó su nombre como contacto para casos de emergencia. Por eso la están llamando. Le piden que se presente tan pronto como le sea posible, así que ella toma las llaves de su auto en cuanto cuelga el teléfono y sale en dirección a la ciudad que dejó para vivir en un sitio con jardín donde sus hijos pudieran crecer sin tantos problemas alrededor, un sitio donde —aunque a los padres no les pagaran tan bien como en la ciudad— el dinero alcanzaba para más y los hijos podían salir a jugar sin supervisión a las calles, un sitio adonde podían tener casa propia en lugar de rentar toda la vida, un sitio al que su hermano no quiso mudarse por más que le explicaron las bondades y le suplicaron que lo hiciera. Dijo No, no, no todas las veces. No. Estaba mejor donde estaban en ese momento. Entendía que para ella y su marido fuera mejor marcharse de la ciudad: Ellos necesitaban más espacio y mejores escuelas ahora que estaban por tener una segunda cría. Les agradecía que lo invitaran a seguirlos, pero no podía acompañarlos. El lugar en las afueras que habían elegido no era para él. ¿De qué podría trabajar ahí? Quizás el trabajo que tenía en la ciudad no era el mejor del mundo, pero le alcanzaría para seguir en ella una vez que ellos se marcharan. ¿Estás seguro? Por supuesto. ¿Crees que tu salario te da para pagar un apartamento como este cada mes? Me alcanza para pagar una habitación y cubrir lo básico. Ya con las propinas resuelvo los extras, gustos y diversión. Si no resulta, entonces me sigues, ¿de acuerdo? De acuerdo. En casa siempre habrá una habitación para ti. Gracias. Lo digo en serio. Lo sé. Iré a visitarlos con frecuencia. ¿Con cuánta? Tú dime. Al menos una vez a la semana, ¿no? Para que los niños te ubiquen. Y llámame diario para saber que estás bien.

Cuando llamó temprano ese día, todo lo estaba. No sabía qué podía haber sucedido para que tuvieran que ingresarlo en el hospital de emergencia. Había muchas cosas que ignoraba. Por ejemplo, no sabía que el trabajo de busboy que obtuvo antes de cumplir un año de haber llegado al país no lo había conseguido por medio de un anuncio que había sido colocado en el tablero escolar.

No. Aunque sí encontró la ruta hacia él en la escuela gratuita de inglés a la que ella lo inscribió de nueve de la mañana a cinco de la tarde cuando llegó al país para que aprendiera el idioma. Otras hermanas habrían hecho que trabajara desde la primera semana en que llegó a la ciudad para ayudar con los gastos, pero ella creía que su niño necesitaba hablar la lengua local para conseguir un empleo en el que pudieran pagarle mejor. Su cuerpo no era robusto, nunca lo elegirían para formar equipo con los que trabajaban el día entero reparando los techos de las casas o acarreando materiales para construir las casas. Había que ser realistas. Además, no creía que a él le gustara demasiado un empleo como ese. Su hermano era muy fino para eso. Su esposo pensaba que, a lo mejor, con un poco de entrenamiento, podría funcionar en la carpintería o la electricidad. En todo caso, debía aprender el idioma, ¿no lo creía? Ella no quería que se quedara para siempre en el distrito hispano, a merced de lo que pudiera encontrar ahí para él. No tenía que pasar él por lo que habían pasado ellos. ¿Para qué si la tenía a ella, que podía pagar sus cuentas mientras él aprendía? Luego ya haría él lo que deseara. A lo mejor se volvía contador. Era bueno con los números cuando niño. ¿Te lo imaginas llevando los impuestos de la gente en este país? A lo mejor podría ser asistente de enfermería en un hospital. O enfermero. O lo que fuera que le diera la gana.

No tenía nada en contra de la industria del servicio, pero el que fuera busboy no era lo que había tenido en mente cuando lo puso a estudiar. No creía que lo suyo en la vida fuera recoger platos sucios, limpiar mesas, llevar platos a lavar y poner cubiertos limpios. No en ese país. Él decía que la entendía, pero debía ella comprender que él necesitaba tener un ingreso: quería ayudar con los gastos de la casa, quería poder enviarle dinero a su madre y a la hermana mayor de ambos por todo el tiempo que no había podido y quería poder pagar por sus propias cosas. Le habían dicho que ahí le pagarían bien. ¿Cuánto? Tanto. ¿En serio? Sí. Además, era solo para comenzar. Después sería mesero. Luego, capitán de meseros. De ahí, alguna cosa más que en ese momento no podía imaginar. ¿Podía haber imaginado ella que pasaría de fabricante de petardos a conductora en el aeropuerto ahora? No. Pues él creía que algo así podría pasarle a él también. Por eso quería iniciar en ese trabajo. Le ofrecían ocho horas tres veces a la semana. ¿Ocho horas? De entrada. Sí. De entrada. Tienes muy buena suerte: a nadie le ofrecen ocho horas de entrada en un lugar como ese con el salario que dices que te van a pagar cuando ni siquiera tienes experiencia. ¿Cómo lo lograste?

Un compañero de la escuela de inglés lo vio durante algunas clases. Vio cómo era y cómo hablaba, y cómo se movía, y se le acercó poco a poco. Primero, para preguntarle acerca de algo que habían visto en la clase. Después, para comer durante el almuerzo las comidas que él llevaba preparadas de su casa y las que el compañero compraba en la cafetería de la escuela, que eran siempre demasiado caras para él. Luego, para hablar. ¿De qué? De cosas. ¿Como cuáles? Como que tenía un amigo que era muy bueno, que siempre lo recibía, que era muy simpático, que siempre quería conocer gente nueva, que esto y que lo otro y que podía ayudarlo a conseguir trabajo si quería. ¿En serio? Por supuesto. Habría que ir a visitarlo porque él no bajaba a esa región de la ciudad. Nunca al barrio hispano. Era todo muy sucio y muy viejo ahí. En su casa, en cambio, era todo limpísimo y muy moderno. Si iba, vería cosas que no encontraría en ninguna otra. ¿Cómo qué? ¿Quieres que te lleve? Tendría que pedirle permiso a mi hermana. Dile que tienes que hacer una tarea en grupo para la escuela porque podría ser que regresáramos tarde. ¿Una tarea? Sí, hermana: una tarea. ¿Por qué no vienen tus compañeros a hacerla acá? Porque tu esposo y tú tienen que descansar cuando vienen del trabajo y tú no necesitas más gente a la que atender, y además el bebé puede ponerse nervioso y comenzar a llorar, y… Está bien. ¿Está bien? Ve. No sé si el desayuno te aguantará tantas horas, así que, por esta vez, te daré unos billetes para que te compres algo en la calle. ¿O crees que aguantas a comer acá hasta que regreses? Como tú prefieras. Yo creo que es mejor que comamos algo en el camino. Yo te invito esta vez. La otra va por tu cuenta. Hecho.

Le mostró las rutas de autobuses y conexiones que debía tomar por si lo invitaban a llegar de nuevo. No podía asegurarle que siempre fueran juntos. Ni siquiera podía asegurarle que fuera a haber una segunda vez para él. Su amigo era muy particular. Le gustaba lo que le gustaba y rechazaba lo que no. No quería que se hiciera expectativas. En todo caso, valdría la pena aunque fuera una única visita: el hombre era generoso con sus visitantes. ¿Estaba seguro de que iba a ayudarle a encontrar un trabajo? Segurísimo. Conoce mucha gente. Mucha. Puedo colocarte pronto, dulzura. Pero antes debes tú hacer algo por mí, ¿de acuerdo? Entonces fue que fueron a una de las muchas habitaciones que permanecían con la puerta cerrada.

El amigo que lo llevó esperó en la sala todo el tiempo. No se movía porque no había sido invitado a hacerlo. Sabía que, en esa casa desde donde se veían todos los puentes de la ciudad, cada

habitación tenía sensores que producían un sonido diferente, con el que el dueño del lugar podía saber, sin preguntar, en qué parte de ella te encontrabas. Del baño principal, por ejemplo, se desprendían sonidos de cascadas. Del de las visitas, el de una fuente al centro de la plaza. Si se entraba a la habitación donde él dormía, iniciaban los mismos que habría en un bosque por la noche. Por entre el ruido que dominaba la sala en la que él se encontraba llegaban el de gemidos, de movimientos bruscos y de satisfacción que provenían de la habitación a la que el sexagenario se había llevado a su compañero de escuela. Sabía —porque había estado en ella— que era la única sin sonidos artificiales. Sabía también que el caprichoso hombre retirado saldría contento y que esa felicidad suya le significaría un Has hecho un muy buen trabajo esta vez y una muy generosa propina, que le venía a tiempo porque podría comprar algo que estaba queriendo desde hacía rato. Lo que no sabía era que esa sería la última vez de una larga temporada en que sería invitado a llegar a esa casa.

En adelante, el dueño del lugar querría que solo el chico nuevo lo visitara. Tres veces por semana. Y, para asegurarse de que lo hiciera, le mandaría su auto con chofer a recogerlo a la escuela, con promesa de regresarlo a ella antes de la hora en que salía de clases para que pudiera llegar a la casa de su hermana a la hora que lo haría si de verdad hubiera ido a estudiar, como había dicho. Además, le pagaría bastante más de lo que le pagaba al chico que lo llevó allá, que le preguntaba una y otra vez si su amigo no había mandado preguntar por él. No. Lo sentía mucho. ¿Estás seguro? ¿Por qué te mentiría? No sé. Tal vez seas tú quien no quiere que lo vea de nuevo. Tal vez te quieres quedar con él para ti. Tal vez quieres quedarte con toda la plata.

Lo que él quería era un empleo. Se lo pedía siempre. El hombre le decía que se tranquilizara, que tendría el empleo que pedía, aunque en verdad no lo necesitaba: él le pagaba suficiente. Pero no podía hacer nada con ese dinero. No podía aparecerse en casa de su hermana con billetes o cosas que esos billetes pudieran comprar porque de inmediato preguntaría ¿De dónde lo sacaste?, y él no podría decirle todas las veces que se había encontrado el dinero tirado en la calle. Imposible. En el barrio hispano nadie deja caer su dinero. Y, si sucede, nunca es tanto. ¿Cómo puede tener tanto? ¿Lo robaste? No. ¿De dónde lo sacaste? Necesitaba decirle que de su trabajo. Y necesitaba tener uno para poder decirle que lo sacaba de ahí. Además, él se lo había prometido, ¿no lo recordaba? OK, OK. Te conseguiré uno. ¿Sí? Claro. ¿De qué quieres? ¿En qué otra cosa

tienes experiencia? En restaurante. Perfecto. Un muy buen amigo mío tiene un restaurante muy elegante. Otro de ellos tiene uno en una zona muy turística. ¿Qué prefieres?

Eligió el de la zona turística. Había más trabajo y más cansancio, había más gente y una vista espléndida del océano. Además, era más creíble que pudiera entrar ahí a que pudiera hacerlo en el restaurante elegante que le ofrecía. Al menos por ese momento. ¿Estaba de acuerdo él? A él, en realidad, no le importaba más que el hecho de que siguiera llegando a visitarlo. Por supuesto. Vendré los días de escuela. Pero luego le decía que los días de escuela mejor no. Debía seguir yendo a clases para aprender más inglés. Ahora que trabajaba en el restaurante no podía escaparse tanto de ellas. Vendré los fines de semana. Lo prometo. Pero, luego, le decía que no podía los fines de semana porque una de las gemelas le pedía que lo acompañara aquí y allá y la otra le pedía que le ayudara con el bebé. ¿Cómo iba a decirle él que no? Eran sus hermanas, las personas que lo había recibido en ese país y le habían dado donde dormir y qué comer, y lo habían enviado a la escuela. Tenía que ser agradecido con ellas. También tenía que serlo con él. Lo era. Él debía recordar que él le había conseguido un empleo. Podía hacer que se lo quitaran si quería. ¿Quería ponerlo a prueba? No. De ninguna manera. Lo único que le decía era que no podía visitarlo en su día libre. ¿Entonces cuándo? No podía decirle cuándo en ese momento. Entonces decidió él. Dijo tal día. Y puso la hora. Él le dijo De verdad lo siento: No puedo ese día porque mi manager (por fortuna para él, que ya no quería llegar a visitarlo) me ha asignado trabajo en ese horario.

Dos horas después de haber entrado a trabajar el día que el dueño de la casa con paredes de vidrio y vista a todo quería, el gerente del restaurante se acerca a él para decirle ¿Sabes qué? El chofer de tu amigo ha venido por ti, así es que marca como si hubieras trabajado ocho horas y vete con él, ¿quieres? No. No quería. Pero igual se fue con el chofer todas las veces que llegó a traerlo porque el gerente le explicó que, si no lo hacía, sería mejor que no se molestara en regresar al día siguiente. No solo no tendría más el trabajo ahí, sino que no tendría oportunidad en ningún otro lugar. Aunque quizá tal vez podría encontrar empleo en uno de esos restaurantes pequeños de mala muerte que se tardaban más en conseguir su permiso para operar que en ser cerrados y que pagan muy mal. En todo caso, terminaría lleno de grasa y no lograría salir nunca con las cuentas. Era mejor que no se creara enemigos entre la gente influyente y comenzara a cuidar bien de sus clientes. El

hombre era su boleto de oro. Debía tratarlo como tal si quería que su negocio prosperara. Él lo intentaba, pero había momentos en los que ya no podía disimular que no quería estar ahí. ¿Qué te pasa, cariño? ¿Tienes algún problema?

El problema era que estaba ahí en contra de su voluntad. Hacía lo que hacía porque el cuerpo se lo pedía, pero eso no implicaba que lo disfrutara. No quería estar más con ese hombre. Había ido la primera vez porque quería el empleo. Luego, porque quería ir en un auto con chofer y conocer la casa con gimnasio que había dicho su compañero de clases que el hombre tenía, recorrer las habitaciones que no había conocido la primera vez y sus sonidos, ver la ciudad como no podía verse desde donde él vivía y probar la comida que servían en el comedor de ella. Le habría gustado quedarse a dormir al menos una noche ahí para ver el espectáculo de la ciudad al convertirse en luz, pero no habría podido soportar estar la noche entera con ese hombre ni habría podido justificarlo en casa. Tampoco él se lo pidió nunca. Las noches las pasaba con otro, un muchacho de edad similar a la suya, que se vestía muy bien y olía bonito porque llevaba más tiempo en la ciudad. Podría haberlo cambiado por él con facilidad. Podría haber sido él quien se fuera a su lado en los viajes alrededor del mundo o quien se sentara con él en las mesas de los restaurantes elegantes. Pero él no parecía querer ganarse el lugar. Estaba cada vez más distante. ¿Le pasaba algo? No. Nada. O sí, pero no sabía decir entonces qué era. Y no podía decirle que sentía ganas de vomitar al estar con él, solo le preguntaba qué quería que hicieran esa vez. ¿Qué más sabes hacer? Se sacaba entonces un truco nuevo de debajo de la manga, más que para que el dueño de la casa quedara contento, para que la sesión de ese día se acabara de una vez y él pudiera marcharse al apartamento que su hermana y el esposo de su hermana alquilaban, y bañarse, y acostarse solo y tal vez poder dormir. Pero el hombre quedaba encantado con la experiencia de ese día y le pedía que repitieran. Y que hicieran también algo que habían hecho la otra vez y que lo había dejado contento. Y algo que había hecho alguna vez con otro chico cuyo nombre no importaba en ese momento. No era alguien que él conociera. Aunque en realidad ya lo conocía: trabajaba en el mismo restaurante en el que él trabajaba, pero no se lo iba a decir en ese momento. Lo que le dijo desde la vez que él lloró y suplicó Por favor, ya no, ya no… fue una serie de maldiciones e insultos que vinieron con violentos lanzamientos a la cama y golpes. Le soltó una palabra muy hiriente seguida de Eso es lo que eres. Y se marchó tan pronto como terminó de decirlo y lo

dejó pálido, congelado primero y llorando sin cesar después.

Un empleado se asomó para pedirle que abandonara la casa en tan pocos minutos que apenas le alcanzaron para vestirse y tomar el dinero más propina que el dueño le había escupido en la cama. El chofer, que nunca cruzaba palabra con él, le sugirió que se cambiara de escuela si quería que las visitas cesaran. Su patrón no lo dejaría tranquilo si seguía en esa, pero tampoco mandaría a buscarlo si se cambiaba a otra. En caso de que llegara a ordenarlo, él se aseguraría de decir que no lo había encontrado aunque lo viera en más de alguna ocasión. Se lo prometía. Pero también le recomendaba dejar el trabajo que le había conseguido. Caso contrario, siempre seguiría tirando de los hilos que los unían.

Se había jugado su empleo al dar una recomendación como esa. Por eso, cuando su patrón lo mandó a buscar al muchachito a la escuela de siempre y el muchachito se subió al auto una vez más y viajó hasta la casa de siempre sin decir palabra, asumió que estaría despedido para el final de ese día, después de que el dueño se cansara de estar en la habitación sin sonidos artificiales con el chico. Pero no. Asumió que el muchachito no dijo nada porque el patrón no le llamó la atención ni lo miró distinto, ni le canceló su contrato cuando volvió de dejarlo en la escuela. Por cualquier cosa, prefirió no conversar en ese camino, no decir ¿Cómo estás? ni ¿Quieres que te lleve a un hospital? después de ver que llevaba golpes. Ni siquiera le pidió que se pusiera el cinturón de seguridad ese día, no fuera a ser que lo lastimara en moretones que no podía él ver. Lo dejó donde lo habían indicado y pasó, en el camino de regreso, por unas flores para el comedor. No quería que fuera más su problema. Era asunto de su hermana preguntarle qué le había pasado y problema del jovencito contestarle con la verdad o no. ¿Qué te pasó? ¿Quién te golpeó? Unos muchachos cerca de la escuela. ¿En la escuela? No. Camino a ella. ¿Y por qué te hicieron eso? No sé. ¿Cómo no vas a saber? Porque pueden. ¿Te ha pasado antes?

Silencio.

¿Te ha pasado antes?

Muchas veces. Pero no va a responderle que sí. No tiene su hermana por qué saber cuántas veces le ha sucedido. No quiere que se preocupe o se sienta mal por no haber podido protegerlo cuando fue a México a buscarlas a su gemela y a ella y terminó en la casa del hombre que vivía con una madre que estaba en silla de ruedas.

¿Que si te ha pasado antes?

No contesta.

Este niño no responde. ¿Puedes preguntarle tú?

Tu hermana quiere saber si esto te ha pasado antes.

Era posible. El barrio hispano era una zona de combate a veces. Los muchachos se disputaban las calles y sus esquinas. Las proclamaban propiedad de los de un color o de los de algún bando. Pasaban de manos con tanta frecuencia y sin aviso a la población que, con mucha facilidad, alguien podía realizar una acción que los regentes de ese momento desaprobaran y consideraran digna de castigo. Entonces procedían a robarle algo o a pedirle algo en compensación si era una persona mayor. O a castigarla si se trataba de una más joven. Era probable que ese fuera el caso de su hermano. Podía ser que lo hubieran golpeado por error o porque no tuviera algo que pudieran quitarle.

¿Es el caso? Dime, ¿es el caso?

Como seguía en silencio, suponían que lo era. Lo que convenía entonces era andar con más cautela. El horario nocturno funcionaba de manera distinta. Tal vez podían pasar a dejarlo y a recogerlo a la escuela si eso lo hacía sentir más seguro. Tendrían que ajustar sus horarios para conseguirlo o pedir que les quitaran algunas horas de trabajo si llegaba a ser necesario. Él, a cambio, debía esperarlos más tiempo en la escuela. No lo estaban negociando: eso era lo que iban a hacer, al menos en las siguientes semanas. No querían que volviera a sucederle lo que pensaban que estaba pasándole. Y, cuando vieron que volvió golpeado una vez más, decidieron que era mejor cambiarlo de escuela. La nueva le quedaba más lejos de casa, pero más cerca de su empleo. Podía considerar ajustar los horarios para aprovechar cada viaje. Con suerte le darían dos días más en el restaurante. O tres. Yo había pensado dejar el trabajo, ¿sabes? ¡No hablarás en serio! Es un buen empleo, no solo para alguien que comienza. A mi marido y a mí nos llevó mucho tiempo poder conseguir algo que se pareciera a esa oferta.

Es que estaba pensando que a lo mejor no es lo que quiero para mí.

Me imagino, pero en este momento debes mantenerlo. Lo necesitamos. Lo necesita nuestra madre en casa. Lo necesitan nuestros hermanos. Sabes que para mí es más difícil enviar ahora, por el niño. Necesita más cosas, debo pagar para que alguien me ayude a cuidarlo para poder yo ir a trabajar. ¿Podrías hacer ese sacrificio por mí y por ellos? ¿Te sería muy difícil soportar un poco más?

Por supuesto que no. Había aguantado ya muchos años.

¿Podemos contar con eso entonces? Sí, claro.

Así que se subió una vez más en el auto con chofer que le enviaron y subió a la casa de los sonidos e hizo lo que el dueño le pidió y después tomó, billete a billete, el dinero que el hombre le arrojó al suelo para que lo recogiera frente a él como el perro que era. Le dijo que no dudara en mandar a buscarlo si deseaba verlo una vez más. O en recomedarlo con sus amigos. Estaba para servirle.

Tú eres el mejor, le dijo.

Ah, ¿sí?

El hombre que tenía a su madre en silla de ruedas en su casa le decía lo mismo. Eres el mejor. No hay duda, mi rey. Lo eres. También se lo decían el hombre con el periódico bajo el brazo que lo había llevado a esa casa y un tercer hombre que también vivía ahí y que también lo hizo pasar noches con él en la infinidad de años sordos que pasó con ellos. Desde el principio. Desde que el hijo de la señora en silla de ruedas lo llevó a una recámara y le dijo Esta va a ser tu habitación. Anda, prueba la camita. ¿Te gusta?

Le dijo que sí. Mucho.

Qué bueno. Me hace feliz que te guste. ¿Sabes qué también me haría feliz?

No, pero pudo intuirlo cuando se sentó a su lado y cuando le puso una mano sobre la pierna, y pudo saberlo cuando luego empezó a respirar pesado sobre su espalda y luego a expirar dentro de él, y a llamarlo por nombres cariñosos y a decirle que todo iba a estar bien, que todo estaba yendo muy bien, ¿no lo sentía? Él se sentía muy bien. Muy bien. Iban a ser ellos muy felices ahí. Y luego estaba fuera de él, casi tanto como él mismo estaba fuera de sí, nomás que no temblaba el hombre. Sonreía. Le decía que era fabuloso tenerlo en casa, que lamentaba no haber podido contenerse hasta después de cenar, pero que había sido un poco culpa suya: era demasiado lindo como para resistírsele. ¿Lo sabía? ¿Sabía que era lindo? ¿Nadie se lo había dicho antes? Se lo diría de nuevo esa noche, después de cenar, el hombre del periódico bajo el brazo. Le diría también que había intentado contactar a sus hermanitas, pero que no había podido conseguir que respondieran al número de teléfono que llevaba apuntado. Era posible que se tratara de un lugar de trabajo en lugar de una casa. Intentaría al día siguiente, en horas de oficina. Pronto estaría con ellas. Mientras, debía ser buenito, ¿sí? Él lo sería con él si se esmeraba en complacerlo, si hacía esto esta vez, le hacía esto otro la siguiente, si dejaba que le hiciera esto otro más el otro día. Era bueno que aprendiera, que se dejara enseñar, aunque tenía él talento natural,

¿se lo habían dicho? ¿Quién iba a decírselo? No sabía. Podía ser que alguien, que antes. La única persona antes había sido el hijo de la señora en silla de ruedas. Eso provocó una discusión entre ellos. El hombre del periódico bajo el brazo le reclamaba fuerte. Le decía que debió haber respetado su turno, que ese era el acuerdo. El hijo de la señora en silla de ruedas le respondió que lo había intentado. ¿Como en la ocasión pasada? Jura que lo había intentado más. Debía concederle que, en efecto, el chiquillo era bello. Y tan suave… Pero no era tu turno. Nunca lo es. Siempre quieres ser el primero. Bueno, estamos en mi casa. Pero yo lo traje. No porque lo buscaras: tuviste suerte. Tuve ojo. Y tuvo las palabras. ¿Le llamaba a eso suerte?

Para el hombre del periódico, suerte era que el chico no hubiera notado que a veces olvidaban pasar llave a la puerta principal. Para el hijo de la señora en silla de ruedas, suerte era que el chico le ayudara a limpiar a su madre y a alimentarla. Para el tercero de los hombres que vivía ahí, suerte era que el muchachito entendiera tan bien que a los tres les gustaban cosas diferentes y les diera gusto a todos. No era como el resto de los niños que mantenían también en esa casa, que eran muy suaves, muy tiernos, pero era un poco siempre como que ellos debían llevar todo el peso del asunto.

Es porque él está más grande, ¿sabes?

Costaba creerlo. Podía tener la edad que decía que tenía, pero se miraba mucho más pequeño. Tal vez era un don suyo lucir así de joven pero actuar como si tuviera mayor edad. Tal vez eran sus genes los que lo hacían tan fino. Tal vez no lo habían alimentado suficiente en la vida. En todo caso, salían ganando ellos porque, además de hacerles sus noches, les ayudaba en el restaurante del que eran dueños. Limpiaba mesas más rápido que cualquiera. Preparaba órdenes sin nunca equivocarse. Lavaba los pisos y las paredes de la cocina hasta que pareciera que podía realizarse una operación quirúrgica en ese lugar. Todo con tal de salir de la casa y ver, desde el auto, las calles de la ciudad que todavía no entendía, con la esperanza de ver a sus hermanas en ellas y hacerles señales para que se detuvieran, y dejar el auto a como diera lugar, y correr a su encuentro. Tenía más posibilidades de lograr un reencuentro que si esperaba a que el hombre del periódico bajo el brazo por fin lograra contactarse con ellas al teléfono que jamás marcaba o que si el hijo de la señora en silla de ruedas se decidía a darle eso como obsequio. Su oportunidad estaba con el tercero de los hombres, el que manejaba el restaurante y llegaba siempre a casa más tarde que todos. Él lo llevaba y traía en su coche todos los días. A veces se

detenían en el camino porque el tercero de los hombres decía que necesitaba un alivio y no podía esperar a que fuera su turno. ¿Podía entenderlo? Tenía que. Le pedía que no lo comentara cuando estuvieran en casa. Ya sabía él cómo se ponían los otros dos con eso de los horarios. A cambio, podía él facilitarle alguna cosa que quisiera. ¿Tenía algo en mente?

Quería llamar a sus hermanas, pero eso estaba fuera de la lista. Pidió que lo dejara atender las mesas. Quería moverse un poco más. Quería estar más cerca de otra gente, de gente que sonriera y conversara de cosas variadas, no de cocineros enojados por el calor de la cocina o de meseras amargadas que le gritaran Apúrate, chamaco, nos haces quedar mal. Quería poder estar un poco más cerca de las ventanas para poder ver pasar por la calle a gente que, con suerte, podía ser alguna de sus hermanas. Podría ser que un día ellas llegaran a comer a ese lugar y le tocara a él atender su mesa. Por supuesto, no le dice al tercero de los hombres que lo quiere por eso, sino porque quiere más movimiento.

El tercero de los hombres no sabe si concederle el deseo, pero termina por acceder porque el chico hace siempre todo lo que le pide y como se lo pide, y hasta a veces se adelanta a lo que está por solicitarle. Además, le gusta la idea de poder verlo en el piso mientras él está en la caja. Puede controlarlo todo el tiempo. No sabe que, en la cocina, se besuquea cuando puede con un muchacho de su edad que han contratado para lavar los platos, pero siente que de ella podía habérsele escapado varias veces por la puerta de atrás. No se lo decía, pero sentía alivio al final del día, cuando él se presentaba al auto sin que lo llamara y no necesitaba hacerlo entrar primero o asegurar su puerta como si llevara a un bebé en el asiento. El niño era discreto y, a la vez, enérgico. Muy pronto se volvió el mesero favorito de todos porque sonreía y resolvía con prontitud. Hasta las meseras amargadas parecían menos atribuladas gracias a su presencia. Lo único que no le gustaba al tercero de los hombres era que, en los momentos libres, las mujeres esas intentaban sacarle conversación. Le pedía que fuera cuidadoso con lo que decía. Si le preguntaban por qué siempre iba y llegaba con él, debía decir que estaban emparentados. Él era un primo suyo que había venido de Veracruz. Nunca debía decir que de otro estado. El acento veracruzano y el tipo físico de los de ahí eran los más parecidos a los del país de donde había llegado. ¿Le quedaba claro? Sí, sí. Veracruz. ¿En serio?, le preguntaron unos comensales. ¿De qué parte? No sabía decir. El tercero de los hombres nunca lo había entrenado para responder a esa pregunta. Los comensales insistían

en saber: ellos eran de ahí. Él no les parecía de por esa zona. ¿Acaso había vivido fuera de allá durante mucho tiempo? Cuatro o cinco eternidades quizás. Tal vez más. Había perdido la cuenta del tiempo. Había perdido también la cuenta de cuántos hombres habían llegado a verlo invitados por los que lo alojaban y de cuántos niños había visto desfilar por la casa en la que vivía. Lo único que conservaba todavía era la dirección y el número de teléfono de sus hermanas. Lo había leído tantas veces en el camino hacia esa ciudad que había terminado por memorizarlo. Por eso, aunque el hombre del periódico bajo el brazo le había quitado el papel, podía saber dónde encontrarlas si alguna vez conseguía dinero para un taxi o cómo llamarlas si alguna vez dejaban un teléfono al descuido.

En eso los hombres eran muy cuidadosos. Nunca cometían errores ni dejaban desatendidos los teléfonos. En otras cosas eran menos detallistas. Como en las coartadas, por ejemplo. Tal vez porque asumían que nadie insistiría como los estudiantes universitarios de la mesa que él estaba atendiendo en ese momento. Suponían que él haría lo que se le había indicado y de hecho hizo: suspender la conversación tan pronto como pudiera, pero con disimulo y mucha gracia. Ya lo había logrado en otras ocasiones porque en todas ellas no había habido alguien que le dijera que iban para allá ese fin de semana y, si quería que le trajeran algo de casa, podían hacerlo. Se puso nervioso. Se le desdibujó la boca y se le llenaron los ojos de lágrimas. Uno de los muchachos preguntó si se sentía bien. Contestó con la cabeza que no. El muchacho le preguntó si podía hablar con libertad. Él volvió a negar con la cabeza.

Haz como que tomas una nueva orden, ¿quieres? Anótanos dos cosas que crees que podrían parecer ordenadas por nosotros y regresa si quieres que te ayudemos, ¿sale?

El tercero de los hombres notó lo irregular del movimiento y le preguntó qué había pasado. Respondió que los estudiantes habían pedido cosas que sabían que no estaba en el menú del lugar. ¿Y por eso estás que lloras?, le dijo acompañado de movimientos que dejaron a los estudiantes ver que había intimidad entre ellos. Es que me insultaron, dijo el chico. Me dijeron cosas muy feas. Entonces el tercero de los hombres se acercó a la mesa a pedirles, caballeros, que se comporten con su personal cuando lleguen a ese lugar o se retiren de él de inmediato. No querían ahí que el servicio fuera insultado. Ellos, que habían comprendido, se disculparon con él. Le dijeron que no volvería a suceder. De hecho, querían pedirle perdón

al mesero frente a él para que no hubiera malos entendidos en el futuro. Querían seguir llegando a comer ahí. Bien sabía él que eran clientes y que nunca antes habían dado problemas. No sabían qué les había sucedido ese día. Debía ser la presión de los estudios. Habían presentado una prueba en la que no habían salido muy bien.

Frente a él le pidieron que los disculpara por haberse sobrepasado, que les hiciera el favor de olvidar lo que le habían dicho e iniciaran una nueva relación. Querían, además, darle una propina mayor, si se los permitía. No quería que fuera a interpretarla como una segunda ofensa o como un intento de comprar su dignidad. El tercero de los hombres le indicó que podía aceptarla. Sabía que, al final del día, debía entregársela, así que, aunque el tercero de los hombres lo regañaría, dijo que, por favor, no lo hicieran. Le bastaba con la disculpa y con que regresaran al restaurante. Sería un placer volver a atenderlos. Gracias. Perdimos el hambre ya. ¿Crees que puedes preparar lo que te pedimos para llevar? Por supuesto. ¿Todo bien entre nosotros? Todo en orden. Gracias por disculparse con él. Vuelvan cuando gusten, caballeros. Gracias. No vuelvan tan pronto porque puede sospechar. ¿Estás acá en contra de tu voluntad? Él asiente con la cabeza. Volveremos por ti, ¿de acuerdo? Vuelve a asentir con la cabeza.

Desde ese día, no duerme pensando en el escape. Piensa en que le gustaría llevarse con él a los niños que están en la casa y a los que ya la dejaron, pero no puede. Su plan se vendría abajo. Quizá pueda decirle a los muchachos que lo ayudarán cómo dar con el resto. Tal vez puedan ayudarlos a ellos también. Por eso, trata de fijar en la memoria todos los detalles que puede acerca de la casa y de los caminos para llegar a ella. La emoción que lo invade es tanta que no puede reparar en las señales ni en los nombres que ve en los caminos. Siente las imágenes de la casa en la que está en ese momento como recuerdos que se le van borrando. Hasta siente que está olvidando la dirección de las hermanas, que ha repetido de memoria cientos de veces y que ha escrito en letra diminuta y borrado otras tantas más entre las líneas del diseño de las baldosas de la habitación que ocupa. La repasa una y otra vez, una y otra vez, por si los muchachos llegan ese día al restaurante y le dicen que ese es el momento de marcharse y se marcha con ellos. No sabía cómo sucedería, pero aceptaría lo que le dijeran.

Pensaban que lo mejor era no hacerlo esa vez. Sentían que se pusiera tan triste. No era su intención. Querían que el tercero de los hombres los viera de nuevo con confianza antes de hacer lo que habían discutido. ¿Qué era? Es mejor que no sepas. Nada más vete a

la cocina y pide que nos preparen esta vez una orden muy grande para llevar. ¿Para llevar? ¿Por qué? ¿No se quedan a comer como siempre? No esta vez. ¿Por qué? Pues, porque vamos a comer con amigos de la facultad. ¿Por qué no los trajeron acá? ¿La verdad? Estamos muy apenados todavía por el incidente de la vez anterior. Ni queríamos pasar de nuevo, pero no encontramos comida como esta en cualquier parte. No se fijen: está todo olvidado. ¿Cree? El chico parece de nuevo ponerse mal de solo vernos. Es porque es muy sensible. Se irá haciendo a la idea mejor si vienen con frecuencia. Lo tendremos en mente. Pero, por hoy, será para llevar. Como gusten. Pero se toman algo mientras esperan, ¿no? Por supuesto. Corre por cuenta de la casa. Muchas gracias. Ayúdanos a llevarlas al coche, ¿sí? No tengo permiso para salir. Pues, pide. Va a decir que no. Mejor le preguntan ustedes. Tienes razón. ¿Puede? El auto está acá al frente. Y por supuesto que le vamos a dar propina. Sabemos que su trabajo es acá dentro. De acuerdo. Gracias. Gracias. No hay de qué. Tú, ayúdales y vuelve pronto que tenemos trabajo. Tú métete de una vez en el coche. ¿Qué? Que nos vamos en este momento, ándele. Y se subió. Llegó a una casa donde vivían solo jóvenes que le preguntaban cuántos años tenía, cuánto tiempo había estado con esos hombres, cuántos hombres eran, cuántos niños más había, cuál era la dirección en que podían encontrarlos. Había que denunciarlos antes de que se movieran de sitio y se llevaran a más chicos consigo. ¿Podía decirles? Lo que dijo cuando dejó de llorar era que quería ver a sus hermanas. Quería hablar con ellas. ¿Sabes el número?

La persona que respondió dijo que las gemelas —tan lindas chicas ellas— no vivían más ahí. Se habían marchado con sus esposos al siguiente país en el mapa. ¿Puede facilitarnos un número de contacto? ¿Quiénes dicen que son ustedes? Somos amigos de su hermano. Él está buscándolas. ¿Cuál de sus hermanos? ¿El pequeño? No. El otro. ¿Está vivo? Sí, señora. Está a salvo ahora. ¡Dios Todopoderoso! Las chicas han sufrido mucho pensando que había muerto. Hasta le rezaron sus nueve días. ¿Nos puede dar los números de ellas entonces? Claro, claro. Pero también puedo darles el de la hermana que todavía vive en este país. ¿Lo quieren?

Las hermanas celebran la noticia de su aparición. La que vive en esa ciudad lo abraza de inmediato. No lo suelta. Le da besos una y otra vez y lo acaricia de formas distintas a las que ha recibido los últimos años. Llora. Le pregunta dónde ha estado todo ese tiempo. Habían estado esperándolo siempre. Habían sufrido mucho sin él. ¿Qué le había pasado? No lo dice. No importa: estás aquí. ¿Quieres

comer algo? ¿Quieres dormir? ¿Qué quieres hacer?

Quiere llamar a su madre. Necesita que sepa que está ya con su hermana. Necesita que hable ella por él porque a él las palabras no le salen. Solo escucha la voz de su madre al otro lado del teléfono y tiembla. Siente que, si habla, su madre podría saber lo que le ha pasado todo ese tiempo. Le pasa igual con las gemelas. No las mira a la cara cuando lo reciben en la ciudad a la que se mudaron. Deja solo que lo abracen y llora mientras. Ellas también lloran. Temían que le sucediera algo en el camino. Cruzaban los dedos para que el hombre que lo trajo por los senderos no resultara ser un bandido, como sucedía con muchos. Les había costado una pequeña fortuna. Por suerte, habían ellas estado ahorrando mucho. Una estaba embarazada. La otra había decidido mudarse a otro estado con su esposo. A la otra costa. ¿Por qué? Querían algo distinto. Por primera vez en la vida. Ambas estaban juntando sus moneditas para poder separarse. No titubearon cuando la que vivía en el país anterior les preguntó si podían mandar por su hermano. Él ya no quería estar ahí. Ellas querían estar con él. De inmediato. Sus planes podían ser postergados. No podían esperar por ver a su chiquito. ¡Cómo has crecido! Estás bello, ¿te lo han dicho? El joven guarda silencio y llora mientras lo abrazan. Ellas le dicen que también están felices de verlo. ¿Qué había sido de él todo ese tiempo? Trataba de encontrarlas. Ellas rezaron mucho por él. Siguen haciéndolo. En sus casas en dos diferentes costas, los pasillos son galerías de santos a los que siguen pidiéndoles y agradeciéndoles por él. No dejan de pedir por su alma. La menor de las gemelas va pidiendo por él en todo el camino hacia el hospital de donde la llamaron. Pide porque esté bien y pueda decirle lo que sucedió. Que no sea como esa vez que se fue a vivir con la gente de una iglesia de otra fe y no pudo contar nada de lo que pudieron hacerle ahí para que regresara con ella y llorara todo el tiempo, y no pudiera levantarse a hacer nada más y no quisiera seguir haciendo nada más. O como cuando llegaba golpeado de la escuela. O como cuando por fin lo encontraron del tiempo que se había perdido y del que nunca pudo dar cuenta. Pide porque, le hubiera pasado lo que le hubiera pasado, pudiera sanar. Pide también porque sus niños, que han quedado al cuidado de su marido, estén con bien cuando regrese. Amén.

ELLA

Ella fue una sorpresa para todos. Fue concebida en un momento en que todos pensaban que no podía suceder porque habían tomado las medidas para que no pasara. No podían darse el lujo de tener una segunda cría justo cuando el hermano desaparecido de su mujer había regresado del purgatorio gracias a las muchas oraciones a San Judas Tadeo y había decidido quedarse a vivir con ellos en lugar de optar por irse con la otra gemela, no porque ella hubiera decidido mudarse a la otra costa del país y él prefiriera la que habitaban en la actualidad, sino porque tanto él como las chicas habían sido criados para cuidar del que les seguía en nacimiento y resultaba que la que lo antecedía a él era su mujer, no la hermana de ella. Por diferencia de un minuto y medio, la otra lo había perdido en la discusión. No había más qué decir. No le parecía justo. Quería que supiera que, cuando lo perdieron, ella lo sufrió tanto como la otra, lo lloró tanto como su igual cuando lo dieron por muerto y rezó (y sigue rezando) tanto como ella por la salvación de su alma. Quizás hasta más. Siempre ha sido su niño. Él lo sabe, pero debe ella entender que la otra necesitará de su ayuda para cuidar al bebé, sobre todo ahora que ella no estará para hacerlo. Cierto. Además, no quiere estar ya en otra ciudad. La idea de moverse a otro sitio que no conoce lo inquieta.

Lo entiendo.

No es cierto: no lo entiende porque no le ha dicho de los caminos en los que ha estado. Ellas nunca le preguntaron después de que él pidió que no lo hicieran. Las gemelas pasaron esos años con gentes de iglesia que las trataron siempre muy bien, que las cuidaron como hijas propias, que les celebraron sus cumpleaños y las entregaron en sus bodas cuando decidieron casarse con novios tan jóvenes como ellas, gente que de verdad lamentó verlas partir cuando decidieron marcharse con ellos al siguiente país para iniciar una nueva vida. No entendemos por qué. ¿Qué les hace falta que no les hayamos dado? Nada. ¿Entonces? Ellos quieren una vida distinta. ¿Por qué no se van solo ellos? Porque nunca las dejarían.

Se habían casado con ellas para poder llevárselas sin que alguien las criticara o pudiera detenerlas. Las habían llevado de la mano durante todo el camino. Habían ahorrado lo suficiente para pagarle a alguien para que los pasara por un sendero donde ellas no serían vistas como carne ni tomadas como tal. Habían llegado a casas de amigos de amigos de ellos que los recibieron con todo y sus mujeres a cambio de un porcentaje de lo que ganaran en los empleos que fueran consiguiendo y algunas labores domésticas. Se habían acomodado los cuatro en una sola habitación y habían luego conseguido salir de ahí y tener sus propios espacios, sus propias vidas. ¿Para qué le diría que la vida de algunos es diferente, que no todos tienen la misma estrella? Mejor le agradece por entenderlo. Gracias. Pero, si cambias de idea, me buscas, ¿sí? Sí. Siempre tienes un espacio conmigo. Sonríe. Es lindo que lo haga. Te ves preciosa, le dice. Le pasa el dedo por los cabellos tan parecidos a los de su madre. Preciosa. Es la primera vez que alguien se lo dice. Se sonroja. ¿Qué? Habrías sido una chica muy linda. ¿Lo dices en serio? Siempre lo has sido. Sabes que siempre me han golpeado por eso. No más. No acá, corazón. ¿Has visto? Se puede ser como eres acá. Él baja la vista. Ella lo hace subirla. Se puede. Es el mejor lugar para serlo. Nada más ten cuidado. Ya sabes. ¿El qué? Que debes protegerte. Todo el tiempo. No importa la urgencia, no importa la época del año. Ten cuidado. No queremos que vaya a pasarte algo, ya sabes, malo. No hables con extraños. Mira siempre a los lados antes de cruzar la calle. Lo haré. Siempre. Sí. Prométemelo. Te lo prometo.

Cumple siempre que lo recuerda. Odia olvidarlo a veces, pero le gusta poder estar en un sitio en el que puede olvidarlo sin que algo suceda. Desea no haberse confiado tanto. Desea haber podido recordarlo al menos ese día que era de noche y salía del empleo que había encontrado tras renunciar a los trabajos que tenía y que ya no quería aunque le pagaban más. Cree que, si hubiera visto a los lados, habría notado que, entre todos los autos que circulaban, había un vehículo que se movía distinto, más lento. Uno que se detuvo a su lado. Una van con placas de otro estado de la que salieron dos hombres que lo insultaron en un acento diferente del idioma que ya dominaba mientras el conductor miraba desde su asiento cómo lo golpeaban. Su terapeuta le insiste en que no podía haberlo sabido. ¿Cómo habría podido imaginar que iban por él? Seguro iban por cualquiera. ¿Entonces por qué se habían detenido por él? Debió haberse tratado de una casualidad. No cree. ¿Por qué? ¿Los había visto antes? No. ¿Nunca? Quizás en el restaurante en el

que trabajaba entonces. No. Ahí venden comida con una grasa de la que los que viven en este país no comen. Quizás alguna vez. Que no. Si hubieran llegado los recordaría. ¿Cómo podría pasar por alto a las únicas tres personas con otro color de piel y otro color de cabello, y otra altura, y otro idioma? ¿Por qué creía entonces que habían llegado por él? Porque le decían Ahora sí nos las vas a pagar y lo llamaban por nombres insultantes mientras lo golpeaban con odio íntimo. Pero dices que no los conocías. Nunca los había visto. ¿Cómo podía ser que el odio fuera íntimo? No lo sabe. ¿Podía ser que lo hubieran confundido con alguien más? ¿Usted dice con otro marica de mierda? ¿Podrías reconocerlos si los vieras de nuevo? No lo sabe. ¿Podrías identificar el vehículo? No lo cree. ¿No recuerdas nada? Era blanco. ¿Algo más? No podía decir que de la van recordaba el piso sucio contra el que lo pusieron a punta de pistola ni que de los hombres recordaba el olor y la forma cómo cada uno de ellos se sentía dentro de su cuerpo, y lo que cada uno le decía y lo que se decían entre ellos cuando él lloraba y gritaba mientras ellos se reían y se vaciaban en él porque, entonces, le habrían dicho que había que ir a la policía para poner la denuncia. ¿Qué iba a decir ahí? ¿Las señales de quién daría? ¿Acaso irían en la búsqueda de tres hombres que podían ser cualquiera en una van tan igual a cientos o miles, o millones de ellas? Lo poco que podía contarle se lo decía para que supiera por qué no se había presentado a trabajar esos días, por qué estaba golpeado como estaba y por qué necesitaba que le pagara el dinero que le correspondía por esa semana. Se imagina que ya había conseguido a alguien más para el turno que él cubría, pero igual le notificaba que no pensaba poder volver a trabajar ahí. Tenía miedo. No habría querido siquiera salir del apartamento, pero había terminado haciéndolo por cortesía con él. Había sido un buen patrón, aunque no cedió en pagarle la tarifa que le pedía y creía que valía.

Pudiste haber llamado por teléfono.

Usted no me habría creído.

Ni te creo, fíjate. Tú has de haber andado Dios sabe en qué juerga y saliste mal parado. Ahora has de estar en apuros para pagar la renta y por eso vienes.

No. Yo…

No importa. Es tu vida y tú sabes lo que haces con ella. Y, pues, el dinero que te debo es tuyo, así que te lo pago y quedamos bien, ¿de acuerdo? Acá tienes. Uno, dos y el resto. Te diría que no volvieras, pero eres bueno en lo tuyo, así que, cuando quieras, pásate por acá y hablamos. A lo mejor volvemos a trabajar juntos.

Quién sabe.

Nadie. No podía confiárselo a sus hermanas. Lo único que podía hacer era llamar a la de la otra costa y decirle que no había novedad. No había pasado nada interesante en esa semana. ¿Nada? ¿Hacían diferencia tres hombres más en la vida? No. No había habido nada fuera de lo usual ni en la casa ni en el trabajo. A la otra le dice que no puede llegar esta semana ni la otra a ver a los niños. No le pasa nada grave, solo no puede llegar. ¿Lo dices en serio? ¿Por qué le ocultaría algo? No lo sé. Tú dime. No, pues nada. No me mientas. No lo hago. Estás saliendo con alguien, ¿verdad? No. ¿Es guapo? Que no estoy saliendo con nadie. Dime, ¿es algo serio? Ya te dije que no estoy saliendo con nadie. ¿Que no entiendes? Si lo es, puedes traerlo a casa. Puede que le guste conocer a tus sobrinos y a nosotros. Lo llevaré cuando lo tenga. Lo juro. ¿Por qué no lo traes al cumpleaños de la niña? Es en tres semanas. No se te ocurra faltar entonces. No lo haré. Prometiste cantarle una canción. Ella espera eso. La hermana espera que el hombre con el que esté saliendo ahora lo ame de verdad y que no suceda como la vez que se enamoró y terminó en el hospital. No se lo dice por no inquietarlo. No quiere recordárselo. Tampoco quiere tener ella que saber que han vuelto a lavarle el estómago o tener que volver a verlo conectado a aparatos o recuperándose en un ala del hospital que tiene rejas y visitas limitadas. No quiere que llore tanto y tan fuerte todo el tiempo que parezca que va a disolverse. ¿Y todo por qué? Por un muchachito. Por un chico unos años más joven que él que le recordaba al primero que le gustó, pero que, a diferencia de ese otro niño, sí podía ver sin tener que disimular y sí podía tocar, y oler, y besar una y otra vez, una y otra vez, hasta la saciedad. Por un joven con el que se reía y se agitaba en los dos idiomas. Por un niño que seguía las indicaciones que le daba: llegaba cuando su compañera de casa no estaba y jamás se quedaba a dormir, como había reglamentado ella, ni reclamaba ni insistía. Por un hombre que lo había abrazado la vez que estuvo más desnudo que nunca, le había dicho que todo iba a estar bien y le había hecho comenzar a hacer planes para un futuro en que los dos estarían en el mismo sitio al mismo tiempo. Por un monstruo que, una vez que se alcoholizaba, se transformaba en su padre y lo golpeaba de nuevo y lo llamaba por los nombres que no quería oír. Lo hacía sufrir. Mucho. Luego, cuando el alcohol bajaba su marea, se disculpaba. Decía que no entendía qué le había pasado. No había querido hacerle daño. Él no era así. Él sabía que él no era así, ¿verdad? Sí. Lo sabía. ¿Me disculpas? Por supuesto. Esa y las otras

veces. Que nunca volverá a suceder. Nunca. Te lo prometo. Te lo prometo de nuevo. Te lo juro. Te lo juro por lo más sagrado. Pero pasaba de nuevo. Mientras la compañera de apartamento estaba en su trabajo. Mientras él estaba en su trabajo. Mientras la hermana estaba en su casa de las afueras cuidando a los hijos para los que estaba pagándola mes a mes. Mientras los niños jugaban. Llegaba a reclamarle por cosas que no tenían sentido. Llegaba a decirle que ya no podían seguir porque ¿Por qué? No importaba. Quería terminar.

Al final, terminaban siempre amándose. El muchachito juraba que no volvería a beber y él volvía a ser el hombre más feliz de la tierra hasta que el chico quebrantaba su promesa. Pero, mientras la cumplía, no había nadie que lo hiciera sonreír así. ¿Qué tenía que lo hacía tan feliz? La hermana le decía que podía adivinar fácil si lo había visto o no ese día. Quería conocerlo, si era posible. Quería saber a quién agradecerle por hacerlo sonreír como lo hacía. La compañera de apartamento le decía también que le gustaría reunirse con él al menos una vez. ¿Para qué? Para ponerle rostro a tu Estoy enamorado. Tú has de querer quitármelo. Pero no se te va a hacer, fíjate. ¿Cómo crees? ¿Para qué más querrías conocerlo, chica? Ya te dije: para verlo, para saber que es real. Porque sabes que es muy guapo. ¿Lo es? Sí. ¿Lo soy? Yo le dije que sí. ¿Lo soy en serio? Mucho. Y muy encantador. Entonces, haz algo por mí. Lo que quieras. Invítame una copa. El muchachito no podía comprársela. Una vez, porque apenas le alcanzaba a su familia para pagar la renta. La otra vez, porque debía enviar el dinero a un amigo que tenía en el país de sus padres. La siguiente, porque había perdido el trabajo. Siempre la necesitaba y siempre era la última vez. Lo juraba. ¿Cómo iba a negársela? Debes hacerlo. ¿Cómo? Dile que le hace daño. No entiende a razones. Dile al menos que se modere. Intento, pero me convence siempre. Ponte firme: no le pagues más el licor. ¿Y si luego me deja? ¿Cómo va ser? No sé. A veces siento que puede dejar de quererme. ¿Por qué dejaría de hacerlo? Dice que no sabe, pero tiene siempre presente que, una vez que habían ido de tiendas por prendas para obsequiarle, el chico se molestó cuando descubrió que se le habían ido los ojos en el área del maquillaje. ¿A quién estás viendo? A nadie. ¿Con quién quieres, eh? Contigo. ¿Por qué andas viendo a otros entonces? No estoy viendo a nadie más. Te lo juro. Mira, por esta: No necesito ver a nadie más. Pero estaba viendo fijo. Nada. Es algo que quiero. ¿El qué? Eso. Maquillaje. Le dijo Ni se te ocurra cuando le señaló una paleta de colores y se lo llevó de la mano. A la fuerza, así como hacía su hermano cuando lo veía rondar el pintalabios que compartían las gemelas. Le dijo que

una cosa era que se acostara con hombres y otra muy distinta que se embadurnara la cara. Le dijo que había un límite para todo. ¿Ah, sí? Sí. ¿Para todo? Para todo. Qué bueno que lo dices, mira. Entonces limitaremos tu bebida también. Él se rio en la tienda, pero, al llegar al apartamento suyo, después de estar una, dos, tres veces en la cama, le dijo que no una, dos, tres veces y después lo golpeó una, dos, tres veces. ¿Te queda claro? Muy claro. No me vuelvas a hacer eso en público, ¿entendido? Entendido. Y no te pintes la boca. No. Eso es para mujeres. Sí. Tú no eres una vieja. No. No te quiero pintarrajeado. Ya entendí. Espero. Puedes estar tranquilo. ¿Puedo estarlo? Te lo prometo. ¿Puedes prestarme algo de dinero también? ¿Cuánto? Tanto. ¿Para qué tanto? ¿Me lo prestas o no? Gracias. Te lo regresaré. Por supuesto. Tan pronto como pueda. No hay prisa, darling. No me digas darling. ¿Por qué no puede? No le cuenta que solo la novia que tiene sin que él sepa puede decirle así. No me gusta, responde nomás. Para nada.

Desde hace un tiempo, muchas cosas no le gustan. ¿Es eso un problema? Solo quiere ayudarlo. No necesita ayuda. ¿No? Yo creo que sí. Con la bebida. ¿Lo crees tú o la monja esa con la que vives? Yo. Y ella también. Ya sabía. Pero más yo. Lo que necesito es salir de aquí. Me voy. ¿Tan pronto? ¿Cuánto te veo de nuevo? Te aviso.

Es muy niño a veces. Le gusta eso de él, pero a veces lo desconcierta. Quisiera que fuera un poco más estable. Entonces búscate otro. No quiere. Lo quiere a él. ¿Acaso no se da cuenta? Quiere presentárselo a su hermana y al esposo de ella, y a los hijos de ambos. ¿Por qué no lo acompaña a casa de ellos? No. Podrían ir el día de la fiesta de los niños. Odia las piñatas. ¿Por qué mejor no van a ver a la otra, a la que vive lejos? Pues por eso mismo: porque está muy lejos. Puede ser que te guste. No quiero viajar. ¿Y piensas estar toda tu vida en esta ciudad? No le veo lo malo. ¿No te asfixia? ¿Bromeas? Una puede ser acá como quiera ser. Uno. Eso dije. No: dijiste una. Dije uno. Estás oyendo mal, darling. Dijiste una. Y te dije ya que no me dijeras darling. Tú quieres pelear. No. Yo quiero otra cosa. ¿Quieres tú también? Sí. Quiero. Ven. Y luego quiero que vayamos a ver a tu hermana, pero a la que vive lejos. No. A la que vive lejos no. Vamos a ver a la que vive cerca. No. Quiero a la otra. Yo no quiero ir hasta allá. Pero yo quiero conocerla. Espera entonces a que venga a vernos ella. No: quiero verla en el sitio donde vive. Prométeme que me llevarás. Lo pensaré. Prométemelo. Quizás cuando seas mayor de edad. Faltan pocos meses. Pues lo pensaré entonces. Ahora no puedo viajar contigo. No puedo llevarte a ninguna parte. Porque no quieres. Quiero llevarte donde mi

hermana. Está bien. ¿En serio? Pero no a una piñata. No me gustan las piñatas. De acuerdo. Tampoco quiero que no haya nadie. No voy a saber de qué hablar si estamos solos ella y nosotros. ¿Entonces? No sé. En una celebración, pero no de cumpleaños. Hecho. Tú conocerás a mis padres. ¿De verdad quieres que los conozca? Cuando cumpla la mayoría de edad. Podríamos celebrar juntos.

Nunca fue porque el muchachito salió de su vida tan pronto cumplió esa edad. Se casó con la novia que tenía sin decirle a él. Se mudó lejos con ella, tal vez a la otra costa, con el dinero que le prestaba él y con el dinero que él le había dado a guardar para mudarse ellos dos cuando el chico saliera del programa juvenil en el que estaba y al que debía reportarse cada final del día para dormir custodiado, y también con el dinero que le robó de la última vez que estuvo en el apartamento que compartía con la mujer que había conocido en la iglesia, que no era todo lo que tenía, pero sí era mucho. No le había dejado ni razones ni excusas. Cuando llegó a buscarlo a la casa de su familia, como habían quedado, al día siguiente de su liberación, nadie tenía siquiera idea de quién era él. Tal vez quería darles la sorpresa. ¿Para qué decía que había llegado a buscarlo? Para celebrar su cumpleaños y su salida del programa. La celebración había sido dos días atrás. Todavía quedaba pastel de la boda, ¿quería un poco? No, muchas gracias. Tal vez le dio mal la fecha: fue todo tan rápido que quizá por los nervios le dijo el día que no era. Quizá. Quizás fui yo quien se confundió. Puede ser. Si quiere, puede venir después para ver las fotos. La novia se veía estupenda. Él, pues, es como es. Tiene suerte de que ella lo haya querido. Es muy linda persona. Ah, ¿sí? Un encanto. ¿No la conoces? No. Ni sabía de ella. Qué extraño: todo mundo la conoce. ¿Qué tan amigos dices que son tú y él? Quizá no tanto como él pensaba. No lo dudan. Nunca habían visto que tuviera amigos como él. Tal vez no era un amigo-amigo, sino más bien un compañero del programa ese en el que la corte lo había obligado a entrar por su poco criterio con el alcohol. Preferían no preguntarle. Suponían que, si era el caso, le daría algo de vergüenza aceptar las condiciones en que se habían conocido. En todo caso, no tendrían una relación demasiado cercana si no lo había invitado a la pequeña boda que celebraron en su patio con los amigos de la familia y los parientes de la novia tan dulce que había conseguido en la escuela secundaria. Podían, si quería, hacerle saber que había llegado a buscarlo cuando llamara. No le garantizaban que fuera a regresar pronto, pero al menos le darían los saludos que seguro le enviaría. No era necesario. Muchas gracias, dijo con la barbilla

anunciando el llanto que se vendría en tan solo instantes y que ellos prefirieron no ver para no caer en la cuenta de que su hijo tenía otro tipo de relación con el muchacho apuesto que había llamado a su puerta. No era posible. Ellos lo habían visto toda la vida siempre con mujeres. Con una detrás de la otra. Con demasiadas, quizás. No se explicaban por qué se había quedado con la que les parecía la menos agraciada de todas. Querían pensar que su hijo se guiaba por el interior, como le habían inculcado. Querían creer que su niño era como el resto de los hombres de esa familia y del país de donde esa familia había llegado aunque él hubiera nacido en este. ¿Sería posible que la vida en esa ciudad lo hubiera convertido en otra cosa? ¿Sería posible que algún otro hombre de la familia tuviera las mismas inclinaciones? No. Debió ser que, estando encerrado en ese lugar en el que estuvo, la necesidad lo hubiera llevado a resolverse con lo que estuviera a la mano. No podían culparlo por eso. El lugar no era una cárcel del todo, pero funcionaba como una. A lo mejor este muchachito que había llegado a su puerta lo había forzado. O lo había hecho creer que él quería algo que no. En todo caso, habría sido solo un hombre que había tenido sexo con otro hombre una o muchas veces, pero no un homosexual. No había homosexuales en esa familia. Podía haber los que quisieran en la ciudad en la que vivían, en ese país o en el mundo, pero no en su familia. Ellos no eran así. Debían estar pensando de más. A lo mejor el muchacho ese solo estaba triste y quería llorar con alguien. Tal vez le pasaba algo y buscaba a su hijo para que lo aconsejara o lo ayudara a resolver lo que él no podía, pero no era problema de ellos, así que entraron a la casa y comieron un poco más del pastel de bodas, no fuera a ser que se echara a perder y debieran arrojarlo a la basura con lo hermoso que había quedado y lo caro que el hijo les había dicho que había costado.

Entonces fue que perdió el control y, al llegar a su apartamento, cegado por las lágrimas, arrasó con todo lo que pudiera quitarle el dolor y gritó, y quebró los espejos con los puños, y apuñaló hasta morir al sofá reclinable que tenía, le sacó las tripas una a una y le quebró todos sus huesos mientras lloraba sobre él, y luego tomó todas las pastillas que tenía, todos los medicamentos que no circulaban ahí sin receta y que su madre le había enviado por largo tiempo desde su país por si alguna vez los necesitaba. Ese era el momento adecuado. Ninguno mejor para acabar con todo el dolor de una buena. El mundo se desdibujaba. El lugar del cansancio lo tomaba el sueño. Ya no sentía odio. Todo era silencio. Y, de pronto, alguien que no conocía le decía cosas que no entendía. Los

párpados le pesaban mucho. Había un tubo en su tráquea. La gente a su alrededor sonreía. Se alegra. Piden que avisen a su hermana que ha recuperado la conciencia. La pobre lleva mucho tiempo esperando en la sala de visitas. Se emociona al verlo. Le dice Amor, estás con vida. Gracias, San Judas Tadeo. Él llora con la poca fuerza que tiene. No quiere eso. Quiere volver a morir. Ella lo abraza y le dice que va a estar bien, que va a recuperarse. Él llora tanto que el personal del hospital decide que es mejor que vuelva a dormir. No quieren que vaya a hacerse daño. La policía quiere saber por qué tenía en su posesión un cuchillo que era ilegal. No tenía respuesta a esa pregunta. Lo que podía asegurarles era que su hermano era una buena persona. Puede que haya sido de alguien más. ¿De quién? ¿Cómo podría ella saberlo? No vivían juntos. No podía saber que lo tenía para protegerse después de que la iglesia lo había desamparado y algunos de los viejos clientes volvían a buscarlo. Había decidido no regresar con ellos una vez que consiguiera el dinero que necesitaba para sentar cabeza con el novio joven que había conocido en un almuerzo con amigos de la escuela. Nunca volvería a estar con alguien con quien no quisiera estar ni haría nada que no deseara. Quería una vida que pudiera contarle a sus hermanas. Quería un novio al que pudiera querer aunque no pudiera casarse con él y tener hijos, como sus hermanas. Quería un novio que, aunque le pegara a veces, no le robara lo que tenía y se fuera con una mujer que podía maquillarse todo lo que quisiera sin que alguien le dijera que no. Quería morirse. Quería saber por qué su compañera de casa lo había impedido. Quería saber por qué había llamado a la policía. Solo llamé al servicio de emergencias. Te lo juro. Estaba muy preocupada por ti. Quería saber por qué no se cuidó de guardar el cuchillo. Ellos no iban a devolvérselo bajo ninguna circunstancia y él lo necesitaba. Lo sabía. Lo sentía. ¿Iba ella a conseguirle otro igual? No podía. Entonces, no debió dejar que se lo llevaran. ¿Qué podía hacer? Preguntarían cómo había muerto el sofá y notarían que las heridas no coincidían con ninguno de los que estaban en la cocina. Pamplinas. Necesitaba su cuchillo. Ella le debía uno. No iba a olvidarlo. Tampoco iba a renovar el contrato del apartamento con ella. No es que no quisiera: después del tiempo internado, había perdido su trabajo en el restaurante en el que estaba. También había perdido a los clientes adicionales para los que trabajaba en ese tiempo. Todos se cansaron de esperarlo. Asumían que se había unido a otra iglesia de nuevo. Buscarían otra compañía mientras él se salía o lo sacaban de nuevo. Tú no eres material para el reino de los cielos, cariño, le dirían entonces y

celebrarían que hubiera recuperado la cordura. Beberían algo a su salud porque él no tomaba una sola gota de licor y recobrarían el tiempo perdido. Él no les diría que no había estado en una iglesia. No les hablaría de las rejas en el hospital ni de las sesiones de terapia a la que lo obligaban a asistir a cambio de poder salir de ahí. Dejaría que se rieran, reiría con ellos, haría su trabajo y después se marcharía. Dormiría en casa de uno de los muchachos que conoció en el primer restaurante en que trabajó en esa ciudad. Habría querido dormir en casa de la que fue su compañera de apartamento, pero no podía pedirle que le diera un espacio a cambio de nada. No quería cargarla. Lo que conseguía entonces no era suficiente para cubrir lo que le correspondía por el lugar. No trabajaba todos los días. No podía hacerlo. Algo le daban que hacía que no sintiera deseo. O, si no, se sentía débil o debía atender a las terapias o a las revisiones, o a cualquier cosa que se le ocurriera a la gente del hospital para no dejarlo volver pronto a su vida.

En el tiempo en que tardó en volver a ella, su antigua compañera de casa encontró alguien más para compartir, pero siempre lo acompañó a las fiestas de cumpleaños de los niños o a cualquier celebración familiar en casa de su hermana. Su trabajo ahí era asegurarle a ella que todo estaba bien con él, que toda recuperación es lenta y que era mejor no hacerle más preguntas. ¿Para qué recordarle lo que quiere olvidar? Mejor lo ayudamos a que avance. Quiere saberlo enamorado, pero no quiere verlo sufrir de nuevo. Debe encontrar una manera de decirle que debe aprender a elegir mejor a sus novios. Se le ocurre que tal vez su marido pueda decírselo mejor, ya sabe, de hombre a hombre. Él lo haría con gusto, pero teme que su hermano pueda considerarlo una intromisión en su vida. Es cierto que se llevan bien, pero es en parte porque él respeta su vida y sus elecciones. La verdad, no quiere crear problemas. No quiere que él pueda molestarse por eso. No quiere que deje de llegar y sus hijos no lo vean más. Sus niños lo quieren mucho. Quizá sea mejor que se lo diga ella. Ya sabe: de mujer a mujer. Quizá tenga razón. Lo hará cuando llegue a la casa. Quizá el cumpleaños de la niña no sea el mejor momento para tener esa conversación. ¿Por qué no lo visita o lo cita antes para hablar del tema? Porque él no quiere. Ya se lo pidió varias veces, pero no quiere dejarse ver estos días. Le está pidiendo de nuevo a San Judas Tadeo que interceda por ella. Dale agua a tu santo, mujer. A lo mejor hará un viaje con su pareja y tú estás haciendo que él interfiera en los planes. ¿Tú crees? Puede ser. ¿Qué otra razón habría para que no venga ni quiera que tu vayas? Sí, ¿verdad? Tal

vez van a los casinos a desenfrenarse un poco. Los jóvenes lo necesitan. Tal vez van a las islas a jugar al paraíso. Siempre es divertido. Tal vez va a acompañarlo a hacerse un procedimiento para verse mucho mejor, más atractivo, quizás tan joven como él. Tu hermano hace que cualquiera se vea mal a su lado. ¿No es cierto? Es el vivo retrato de mi madre. Qué pena que nosotras no nos hayamos parecido a ella. Ninguna pena. Ustedes son perfectas. Tú más que tu hermana. ¿Puedes ver diferencias entre nosotras? Desde siempre. ¿Sí? ¿Cuáles? Tú eres más linda. Su esposo dice lo mismo de ella. Por eso ese burro se casó con ella en lugar de casarse contigo. ¿Crees que este novio misterioso se case con mi hermano? Cuando se pueda, seguro que lo hará: todos matarían por ser cuñados tuyos. Lisonjero. Lo digo en serio. La única mujer más linda que tú es nuestra niña, nuestra hija, nuestra muñeca. ¿Verdad que es preciosa? Era la más hermosa en la piñata hasta que llegó Jasmine. Nadie podía dejar de verla. La piel, el cabello, la ropa, el olor. Todo en ella era perfecto. La niña que había nacido pese a las precauciones que habían tomado sus padres dejó su reinado para ir a recibirla. Le dijo Eres una princesa y extendió su mano para tocarla. Jasmine dobló las rodillas para dejarse abrazar por la regenta de la fiesta, que le dijo Te amo, tío. Él le dijo Yo también. No lloró para que el maquillaje no se le corriera. La madre de la niña le dijo Bienvenida, encanto. El marido le dio una palmada en el hombro y le ofreció algo para beber. Había aprendido de su mujer que no debía uno objetar la forma en que San Judas Tadeo entregaba los milagros que se le pedían. Si lo mandaba débil y silencioso como cuando lo rescató del limbo, debían amarlo. Si se enamoraba de hombres, enamorado de los hombres debían aceptarlo, porque era preferible que hiciera lo que hiciera a que no estuviera vivo. Así que, si lo enviaba con tacones altos y labios de clavel como lo había hecho esta vez, debían ofrecerle una silla en la que estuviera más cómodo y un espejo donde pudiera retocarse el maquillaje. Es muy bueno. ¿Dónde lo compraste? Le dice el nombre de la tienda donde estuvo con el chico. ¿Crees que ese color me quedaría bien a mí también? No lo sé. Quizá deberías probar algo que vaya mejor con tu tono de piel. Pero yo quiero verme así de increíble. Tú ya eres increíble. Eso le digo yo, pero no me cree. Creo que lo hace para que no gaste tanto en maquillaje. Es que no lo necesitas. Él sí lo necesitaba. Era una forma de no verse de la manera en que odiaba hacerlo. Era una manera de ser menos él y más una flor. Era la manera que había encontrado para poder sonreír en la fiesta de la niña, una vía para que la gente no notara

los golpes que todavía no habían sanado.

Tu hermana debería verte así. Estaría orgullosa de sí misma. ¿De sí? Siempre dijo que habrías sido la chica más linda de todas. Se ríe. ¿Te lo dijo a ti también? Una vez. Antes de irse. A mí me lo decía todo el tiempo. Todavía cuando llama me lo dice. Podría apostar que ella le ha pedido esto a los santos. ¿A cuál sería? Digo, para mandarle a poner ofrenda alguna vez. No te preocupes por eso: las ofrendas se las ponemos nosotras. Tú eres el milagro. Tu trabajo es estar y brillar. Podrías también cantar para la niña. Sabes que no tengo buena voz. La niña no lo sabe. Pero ustedes sí. Nosotros te vamos a aplaudir, mi alma. Como siempre. Bueno. ¿Ya sabes cuáles le gustan? Por supuesto: soy su tío. Y su tía también. ¿De verdad no te da problema? El único problema que me da es que me estás atrasando el programa: a esta hora teníamos que empezar la variedad. De acuerdo. Y todos le aplaudieron cuando salió esa vez. Y luego salió también frente a sus amigos, pero solo en sus cumpleaños. Nada más para divertirlos un rato y solo si lo merecían. Jasmine era solo para él, para cuando estaba en casa y no quería sentirse vulnerable. Lo hacía sentir seguro e irreconocible ante el espejo, como los tres cerrojos y la tranca en la puerta lo hacían sentir a salvo en su lugar.

La idea de que la llevara frente a extraños en un club y después a otros estados fue de sus amigos. El motivo era bueno: pasarían momentos agradables y recaudarían fondos. Debía aceptar. Lo hacía bien. Bailaba con gracia. Tenía más vestuario que cualquier otra. Su hermana, desde la otra costa, le enviaba vestidos y pelucas, medias y zapatos, y cualquier cosa que le pareciera que se le vería hermosa en ese cuerpo perfecto que había desarrollado y en esa carita bonita que había tenido siempre.

ESO

¿Eso?

Era eso y no otra cosa.

¿Estás seguro?

Absolutely, darling!

Se lo habían dicho en la clínica. El resultado impreso en el papel no cambiaría por más que ella lo revisara, pero la dejaba tratar. ¿Qué podía hacer él? No era de los que lloraban por algo así. ¿Qué quería que hiciera ella?

Nada, tú.

¿Qué más podía hacer?, le había dicho su jefe esa mañana. La señora pedía que fueras tú quien la ayudara. Entiendo. Lamentaba haberlo hecho quedarse un poco más de lo acordado. No se preocupe. ¿Crees que llegas a tiempo a tu cita? Haré todo lo posible. Permíteme darte dinero para un taxi. No se moleste. No había sido su intención retenerlo. Lo sabía: podía haberle pasado a cualquiera. Ahora debía correr, tomar el autobús si por fortuna el rápido estaba en la parada cuando pasara por ella, tomar el metro si el horario en las pantallas le convenía o tomar el tren. Su cita era a las 3:15. Todavía podía llegar a tiempo. Nada más necesitaba que todo saliera bien, que algo en la forma en que se mueve la vida y la ciudad estuviera a su favor, que ningún semáforo lo detuviera en su trayecto, que ninguna persona lenta o de esas que caminan viendo al suelo se atravesara en su camino al bajar las escaleras, que no hubiera demoras inesperadas en los rieles, que la recepcionista no fuera demasiado americana a la hora de ver el reloj y no hiciera distinción entre las 3:15 y las 3:17 o las 3:17:45.126, que no sentenciara Tú no te preocupas por las otras personas que están esperando y que entendiera cuando él le dijera Disculpa: Me atrasé porque una clienta de edad avanzada tuvo un problemita en el baño del restaurante en el que trabajo y debí ayudarla. Estaba muy apenada la pobre. Debiste haberla visto. No. La enfermera falla Eres un desconsiderado. No pronuncia la palabra Hispano, pero se siente como si lo hiciera. Él piensa reprogramar la cita, irse y volver otro

día en que ambos tengan más calma. Está por decirlo cuando de ella, que ha leído su intención, sale un Siéntate ahí. Espera a que terminemos de atender a las otras personas que están citadas después de ti y que sí vienen a tiempo. No le da opción. Tienes que esperar, manda. Si quieres, llama a alguien para que esté contigo porque el resultado no es bueno.

No podía serlo. Él no estaba al tanto porque no frecuentaba hospitales, pero todo mundo sabía que, si no pasaba nada, el hospital no se molestaba en llamarte para que fueras por tus resultados. Era solo si algo no estaba funcionando bien en tu sistema que te llamaban para asegurarse de que fueras a recogerlos. Si además te daban una cita para hacerlo, debías prepararte para recibir una muy mala noticia. Si encima te llamaban para confirmar que llegabas a la queda, el asunto podía ser mucho más serio. Su amiga lo sabía porque se lo había contado una mujer que vivía en su vecindario. A ella se lo había revelado una paisana la vez que iba camino al hospital para recoger sus resultados. La paisana intentaba retenerla en el sitio en que se habían encontrado o desviarla a una cafetería cercana para conversar acerca del tiempo en que no se habían visto y de la fiesta que estaba preparando para la hija suya que iba a casarse. Le decía que aprovecharan el momento, que lo del hospital podía dejarlo para cualquier otro día. No había de qué preocuparse: si no la habían citado o, peor todavía, confirmado, no debía tratarse de nada por lo cual debiera afligirse. Entonces ella comenzó a hacerlo porque no solo le habían telefoneado primero y luego confirmado, sino que había recibido una tercera llamada para pedirle que no fuera a faltar a la cita a la que ya había asegurado dos veces que asistiría. La paisana se asustó mucho. Trató de compensar al decir que seguro se trataba de un error suyo en la lectura de las costumbres de los hospitales. A lo mejor era porque el hospital al que iba tenía prácticas distintas al del que visitaba ella. ¿Tú crees? Estoy segura. ¿Cuál hospital es? El mismo al que se dirigía ella en ese momento. En serio lo sentía mucho. No había querido poner cara de funeral frente a ella. No había podido evitarlo. La quería mucho. Le preocupaba. No había querido ponerla nerviosa. No te preocupes. Juro que fue todo sin intención. Lo sé. Si quieres, te acompaño. No es necesario. Tú sigue a lo que ibas. Ojalá que la fiesta de tu hija resulte preciosa. ¿Estás molesta conmigo? ¿Cómo podría estarlo? Si acaso, podía enojarse con los médicos del país del que había llegado porque siempre se había quejado con ellos de un pequeño bulto que había advertido en el seno derecho y que sentía que crecía, ellos la desestimaban dos

veces por año durante varios años y ahora estaban unos médicos diferentes diciéndole que padecía justo lo que ellos habían negado que tenía y lamentando que no hubiera habido detección temprana porque la historia habría sido otra entonces. Era una pena que no se hubiera examinado ella misma, una tristeza que no hubiera buscado ayuda en etapas menos agresivas. De nada servía decir que lo había hecho e intentado porque igual tenía lo que tenía, así que se limitó a preguntar qué había que hacer para sanar si todavía había oportunidad de hacerlo y a firmar de inmediato los formularios que autorizaran al personal a ejecutar. No gastaría energía en molestarse con todos los que no vieron lo que le sucedía o con aquellos que pensaba que podían haberle causado o hecho crecer el mal. Nada de eso la curaría o le ayudaría a lograrlo. Lo que la aliviaría sería asistir a todas las citas y cumplir con el tratamiento que le indicaran. Costara lo que costara. Vería de dónde podía conseguir el dinero. No se preocupe por eso: corre por cuenta del hospital. ¿Habla en serio? Por supuesto, señora. Tenemos un programa para gente con casos como el suyo. Por eso la llamamos una tercera vez. Queríamos asegurarnos de que hablara con una trabajadora social para garantizar que siga el tratamiento completo. Está esperándola. Le dice que no tendrá que pagar un solo centavo por él. ¿Aunque no tenga papeles? ¿De qué habla? Digo, aunque no sea una ciudadana de este país… Eso no es un problema, señora. ¿Aunque tampoco sea una residente aún? Tampoco es un inconveniente. ¿Aunque no haya venido a este país de manera legal y todavía no tenga un permiso para estar acá? ¿Qué diferencia hace eso? Rompe a llorar.

También llora el hombre que hasta hace unos minutos estaba en la silla de la esquina. Él lo mira salir de la clínica. No siente lástima ni siente angustia. No siente nada. Siente solo que sigue esperando a que pase uno y otro, y otro, y otro más, y a que salgan todos destrozados hasta que llega su turno sin que nada —ni una canción, ni una imagen— llegue a su mente. La enfermera le indica con la cabeza que es su turno de pasar, le dice La próxima vez ven temprano y le abre la puerta. La doctora que está dentro del cuarto al que lo han pasado le dice Has venido tarde. ¿Por qué? Debes pensar en los demás. ¿No había explicado eso ya? No. Recién vas entrando. Bueno, es que trabajo. Todos lo hacemos. Trabajo en un restaurante. No parece ser gran cosa. Pedí permiso a mi manager para ausentarme hoy, pero no pudo concedérmelo porque es un día muy ajetreado para el negocio y nos falta personal. Cuando le pedí que al menos me dejara salir temprano para venir a la cita, me dijo

que sí, pero cuando casi llegó la hora me llamó porque una de nuestras clientas, una muy anciana, se ensució cuando no logró llegar a tiempo al baño y pidió que yo la ayudara. De entre todos los que trabajamos en el piso. De entre todas las personas del mundo, pidió que llegara yo a ayudarla. Pronunciaba mi nombre mientras lloraba. El gerente le explicó que ese no era mi trabajo y que además yo no estaba disponible ya a esa hora, pero ella siguió pidiendo que fuera yo quien la asistiera, así que él me suplicó que consintiera y lo hice. Decía que no me tomaría más que un par de minutos, pero resultó ser mucho más de eso porque hubo que ayudarla también a que se calmara. Por eso no pude venir a la hora que se suponía. Entiendo, pero debes esforzarte por venir temprano. Lo sé. Me disculpé con la enfermera por eso y por los casi tres minutos de retraso. No me lo dijo. ¿No? Te habría recibido si se hubiera tratado de tan poco tiempo y si además tenías una buena razón. ¿Sí? No lo cree. La doctora es tan americana en eso como la enfermera. En todo caso, dice, ya estás acá. ¿Quieres beber algo? No. Estoy bien así. Gracias. Bueno, ¿Tienes alguien allá afuera que haya venido a acompañarte? No sabía que era baile de parejas, piensa. ¿Quieres que pase a acompañarte? He venido solo, dice. ¿Quieres que te dé el resultado ahora? Para eso lo habían citado, para eso había llegado y para eso lo habían hecho esperar tanto, ¿no?, dice en su mente. Entonces, ¿lo quieres? Sí, por favor. Pues, tu resultado fue positivo.

Silencio.

¿Comprende lo que digo?

Sí: que es positivo.

No: estoy diciendo que es positivo.

OK. Positivo es algo positivo.

No siempre. En este caso, positivo es negativo.

Nadie podía decirle cuán negativo podía ser su positivo, pero sí cuánto tiempo lo sería: siempre. Toda la vida. Todo lo que le quedara de ella. No podía saberse cuánto tiempo sería eso. Algunos duraban más, algunos duraban menos. No había un tiempo promedio. Tampoco había una manera establecida de reaccionar ante la noticia. Algunos se quedaban como él en ese momento, callados, sin lograr asimilar del todo lo que estaba sucediendo o lo que significaba. Algunos rompían a llorar de inmediato. Se deshacían en lamentos y en reproches. Algunos pasaban horas, días, semanas, meses tratando de identificar el momento en que podía haber ocurrido. Algunos iban a sus casas y a sus bancos, tomaban de ellos todo lo que tenían y lo invertían en lo que fuera que

hubieran querido durante toda su vida, cuando pensaban que la tendrían. Se iban a los lugares que habían soñado visitar. Se dedicaban a lo que fuera que pensaron que debían haber hecho en lugar de aquello en lo que habían terminado ocupándose. Se pagaban comidas en lugares que antes hubieran descartado por su precio excesivo. Visitaban tiendas para hacerse de artículos que antes solo habrían acariciado. Se compraban los autos de carrera más caros que podían y los conducían a velocidades que nunca antes se habrían permitido. Pero eso era en otros barrios, con gente que tenía otro color de piel y había nacido en el país. Diez años atrás antes de que la ola llegara a ellos. En la época en que lo que le estaban diagnosticando estaba considerado una epidemia y todavía nadie sabía lo que pasaría, salvo el hecho de que quien lo padeciera moriría en cosa de uno, dos o quizá tres meses si corría con suerte porque no existía un solo medicamento para aliviarlo o detenerlo. El tiempo que le dieran en la clínica tras hacerse la prueba era el tiempo que tenía para disfrutar lo que fuera que hubiera ganado o hubiera acumulado en la vida. O tal vez menos, porque el cuerpo se debilitaba con rapidez. A algunos no les dejaba tiempo para decidir qué hacer antes de que de la enfermedad los tumbara o los incapacitara para cumplir sus deseos. Así que, si se corría con la suerte de saberse con ella, debía abandonarse el empleo el mismo día. Tramitar el papeleo era un desperdicio de tiempo y de energías. La gente entendería si se optaba por obviarlo. O no. Seguro correrían rumores acerca de ellos en la oficina. Algunos confirmarían sus sospechas acerca de ellos, otros dirían que nunca lo habrían imaginado, pero todos hablarían. Al final, no importaba que lo hicieran con más o menos disimulo: ninguno se presentaría en sus casas para ayudarlos cuando lo estuvieran necesitando. Ni uno de ellos admitiría tampoco haber sido un amigo cercano. Todos intentarían desmarcarse y evitar alguna posible vinculación. Temerían haberles dado la mano, haberse acercado demasiado alguna vez, haber usado las mismas facilidades sanitarias, haber ocupado sus sillas mientras no estaban en ellas. Luego, cuando el tiempo pasara y los médicos, la prensa y la publicidad descartaran la posibilidad de transmisión por esas vías, dirían que nunca habían tenido miedo. Que si nunca preguntaron por ellos fue porque respetaban su privacidad. Que si nunca fueron a visitarlos se debió a que nunca fueron invitados a hacerlo. De todas maneras, no habrían sido bienvenidos. No después de la manera en que los habían visto y tratado. De algún lugar habrían sacado ellos fuerzas para negarles la entrada o para pedirle a alguien que lo hiciera en

su lugar, si es que había alguien alrededor que estuviera dispuesto a hacer algo en nombre de ellos porque, por lo general, las familias negaban tener relación o interés en lo que fuera que les sucediera una vez que habían salido de ellas y dado la espalda a todo aquello en lo que creían y en lo que los habían criado. Si les pasaba lo que les pasaba, era por decisión divina, era la consecuencia de los actos desviados que habían decidido practicar aunque se les había ordenado no sucumbir a ellos. Por eso optaban por firmar documentos en los que cedían el poder de decisión sobre sus cuerpos y sus bienes a amigos que no permitirían que a sus funerales llegara gente que ellos no quisieran en vida o que hubiera una ceremonia religiosa en la que se los tratara como no deseaban. Por eso terminaban en hospitales cuidados por enfermeros especializados en su padecimiento o por voluntarios.

La doctora le pregunta si le interesaría ser uno.

¿Un qué?

Un voluntario.

¿Voluntario de qué?

¿No escuchó lo que le dijo?

¿Qué le dijo?

Que, además del grupo de apoyo del que le estaba entregando información, existía otro programa de ayuda para otros infectados en el que él, por su edad, podría participar como voluntario. Bastaba con una o dos horas, cada vez que pudiera. El trabajo consistía en ir a visitar a los que lo necesitaban. Podía ayudar con la limpieza de los estudios que el mismo programa les daba para vivir, podía hacerse cargo de llevar a cabo pequeños mandados que les harían la vida más sencilla o podía solo hacerles compañía. Ya sabe: estar ahí. Aunque la enfermedad ya no era considerada una epidemia ahí y de ella se decía que ya solo era un problema en el tercer mundo, la gente que la padecía en el país seguía experimentando algunas dificultades. A pesar de que ya había una variedad considerable de medicamentos disponibles, la gente del común no temía contagiarse en los autobuses y las clínicas dentales no rehusaban atender a pacientes que estuvieran diagnosticados con el padecimiento o pudieran estarlo, muchos seguían quedándose solos y arrojándose del puente rojo. Sobre todo si no tenían dinero suficiente para pagar sus cuentas o habían llegado de países como el suyo y no tenían acá familia que viera por ellos o tenían familias que no aprobaran sus estilos de vida. Era muy extraño que llegaran desde más allá de las fronteras para velar por sus necesidades. Por eso necesitaban de gente como él.

¿Creía que podía participar en cuidar de otros como él, que podía ayudar a los que estaban como él estaría en un tiempo que no podía ser precisado en ese momento, pero que estaba corriendo desde antes de que la doctora le comunicara que su resultado había sido positivo? Suponía que sí. ¿Adónde debía presentarse?

Primero, a un entrenamiento. Era imprescindible que supiera cómo registrar la actividad que realizaría cada día, cómo tratar a cada persona, cómo nunca pronunciar su nombre ante otras gentes, cómo y cuánto hablarle si esta la saludaba en la calle y cómo hacer como si no la conociera en el caso de que se encontrara con ella en algún lugar mientras compartía con familiares y amigos e hiciera como si nunca lo hubiera visto en la vida o recibido en su casa con tal de no pasar pena con los suyos. Luego, a la dirección de la primera persona que le asignan, un hombre que no parece estar enfermo hasta que su cabeza empieza a dolerle tanto que no queda más remedio que llamar a una ambulancia para que se lo lleve a un hospital por varios días. Es un tipo simpático que lo invita a pasar adelante y le pregunta si quiere algo de beber. No, muchas gracias. ¿Estás seguro? Si lo hubiera conocido en un bar, no le habría aceptado un no por respuesta. Es un chico muy atractivo. Estoy muy seguro. Gracias. No puede ser. No bebo. Ya aprenderás. Risas. ¿Quieres algo de comer, entonces? Tampoco. Ha llegado a ayudarle. Le dijeron que necesitaba mover algunas cajas. Eso puede esperar. Cuéntame de ti. Le encantaría, pero no cree que sea un buen momento para eso. ¿Y cuándo lo es? ¿Cuando hayamos movido las cajas? Ya no sé si quiera hacerlo. ¿No? Prefiero que conversemos. ¿Puede decirle que no lo enviaron a eso? No recuerda qué dijeron en el entrenamiento acerca de esos casos. De hecho, no recuerda casi nada de lo dicho en él. No estaba prestando atención. Trataba, pero no lograba concentrarse. Tan pronto como pudiera, volvería a tomar el entrenamiento. Mientras, contesta OK. ¿De qué quieres hablar? ¿Qué tal de ti? ¿A qué te dedicas, encanto? Digo, además de andar ayudando a gente como yo. Soy mesero. ¿Sí? ¿A dónde? En tal sitio. Debe irte muy bien. ¿Has entrado alguna vez? No. No es mi clase de lugar. ¿Cuál es tu clase de lugar? La isla de donde había llegado. Quería volver a ella alguna vez. ¿Qué lo retenía? El hospital. No creía que hubiera uno tan bueno allá en ese momento para atender sus dolores de cabeza. Son muy fuertes, ¿sabes? Quizás cuando se hastiara de estar vivo. O en el futuro. No perdía la esperanza de que lo hubiera para él. Creía que eso era lo que lo había mantenido con vida, no las medicinas. No se las había tomado. ¿En serio? Muy en serio. No confiaba en ellas. Pensaba que

podían matarlo más rápido que la enfermedad. Creía que no estaba del todo equivocado porque sus amigos que las habían tomado estaban todos muertos ya mientras que él seguía ahí, sentado frente a él gracias a que se había negado a ser conejillo de indias cuando la enfermedad era considerada epidemia ahí y comenzaron a repartir pastillas de toda clase para ella. ¿En serio no quería algo para comer? Debía aprovechar: llegaría el momento en que perdería el hambre o la habilidad para distinguir los sabores. Al menos, hazlo por acompañarme. No vas a perder tu hermosa figura por un bocadillo. De acuerdo. ¿Qué quieres comer? Lo que sea. Lo que tenga. Prueba esto. Sabe delicioso. Viene de la isla. De ella le llegaba también la protección. ¿Una medicina especial? Mejor que eso. ¿Qué? Esto. Mira. ¿Una piedra? ¡Qué dices! Cuando Dios formó el mundo, lo que llamas una piedra, esta piedra, estaba ya. Lo antecede a él y es más fuerte que él y que todo. Esto es lo que me protege de la magia de los de por acá. Es mala la magia de los americanos. Si no te cuidas, te lleva. Debes protegerte tú. Lo sabe. Las veces que no lo hizo fue o porque el niño bonito que después se casó a escondidas suyo con la novia que tenía desde la escuela había dicho que no era necesario porque ninguno de los dos estaría nunca con nadie más en el mundo o porque, con una pistola apuntando a su cabeza, no pudo pedirle a los tres hombres de la van con placas de otro estado que se detuvieran para ponerse o dejarse poner un condón. No importaba que él tuviera en su cartera o supiera dónde comprar más, todos los que necesitaran, por ahí cerca. Ellos eran los que daban las órdenes. Ellos eran los que decidían si todo terminaba ahí o lo dejaban seguir.

El hombre del estudio le pregunta qué piensa. ¿De qué? De lo que le dice. Perdona, me distraje por un momento. ¿Qué decías? Que si quería que le consiguiera una piedra de esas. Podía pedirle a su hermana que lo llevara al sitio donde podían hacer una para él. Parecía ser un buen muchacho. Se lo agradecía. ¿Es eso un sí? Es un Lo pensaré. Pero no tardes mucho. Mira que el tiempo cuenta. Lo sabía. Si no entonces, lo supo cuando empezó a ver a otro de sus asignados debilitarse, marchitarse, secarse como ramas, perder la mirada, morir.

Se lo dijo. Es solo que no imaginó que sucediera tan rápido.

Y eso que no lo conociste en su mejor momento: era muy apuesto. Y un embaucador.

Se ríe.

En serio. Le bastaba con bajar a la calle para encontrar a alguien que estuviera dispuesto a subir a su apartamento y a pagarle lo que

fuera que él fijara como precio de ese día. La tarifa variaba según lo que quisiera o necesitara, o supiera que le podía sacar al cliente.

¿Subiste con él?

¿Para qué quieres saber eso?

Risas.

Me habría gustado verlo antes de que partiera. Le agradecía que hubiera ido él en su nombre. ¿Te costó llegar? No. ¿Aun tan tarde? Me llevó una amiga. Una chica de la iglesia a la que iba antes. No puedo creerlo. No te preocupes: ella no entró a la casa. Sabía que no estaba en el acuerdo. Esperó sentada en las gradas de la entrada. Las siguientes miles de veces que visitaron a otros a altas horas de la noche o en lugares lejanos también fue así. Esperó en el auto, esperó en el pasillo, esperó en la sala de visitas, esperó donde le dijeron que esperara, todo el tiempo que tomaba. Luego, lo llevaba de regreso a su casa. O al sitio adonde quisiera ir si quería hablar acerca de lo que acababa de ocurrir o a lugares donde no tenía que hablar acerca de lo que acababa de ver. Nunca asomaba la cabeza ni escuchaba las conversaciones. Oraba afuera por los que estuvieran dentro de la habitación en la que su amigo estaba aunque la iglesia que había abandonado no aprobaría que lo hiciera hasta que, un día, un miembro del equipo del programa se le acercó para pedirle que considerara apoyar, mientras tenía fuerzas para hacerlo, a aquellos que padecían la misma enfermedad que pensaba que ella también padecía, y le extendió la misma solicitud que su amigo había firmado para hacerse voluntario ahí. No le aclaró que ella no estaba infectada. Tomó la solicitud, la firmó y comenzó a pasar a las casas, a las habitaciones y a los otros lados de las cortinas y vio a los hombres hermosos y vitales transformarse en cuerpos que se comían a sí mismos hasta dejar de sí solo huesos. Y, luego, se apuntó a llevarlo también de bar en bar, de escenario en escenario, vestido de brillos, para colectar fondos para los que estaban extendidos sobre sus camas con dificultades para respirar o para los que adoptaban posición fetal a fuerza de no poder retener nada de lo que comían, para los que perdían todas las facciones que alguna vez tuvieron bajo las afecciones de la piel.

Pidió que le redujeran sus horas de trabajo para poder atender mejor a los desconocidos amigos de su amigo y para poder atender al llamado de algún infectado que hubiera sido llevado de emergencia al hospital. Debía prepararse para el día que el hombre de la cama fuera su amigo. Debía saber qué hacer, qué decir, cómo moverse para entonces.

Para el día que le dijo Cuando yo esté mal, me vas a ayudar,

¿verdad?, ya ella entendía que le estaba pidiendo algo más que alcanzarle un vaso con agua o prepararle una taza de té, así que le respondió que sí, que por supuesto. Ella se encargaría de que no siguiera sufriendo.

Tomaría todas las pastillas que conseguían juntos de cuando visitaban a alguien aquí, de cuando sus madres les enviaban medicamentos de allá, de los que recibían cuando iban al médico y nunca tomaban, de lo que a veces se podía conseguir en los baños de algunas cadenas de comida rápida, de las que se compraban y vendían en ciertos callejones y las mezclaría en una bebida que no le supiera tan mal. Aunque, pues, no podía saberse quién moriría primero. Podía ser ella.

No bromees.

Lo digo en serio. Y digo en serio también que me vas a llorar si así sucede.

No lo creo, responde riendo.

Minutos antes le dijo que quería hacérselo saber a sus hermanas.

¿Estás seguro?

Lo dice la prueba, hermanita.

Las pruebas pueden estar equivocadas.

No esta.

No pregunta cómo ha sucedido. Pregunta qué van a hacer, qué quiere que haga ella, cómo puede ayudarlo su otra hermana. ¿Habló ya con ella?

Todavía no. Quería decírselo primero a ella, por los niños. Para que entendiera por qué a veces tendría que ausentarse y para que no temiera que algo pudiera sucederles por su proximidad o para que supiera que entendería si prefería que no se acercara más a ellos.

¿Estás loco? ¿O solo estás buscando una excusa para no venir?

No quiero que la gente te diga algo o te vea mal.

No quiero que te importe eso. Quiero que decidamos lo que vamos a hacer. Además de pedirle a San Judas Tadeo, por supuesto. ¿Qué sientes?

¿De qué?

De molestias.

Nada, darling.

Por eso a veces creía que de verdad la prueba podía haber estado equivocada. Por eso iba de nuevo a hacérsela, pero el positivo era siempre el mismo.

Debe ser que come usted muy bien. ¿Sí? Debe ser que su

genética es privilegiada. ¿Cree? Debe ser que los medicamentos están funcionando de maravilla. No. Eso sí que no podía ser porque no se los estaba tomando. Ni siquiera los había probado. Por supuesto, no lo decía, no quería que lo obligaran a hacerlo o, peor todavía, lo inyectaran en ese mismo instante. Nada más encogía los hombros y se bebía las vitaminas que la madre había comenzado a enviarle desde que la hermana tomó un vuelo para ir a explicarle en persona lo que le sucedía al niño que, mes a mes, le enviaba el dinero que había conseguido colocar a la familia en una casa que en poco tiempo sería propia y que además tenía un jardín muy grande donde la hermana mayor podía pasar sus berrinches en lugar de hacerlo encerrada en la jaula que mandaron a hacerle cuando vivieron en el asentamiento que no tenía árboles a los cuales atarla.

¿Quieres ir a verlo?

No.

Le vendría bien que lo hicieras.

No creo que me den la visa. Además, ¿quién cuidará de tu hermana si me voy?

¿Tu hijo?

Él no cuidaba de nadie.

¿Mi padre?

No.

Su padre era el mal del que debían protegerla. Si no les había dado un sobrino que fuera además su hermano había sido gracias a que ella había ahorrado de lo que todos le mandaban para llevarla a una clínica sin cartel donde le quitaran esa preocupación.

¿Alguna vecina?

No, hija. Nadie puede con ella. Cuida tú a tu hermano.

Le diré que lo intentaste.

Llévale estas vitaminas. Le harán bien.

¿Te dijo algo más?

Que intentaría pedir el permiso de nuevo en seis meses, le miente.

Yo preferiría que no se lo dieran.

¿Por qué?

¿Quién va a cuidar de nuestra hermana si viene?

Eres un encanto, ¿sabías?

Me lo han dicho antes.

Sonríen.

Es posible que la otra gemela llegue a visitarlos.

No, no. Esa niña debería quedarse donde está.

Les cuenta, cuando la llaman para informarle, que estaba por marcarles para darles la notica: está embarazada. Por fin. El riesgo es muy alto por su edad, por la distancia, por la forma de su cuerpo, por el tipo de sangre suyo, tan distinto al tipo de sangre del bebé.

¿Cómo no se cercioró de eso antes?

¿Cómo iba a saber que eso podía suceder? Nunca había escuchado que esas cosas pasaran. En todo caso, ya estaba hecho y debía continuar. ¿Qué había que hacer? Seguir una serie de instrucciones. Y dejar el viaje para después, para cuando se pudiera.

¿Y si no había después?, le pregunta a su gemela cuando ya hablan solas.

Debía haberlo. ¿Acaso no confiaba en Dios y en los santos?

Se refería a su hermano. ¿Qué pasaría si no había después para él?

¿Cómo no iba a haberlo? ¿Acaso no confiaba en Dios y en los santos? ¿De cuántas otras no lo habían sacado ya? Era mejor que comenzaran a rezar de nuevo.

¿Había parado ella alguna vez?

Para pedir quedar embarazada. ¿Y ella?

Quizás.

Debían comenzar de nuevo.

De acuerdo.

NOSOTROS

Nosotros le dijimos que se quedara, que no regresara al sitio de donde había venido. ¿Qué sentido tenía? ¿Qué podía haber allá que valiera la pena, que fuera mejor que estar acá, a nuestro lado? Se reía, pero seguía acariciando la idea. ¿Para qué, muñeca? Mejor acaricia a uno de estos, a este, que buena falta le hace. ¿Qué falta le va a hacer? Todos sabemos de dónde viene. Cierto. Pero nunca está de más tener un poco más, ¿no crees? Después de todo, la vida es incierta. Para algunos: nosotros sabemos bien lo que nos toca. Que no es nada que no le pase también a los demás, chico. Solo que nosotros vamos en el carril rápido. Muchos de ellos también, nomás que no lo saben. De acuerdo, pero no se estrellan con tanto dolor como nosotros, ¿o sí?

Le dijimos que debía airearse un poco. Era muy lindo que ayudara como lo hacía, muy noble, muy bueno de su parte, todos se lo agradecíamos, bla, bla, bla, pero quizá debía bajarle un poco, no hacerlo tanto. Si ya no podía ver la vida por estar presenciando siempre la muerte y ya no podía saborear lo que quedaba por estar oliendo lo que venía, ayudar le estaba haciendo más daño que bien. ¿Por qué no se tomaba un par de días? ¿Por qué no se iba a dar una vuelta por algún sitio lindo? ¿Por qué no iba esa noche con nosotros a despejar un poco la mente? ¿A dónde? A un parque. ¿De noche? Es la hora del juego, querido. Comienza cuando los vecinos apagan sus luces. Puede ir por su cuenta si quiere. Ellos prefieren llegar en manada: el camino se disfruta más y se teme menos. Aun en esa ciudad, que los entiende como muy pocas, siempre hay algún loco que les grita cosas o les tira piedras, o les da tundas. Gente de fuera, sobre todo. Ojalá no se tope nunca con alguno alguna vez. No es una experiencia agradable.

Al llegar al parque, se dan dos besos, se desean suerte y comienzan a escalar la colina en dirección a los muchos árboles. Detrás de ellos siempre hay hombres cuyos rostros no se ven y cuyos nombres no se preguntan, hombres tan positivos como ellos, con fuerza y deseo que inician lo suyo tan pronto como los

caminantes detienen su andar. Si tienen suerte, detrás de un árbol puede haber dos que le hagan señales con sus lámparas o sus teléfonos y lo reciban. O no necesitan llegar hasta un árbol porque hay alguno tras un arbusto que llama. Por eso siempre hacen sus apuestas en el camino. Ponen dinero o piezas personales a quién colecciona más rostros oscuros ese día o a quién aguanta más tiempo en el parque y regresa más tarde a casa, o a quién le resulta más divertida la persecución de la policía ese día. Porque los vecinos encienden las luces si los gritos son muchos (por eso gritamos fuerte), se quejan si hay demasiado disfrute (por eso gozamos tan alto como podemos), y la policía llega en caballos que suben la colina tan pronto que a veces no lo dejan terminar a uno, lo obligan a separarse en el mejor momento o lo hacen renunciar a las ropas para no tener que pasar la noche en una celda, donde seguro habría alguien más con quien seguir la fiesta, pero siempre hay alguien que está viendo y no es de los que permite continuarla.

Si llegan a atraparte, llama a este número. Iremos por ti. O pide ahí que nos contacten. Ya nos conocen. ¿Te animas? Nada más que, si te atrapan, pierdes puntos. Quedas advertido. Teníamos un tablero en el que él comenzó último esa semana y terminó en tercer puesto. Luego, nadie lo sacaba del primer lugar. Le dijimos que no era divertido que siempre ganara el mismo: debía dejar algo para los otros o ir a pasar la noche a casa de su hermana con más frecuencia. Se lo decíamos por bromear. Él sabía que nos alegraba que se estuviera divirtiendo. Además, daba un mejor servicio a la gente que ayudaba porque estaba más optimista y mucho más relajado. La que no cambiaba su cara de tensión era la amiga suya que lo llevaba y traía. ¿Sabía ella del juego? Sí. Había tenido que decirle para explicarle por qué no podía atender con tanta frecuencia como antes los turnos de la noche-madrugada. No le había reclamado nada. ¿Qué iba a decirle? ¿Que usara protección? No. No cree. ¿Qué pensaba ella? Nada, le dijo. Pero pensaba para sí que, si Dios llegaba a hacerle el milagro que ella le estaba pidiendo, este amigo suyo podría volver a enfermarse al día siguiente. ¿Podría salvarlo entonces, una y otra vez? Los nuevos amigos pensaban que era una pena que la ciudad hubiera cerrado los baños sauna en los que se encontraban los hombres antes. Ellos no los conocieron, pero han escuchado muchas historias acerca de ellos. Creen que él los habría disfrutado mucho. ¿Sí? Habrías sido una sensación. ¿Ustedes creen? Tienes talento. Creen que hay otro sitio donde podría ser un éxito. ¿El risco donde los marineros del pasado que gustaban de otros marineros encontraban satisfacción? No. El reemplazo de los

saunas. Una casa. ¿De quién? De gente. ¿Adónde? No sabían. A veces la casa cambiaba de casa. Era un en un sitio una vez y en otro la siguiente. ¿Cómo llegaban a ella? Debían ser invitados. Ellos todavía no lo habían sido. Ansiaban que llegara el día en que lo fueran. Mientras, disfrutaban como podían. ¿Quería ir con ellos a un club? Les encantaba bailar. ¿Quería acompañarlos a otro? Había un espectáculo muy bueno. Había escuchado de él. El precio de la entrada le parecía muy alto para lo que ganaba entonces, pero podía permitírselo al menos una vez, esa vez. No. No hablaban de ese. Sabían, por comentarios, que era muy bueno, pero el presupuesto no les daba para él. Además de los medicamentos y la renta, y la comida, y la marihuana que les abría el apetito que los medicamentos les quitaban, estaba lo que debían mandar a sus casas, a sus familias. ¿No enviaba dinero a su país él también? Todos los meses. Sabes, entonces, que, aunque ya no gastamos en condones, el dinero no alcanza para ese sitio al que quieren ir siempre y del que no se sale sin beber algo varias veces o sin invitar a alguno a una copa. Lo sé. Pues por eso vamos a este otro, uno en la frontera entre el barrio hispano y el de color más oscuro, uno en el que la bailarina principal parecía tallada en madera y se movía tan bien que no pudo él retirarse a la hora que había dicho que lo haría y debió llamar a su amiga para que fuera por él porque, a pesar de que decían que ya nada peor podía pasarle tras el fallo de su doctora, siempre temía que otros hombres en otras van, o tal vez los mismos en la misma que había conocido, aparecieran y de nuevo lo pusieran contra el suelo y le gritaran, y lo hicieran sentir como lo habían hecho la primera vez, que no dejaba de sucederle en la cabeza y a la mitad de la garganta, y en el pecho, y en los hombros, y en los ojos, y en las lágrimas, que de nuevo se le asomaban mientras le pedía que pasara por él. ¿Podía? Por supuesto. Voy para allá. Gracias por venir. ¿Te quedas un rato? Viene el segundo espectáculo suyo. Tengo que trabajar mañana. Juro que no te arrepentirás. La próxima vez. Promételo. Mírala. Es increíble. ¿Verdad? Impresionante. Te lo dije. Y qué piernas tiene. Es perfecta. Tienes razón. ¿Quieres tomar algo? No tomo. Ya lo sabes. Algo sin alcohol. Yo tampoco bebo. ¿A qué vienes, entonces? A ver el espectáculo, te dije. Me gusta. Es buena ella. Muy buena. Yo creo que tú lo harías mejor. No inventes. No lo hago. Los amigos que nunca le hablan cuando llega por él, que nunca saludan ni le preguntan su nombre o cómo está, qué había sido de ella, en qué asunto andaba en esos días, le dan la razón. También creen que se vería fabuloso en el escenario. Como Jasmine, claro. Sin maquillaje

y con la ropa con la que estaba, nadie daría un centavo. Todo es risas. Alguien pregunta de qué se ríen. Quiere reír con ellos. La broma no le hace sentido, pero la idea de Jasmine le agrada. Cree que puede funcionar para una colecta de fondos que está organizando. ¿Cuándo puede verlo en acción? Es el dueño del lugar. Le asegura que la bailarina como tallada en madera no va a molestarse. No cree que su Jasmine sea tan buena como para hacerla enfadar, bromea. Todos ríen. Quedan para el miércoles. ¿Puede ella llevarlo? Necesita trasladarse con el vestuario y el maquillaje. No pensará que saldrá de su casa vestido como un jazmín. Lo ha hecho antes. No para una audición. Anda. No seas mala, ayúdame. ¿A qué hora? Sus amigos están presentes. La bailarina como tallada en madera, también. Quiere saber quiénes la acompañarán en el espectáculo y asegurarse de ayudarles para que todo salga lo mejor posible. Necesitan recaudar tanto dinero como les sea posible. Los enfermos lo necesitan. En algunos meses, muchos de los que están sentados en la mesa también lo requerirán: el distrito hispano es tercer mundo aunque esté en el primero. Si lo haces bien, podemos conseguir que mucha más gente colabore. Dicen que eres buena. Lo dicen mis amigos. A mí me parece que estás preciosa. Veamos cómo bailas. Lo haces muy bien. Y tienes unas piernas magníficas. Podríamos hacer un número juntas. ¿Cuándo puedes ensayar, amor? La fecha para el evento es esta. ¿Crees que podrás estar lista para entonces? ¿Crees que puedes preparar un número más? Hay otros chicos que visten como chicas que agradecerían que las apoyaras en sus presentaciones. Uno de ellos quiere saber si tiene algo que hacer dentro de dos noches. Nada importante. Pareces buena persona. ¿Quieres ensayar más? Quiero invitarte a una casa. ¿A tu casa? No. A una casa. De las que no tienen paredes al interior. Ya sabes, de las que reemplazaron a los saunas. ¿Quieres ir? Puede ser que te guste. ¿Qué había que hacer? Solo lo que él quisiera. Dar si quería dar, recibir si quería recibir, tocar si solo quería tocar, ver si solo quería ver o escuchar si solo eso deseaba. Quedaba a su discreción y a su ánimo de ese día. No había más regla que la de respetar la señal del otro. Tan pronto como alguien dijera que no, todo, lo que fuera, debía detenerse ahí. No importa que antes hubiera dicho que sí. No importa cuánto lo deseara. El No lo terminaba todo. Incluso si era un Detente muy suave. Incluso si el Para era solo un gesto. Por lo demás, todo estaba a su alcance. Hombres si quería hombres, mujeres si quería mujeres, hombres que eran también mujeres si eso le apetecía, todos ahí por su voluntad y todos con las luces de par en par. La oscuridad era

para los parques. Las gentes de las casas llegaban a ver y a ser vistas. Estaba seguro de que tanto él como Jasmine lucirían bien. Ambos serían bien recibidos, pero prefería que fuera como él. Jasmine era más para los escenarios. Él era más para entrar con paso lento y sonreír al ver a los que notan su entrada, y acercarse a saludar y decir Sí cuando le preguntaran si podían tocarlo un poco. Por supuesto, si quería. No debía ser la primera vez si no lo deseaba. ¿Podía llevar a una amiga? Pensé que te gustaban los chicos. Disculpa. Me confundí. No: me gustan. Pero mi amiga es la que me lleva a mi casa cuando es muy tarde. Planeas quedarte hasta tarde. Me agrada. Deja ver si puedo conseguir que la acepten.

Dicen que puedes hacerlo.

Estás loco. A eso sí que no voy.

¿Por qué? No tienes que hacer nada que no quieras. Tú te sientas en el sofá (dicen que hay uno muy cómodo) o en una esquinita y miras hacia donde te lleve el ojo.

Ya dije que no.

¿Por qué? ¿Estás saliendo con alguien?

Lo más que puedo hacer por ti es recogerte.

¿A qué hora?

A esta.

No puede ser a la que él intenta negociar. Tiene algo que hacer. También tiene que trabajar al día siguiente. Es mejor que esté puntual. No quiere tener que esperar por él. No es sitio para eso.

Por eso te digo que entres.

No quiere.

¿Siente que le puede gustar como a su padre le gustó la bebida una vez que tomó un trago por compromiso y luego no pudo soltar la botella?

Piensa que le puede pasar como a la prima suya, hija de los tíos que la recibieron en ese lado del país, que, una vez que probó las drogas, no pudo dejar de estar sin ellas. Y, si le sucede también, ¿cómo sale luego de eso? ¿Cómo le envía dinero a su madre? ¿Cómo le responde a Dios?

Lo espera donde acordaron. Él llega puntual.

¿Qué tal estuvo todo?

Muy bien. Viene con sonrisa.

Han vuelto a invitarlo.

¿Sí?

Sí. Y lo dejarán llevar a sus amigos. Cree que estarán muy contentos.

Me alegro.

¿Puede ir por él ese día?

¿Qué le va a decir a Dios cuando le pregunte por qué lo llevaba a esas fiestas? ¿Porque la calle podía ser muy peligrosa para él?

Dile que no me traías, sino que me sacabas de ellas. Contará a tu favor.

Se ríen. Viene con muy buen ánimo. Le agrada. ¿Qué podía haber hecho que evade contarle? No le pregunta de nuevo. Conduce rápido. Quiere llegar lo más pronto posible. Necesita pasar por un sitio del que no quiere contarle antes de llegar a su casa y descansar un poco para poder presentarse a su trabajo. Él quiere saber si pueden pasar a comer algo antes. Se disculpa esta vez.

Tú estás viéndote con alguien, ¿no es cierto?

No va a responder a esa pregunta.

¡Lo sabía! ¿Voy a conocerlo?

Hablarán luego. Se mirarán en el espectáculo. Pasará por él el día de la otra fiesta. También podrá acercar a los amigos a una estación segura. Ellos lucen tan contentos como él el primer día. No se contienen para contar los detalles. Nunca se contienen frente a ella. Siempre actúan como si no estuviera. Excepto cuando le dan las gracias por llevarlos a la estación, que le hablan como si le hablaran a la madre de un amigo de la escuela, nunca comparten con ella. No le han dicho nunca a él No la traigas ni le han hecho sentir que está de más, pero no le hacen conversación. Es mejor para todos. No sabrían de qué hablar. No tienen nada en común hasta que, un día, uno de los muchachos del grupo ya no puede levantarse y guarda silencio todo el tiempo a fuerza de no poder respirar. Entonces ella pide que la incluyan en la programación de turnos que están haciendo para cuidarlo y ellos le dicen Gracias y le asignan el que mejor le va, para que también pueda descansar un poco puesto que trabaja temprano por las mañanas.

Trabaja mucho esa mujer. ¿Alguna vez se divierte? Cuando está con nosotros. Comienzan a ofrecerle bebidas, a preguntarle si le gustó el espectáculo, a ofrecerle ayudarla en alguna cosa que se le ofrezca, a acompañarla a donde sea que quiera ir. ¿Qué se le antoja? Nada. Esos días anda tan triste como ellos por la muerte del primero de los suyos. Veinticinco años apenas. Ella habría creído que, de todos, era el que más iba a durar. Se veía sano. Se miraba siempre alegre. La primera vez que cruzaron al estado vecino con el espectáculo para recaudar fondos, había sido el que más había disfrutado. Hasta había dicho que, en la siguiente, se apuntaría para bailar. Quería estar también en el escenario. Podría haber

funcionado aunque los demás dijeran que no. No te engañes: no era tan bueno. Ella cree que sí. Ellos insisten en que no. Igual, brindan por él. Jasmine y ella, con jugo. Le dedican el espectáculo de esa noche. Lo habría disfrutado. Lo que les queda ahora es disfrutar ellos. Reír. A todo pulmón. Ella no entiende cómo pueden hacerlo. No sabe que se ayudan con polvos y cristales. Nadie la convida. De todas maneras, diría que no. Le teme a la alegría, les parece. La bailarina como tallada en madera le pregunta si necesita algo esa noche. Nada, cariño. Gracias. Cuidará de los muchachos. La bailarina cree que es mejor que dejen a los muchachos llorar solos. Le asegura que el dueño del lugar se encargará de que lleguen con bien a sus apartamentos. Es mejor que ellas se vayan a casa. La bailarina dice que puede seguirla en su auto a donde sea que viva para hacerle más seguro el camino y luego puede marcharse a su casa si es que prefiere estar sola. ¿Quiere? También puede (y quiere) bajarse a conversar un poco. A la bailarina le viene bien que una amiga, alguien con la gentileza de la amiga de Jasmine, la escuche en ese momento.

Entonces no lo sabe, pero será la siguiente en caer. No usará más vestidos brillantes ni alzará la pierna para el deleite de los demás: cubrirá su cabeza y usará el atuendo de una anciana a causa del mucho frío que sentirá y apenas conseguirá moverse con la ayuda que le den. Su piel, en ese momento tersa, se arrugará como fruta vieja. Las piernas que la amiga de todos le admira en ese momento parecerán ramas secas. Todos dirán que la enfermedad le entró por la tristeza: no pudo soportar la muerte del jovencito amigo de ellos que, desde que la había visto, la había tomado de la mano y la había llevado a pasear por las calles, a plena luz del día, en el distrito hispano, donde todos los conocían, y habían enviado una fotografía juntos a sus familias en los distintos países de los que habían llegado. Por eso era importante reír. Por eso había que espantar las penas a como diera lugar. Por eso él debía tener una alegría, o aprender a beber un poco, como le había dicho su primer asignado. O encontrar una iglesia que no lo rechazara. Aferrarse a algo.

El compañero de trabajo de su amiga creía que eso no hacía diferencia. Pensaba que era mejor que los chicos esos amiguitos suyos y ella misma estuvieran al tanto de que no había nada más fuera de ellos. Era adentro que debían buscar. Y no a Dios, como quería ella que todos hicieran, o a la Santa Muerte, de la que algunos de los muchachos —su amigo entre ellos— se hicieron devotos, sino a las células T. En la medida en que las mantuvieran a

nivel, la vida seguiría. Así hacía él desde hacía mucho tiempo. No le importaba saber por qué ellos no lo intentaban. Lo que fuera que hicieran era muy su problema. Ya le había dicho que no quería conocerlos. A él eso de los grupos de apoyo no le interesaba. Quería solo terminar su tiempo de trabajo y jubilarse. Cuando lo lograra, llevaría la vida que le diera la gana. Se levantaría si quería, pasaría semanas completas en la casa sin que nadie lo molestara, saldría a caminar sin rumbo y sin horario, no hablaría con quien no deseara, nunca más atendería las quejas de los clientes. No sería como los hombres esos que buscaban compañeros mucho más jóvenes de otros países y gastaban su jubilación en mantenerlos a ellos y a los muchos amiguitos que siempre tenían. El lugar infalible para conseguirlos era un café que tenía el nombre del lugar donde vivía el primer cliente que había tenido en esa ciudad.

Nadie que entraba ahí iba por una cerveza nada más. Sus amigos lo sabían. Los muchachitos que llegaban de esos otros países entraban conscientes de que saldrían con casa, comida y diversión resuelta. Los abuelos, antiguos usuarios de los saunas que la ciudad en su pánico había mandado cerrar en los tiempos de la epidemia, elegían, de entre todos los platillos, el que les resultaba más apetecible. Por la variedad no se preocupaban: sabían que lo que fuera que eligieran vendría con guarnición. Esa era la norma, la bondad incluida en la acción de abrir las puertas de la casa para los amigos de su bebé. ¿Quería el niño una fiesta? Montaban una a la que podían llegar todos sus amiguitos. ¿Quería el abuelo pasar un rato con uno o muchos de ellos? Podía. De todo lo que hubiera en el jardín podía tomar sin restricciones. Todos ganaban. Él cambiaba de sabor. El niño se distraía mientras con alguien más. Los amigos del niño recibían por sus favores pequeños regalos, como en toda fiesta. Lo que no podían hacer los amiguitos era quitarle al niño de la casa lo que era suyo. Eso no se hacía. Nunca. Hacía que la confianza se perdiera. ¿Cómo se podía funcionar sin ella? ¿Cómo se podía luego vivir sin lo que antes se tenía? No era de abrazos y besitos que se estaba hablando. Algunos habían sacado de ahí no solo para ellos y sus amigos, sino también para sus familias en los países de los que habían llegado. ¿Cómo podía alguien perjudicarlos de esa manera? Lo sacaban de inmediato del grupo. Y el rumor se correría. Luego no encontraría otro equipo que lo recibiera. Nadie querría que lo traicionaran de esa manera y lo metieran en problemas.

¿Por qué le dice eso? ¿Cree que él podría hacerle algo así a alguno de ellos? Dice que no, pero se ha curado en salud ya. Nunca podía saberse. Sabía de otros a los que les había sucedido. Nada

más quería asegurarse. Por lo atractivo que había resultado ser en las casas con luz, podía pensar que a lo mejor el benefactor del amigo a cuya fiesta estaba invitándolo lo encontrara irresistible y estuviera tentado a cambiarlo por él. ¿Qué le diría cuando le reclamara por haberlo llevado? ¿Que no se le había ocurrido? Nadie creería que pudiera ser tan ingenuo.

No me invites, entonces.

Pero quería que fuera. Quería devolverle el favor que le había hecho al invitarlo a una de las casas iluminadas. Se lo había pasado muy bien ahí. Esperaba que pudiera volver a convencer a quien daba las invitaciones para que lo llamaran de nuevo. Esperaba poder convencerlo a él de que valía la pena hacerlo. Esperaba también que decidiera mirarlo de otra forma, decidirse a salir con él, a pasar las noches juntos. No pretendía que llegaran a ser exclusivos si él no quería, pero sí que al menos se presentara como pareja suya. No entendía por qué no quería. ¿No le parecía atractivo? No tanto. Lo dices por molestarme. Pues, claro. ¿Por qué más va a ser, tonto? No me llames tonto. Estúpido, pues. Estoy hablando en serio. Yo, también. Se echa a reír. Los amigos son amigas, no parejas. ¿Por qué no? ¿Por qué no intentas con alguien que esté buscando una? ¿Por qué no vamos tú y yo al café ese por nuestra cuenta? Ve tú. Yo tengo que trabajar y tengo que ir a ayudar a mis asignados. ¿Pero vas a la fiesta de mi amigo?

Va. Más por curiosidad de ver la casa que por conocer al anciano que podría darle por un favor lo que gana ahora en toda la semana. Es una casa muy linda, muy iluminada.

Podrías vivir aquí si quieres, le dice el anciano. Se le acerca demasiado.

Ya hay suficiente gente en esta casa, le responde. Luego cree que podría haberle contestado mejor que ya él tenía su propia casa, aunque no del todo porque todavía no había terminado de pagarla y nunca había puesto un pie en ella porque estaba en el país al que no podía regresar, no porque se hubiera borrado el camino de regreso, sino porque no podría volver a ese en el que estaban ambos, contemplando una fiesta en el jardín desde la ventana, porque ya no lo dejarían entrar cuando lo deseara. Era el precio que pagaba por no tener papeles todavía. Pero algún día los tendría. Entonces viajaría hasta el país ese y andaría en la casa que estaba pagando con lo que ganaba en su empleo y con lo que empezó a ahorrar de su otro trabajo desde el primer cliente que tuvo en esa ciudad. Mientras, estaba en la habitación que le rentaba a unos ancianos muy diferentes al que en ese momento lo estaba acariciando, así

que había sido mejor que le respondiera que ya había suficiente gente en esa casa. No quería problemas con el amigo de su amigo ni con la pacotilla entera. Respetaba la ética del grupo. Jugó las reglas del juego. Lo siguió a la habitación porque estaba permitido y porque, además, quería conocerla. No creía que al amigo de su amigo le molestara que echara una miradita. No pensaba que él estuviera a cargo de la decoración. No parecía ser su estilo. Y, a juzgar por el estado de las cosas, tampoco lo estaba de la limpieza.

Deberías contratarte a otra housekeeper, mi alma.

¿Tú crees?

Pues, a menos que sea prima tuya, no deberías tolerarle lo mal hecha que deja algunas cosas.

No lo era. De la limpieza se encargaba un antiguo novio de su anciano. Ya sabía cómo eran las cosas: las relaciones se terminaban, pero las amistades nunca se perdían. A él no le agradaba la idea al principio, pero su anciano le hizo entender que las cosas no funcionaban así. El chico había sido bueno con él, necesitaba ganar dinero y su anciano le permitía que llegara a limpiar la casa para ganarlo. Le pagaba muy bien. Más si lo hacía sin ropa. No tenía por qué molestarle. Su marido decía que mirar no hacía daño y que, en todo caso, era un dinero que no le quitaba a él, así que había optado por no decir más. Lo cierto era que el limpiador no trataba de ir más allá de aquello para lo que se lo había contratado. Era respetuoso y muy eficiente. Le extrañaba que hubiera dejado las cosas en las condiciones que le estaba reportando. Podía ser que algo le ocurriera. Le pediría a su anciano que lo contactara para asegurarse. Si llegaba a necesitar ayuda, era mejor que alguien estuviera al tanto.

En efecto, se había sentido mal cuando había llegado para limpiar para la fiesta. ¿Cómo lo había sabido?

Su actual novio se había dado cuenta. Pregunta si hay algo en lo que podamos ayudarte, querido.

Qué gentil de su parte. Creo que lo tengo ya todo bajo control. Gracias.

De todas maneras, le enviarán con un jazmín algo por si llega a necesitarlo. Le agradece la molestia. No te preocupes: vivo por este rumbo. Se asegurará de llamarlos para agradecerles de nuevo a ellos. Pregunta si los conoce desde hace mucho tiempo. Le responde que no, que es la primera vez que los vio a ambos.

Debiste de causarles una muy buena impresión.

Eso parece. Lo han recomendado con un amigo de ellos que lo llama por teléfono porque ha llegado por negocios. Le pide que

vaya a verlo. Tiene muchas ganas de conocerlo. Está en el hotel donde los presidentes se alojan cuando visitan la ciudad. Las habitaciones son hermosas ahí. ¿Qué tal la limpieza? ¿La apruebas? Impecable. Se ríe. Le parece que el chico es todo lo que sus amigos le dijeron. Queda muy complacido. ¿Estaría dispuesto a acompañarlo a otra habitación, una en un hotel en otra ciudad? ¿En cuál? Una a la que hay que llegar en avión.

Nunca se ha subido en uno. Teme que haya problemas si lo hace. No sabe que no se pasa por controles migratorios cuando se viaja en un jet que sale y aterriza en la propiedad de alguien. Tampoco sabe cómo se sienten todas esas otras ciudades a las que va cuando él llama y él atiende sus pedidos: nunca van por ellas, salvo en el auto que lo transporta desde donde el avión aterriza hasta el sitio donde el hombre lo espera. Lo que conoce son habitaciones de hotel, olores hechos a la medida de cada uno, menús. El primer lugar que verá fuera de un hotel es una isla en medio del Pacífico, pero no con ese hombre que lo llama para que suba a aviones, sino con uno que conocerá en el café al que los chicos llegan en busca de un techo. Sucede cuando comienza a sentir dolores de cabeza tan fuertes que debe ir al hospital por varios días muchas veces al mes y al dueño del restaurante en el que trabaja ya no le queda paciencia para soportar los ajustes en el horario y le dice que lo siente mucho pero debe buscar a alguien más. Entonces no puede pagarle a los ancianos que no son como los ancianos que entran a ese café y que tampoco pueden esperar a que él se sienta mejor para cancelarles la renta de ese mes y del anterior, y del anterior. No quieren ellos agravarle sus problemas, pero lo que reciben como pensión no les alcanza para cubrir sus gastos y tienen ahora una muy buena oferta para vender la casa que compraron cuando esa zona no valía demasiado. Creen que, con lo que les den por ella, pueden mudarse a la parte más cálida de la otra costa del país y vivir en una casa de ancianos que es más una especie de hotel. ¿Se imagina lo que sería poder andar por ahí sin tener que usar rompevientos siempre? ¿Puede creer que usarán sandalias para algo más que para salir del baño? Les habían dicho que el sol allá era espléndido. ¿Por qué no se animaba y se iba con ellos? A lo mejor ese sol magnífico le ayudaba a sentirse mejor también.

No creía que fuera un buen lugar para él. Por eso, se vistió lo mejor que pudo y se fue al café ese. El amigo nuestro que había querido ser su pareja había conseguido ahí un buen hombre que lo sacó del distrito en que vivía y lo había alojado con él en una zona

a la que solo se podía llegar en automóvil. Todos lo molestábamos porque era un hombre demasiado mayor para cualquier cosa que se le ocurriera a alguien, le preguntábamos si había sido lo único que había podido conseguir con la cara espantosa que tenía, le decíamos que él nada más lo quería para que le ayudara a quitarse la dentadura y a ponerse la pijama por la noche, lo acusábamos de andar buscando abuelo en lugar de un sugar daddy, le apostábamos que nada más andaba buscando herencia y le preguntábamos si se volvía polvo cuando lo soplaba, pero no intentábamos que lo dejara. Nos parecía que ambos se querían. El anciano se sentía bien a su lado. Siempre sonreía e invitaba a fiestas que duraban varios días y en las que hubo siempre lo que se nos ocurriera pedir. Él se miraba complacido cuando estaba de la mano suya. En parte, porque se sentía protegido y, en parte, porque tenía un amante que se encargaba de mantenerlo satisfecho. El anciano se lo costeaba. Decía que quería tener contento a su niño. A veces, también miraba. Decía que quería asegurarse de que le estuvieran dando a su niño la calidad por la que estaba pagando.

Como todos nos reíamos, al anciano le encantaba recibirnos. El día que murió, lo sufrimos todos. Cantamos en su honor porque él decía siempre que lo hacíamos muy mal, cargamos su féretro y acompañamos a su viudo esa vez y cuando se puso tan mal que casi se convirtió en el siguiente cadáver que debimos llevar en hombros.

Para ese entonces, ocho de nosotros habían muerto ya. No queríamos que hubiera un noveno, pero sabíamos que sucedería, así que comenzamos a correr apuestas acerca del siguiente. Casi todos nos inclinamos a pensar que sería un cocinero que, con permiso de su jefe, preparaba sus tortillas y sus frijoles en las instalaciones de un restaurante de primer nivel cuya comida era capaz de preparar como el más entrenado de ellos, pero se negaba a comerla porque no se parecía a aquella con la que su madre lo había criado. Él decía que hacíamos trampa al elegirlo porque no decíamos que moriría por el virus, sino por el hábito suyo de acostarse con hombres que nunca antes habían estado con hombres y no se lo habrían siquiera planteado de no ser por la clase de cocteles que él les preparaba. Entendía tan bien al licor y a la gente que sabía qué servir y cuánto para que cada cuál hiciera lo que él deseara. Siempre nos decía cosas como Fíjense nomás. En dos minutos, esta persona hará esto. Cuenten si no me creen. Un minuto. Dos minutos exactos. ¡Pum! La persona hacía justo lo que él había predicho. Movimiento, palabra o gesto que anunciara siempre sucedía. Por eso el profeta se salía siempre con la suya cuando elegía un hombre

en la fiesta. Pero, por lo general, eran relaciones de una sola noche porque la mayoría de ellos, al día siguiente, estaba que lo mataba. Lo amenazaban de muerte, pero ninguno nunca cumplía. El profeta se reía y decía que era porque, en el fondo de todo, habían querido siempre lo que sobrios y a gritos le negaban. Él solo los había ayudado a llegar. Deberían estarle agradecidos.

En lugar de eso, lo golpeaban. Con tanta brutalidad a veces que debíamos hacer turnos para cuidarlo mientras se recuperaba y podía volver a su trabajo. Le decíamos que debía seleccionar mejor sus presas. No queríamos que la ciudad tuviera que fundar un programa solo para atenderlo a él. Le sugeríamos también que se pusiera límites: había hecho su movimiento con el esposo de su hermana en la casa de ella, una vez que había tenido ella que salir a atender una emergencia, y luego otra vez en la que ella había salido de la ciudad a la fiesta de una amiga suya, y luego otra vez (que fueron muchas veces) porque había tenido ella que trabajar más tiempo para pagar una deuda en la que se había metido con su marido. El profeta decía que no había problema porque el marido, de todas maneras, ni se acordaba al día siguiente y porque, en todo caso, no había diferencia entre la hermana suya y él. Sentía también que se lo ganaba porque trabajaba turnos adicionales para ayudarla a ella y al marido de ambas a pagar la deuda: El dueño del restaurante en el que cocinaba le daba oportunidad de ser hostess en el mejor horario para que hiciera propina. Le parecía que le daba al lugar una variedad que la clientela apreciaba.

El profeta intercedió para que también dejara entrar a Jasmine ahí cuando se dejó con el hombre que consiguió en el café, no porque ya no lo quisiera, sino porque ya no quiso vivir bajo su ala. Nosotros le decíamos que se quedara. ¿Acaso no veía el bien que le hacía estar con él? El hombre era apuesto, todavía intenso y lo mimaba. ¿Quién más lo llevaría de paseo y de viaje a lugares como a los que él lo llevaba? ¿Cuál otro le disculparía que le pusiera somníferos en la bebida cuando iban a resorts para evitar pasar la noche con él por irse de fiesta con otros de su edad y, en lugar de recriminarle, lo llamaría travieso al día siguiente y le pediría que le contara qué había hecho, si se había divertido y si quería presentarle a alguno de sus amiguitos nuevos? ¿Acaso no pensaba en nosotros? ¿No veía lo felices que éramos con la unión de ambos? Gracias a ella, teníamos más y mejores fiestas que nunca. ¿Por qué no lo consideraba un poco más antes de tomar una decisión tan definitiva? ¿Quién más le soltaría dinero una y otra vez cuando mal fingiera un llanto por la salud del padre que todos sabíamos que

nunca había preguntado por él desde que se había marchado de su casa y terminara usando los miles que conseguía para invitarnos a celebrar lo que fuera que tuviéramos que festejar en esas fechas? ¿No le parecía muy egoísta de su parte querer que tuviéramos que reunirnos en un apartamento cualquiera? ¿No era una tontería dejarle ese hombre a un muchachito que ni conocíamos ni nos invitaría a sus grandes fiestas?

El profeta era el único que entendía que, aunque se había divertido mucho a su lado, quisiera hacer algo más, algo diferente, suyo, por su cuenta. También fue el único que acertó en la primera de las apuestas al decir que el siguiente en la fila era uno que en los clubes, en las casas con luz o en las casas con fiestas se comportaba como una chica, pero en la calle se comportaba como si no lo fuera. Lo supo cuando le vio al fondo de la garganta algo que luego le haría imposible comer, le dijo que fuera a tratarse de inmediato y él se negó a hacerlo. Decía que lo que le fuera a pasar le pasaría, se presentara al médico o no. ¿Qué sentido tenía oponerse? Un mes más o un mes menos era la misma cosa para él.

El compañero de trabajo de la amiga de Jasmine decía lo mismo, pero, a la hora en que las cosas se agravaron, ya no pensó igual. Él fue el siguiente en la lista. Fue hasta entonces que lo conocimos. Aunque se había negado antes, aceptó que llegáramos a su casa cuando el familiar al que la ciudad le pagaba para cuidar de él se negó a limpiarlo una vez que no pudo contener los esfínteres, manchó sus pantalones y no fue capaz de quitárselos por su cuenta. Entonces la llamó. Le pidió que pasara a verlo cuando saliera del trabajo del que por fin se había él jubilado. ¿Cómo podía ayudarlo? No podía moverlo ella sola. Siempre había sido demasiado delgada, demasiado pequeña para las fuerzas, demasiado débil para cualquier cosa. Él era un hombre grande, doble. No podría conseguirlo si no permitía que alguien le ayudara. ¿Podía, por favor, dejarla llamar a su amigo?

¿Qué tan amigo tuyo es?

Suficiente como para llegar en ese momento, comenzar a ayudar y no hacer preguntas, salvo ¿Quieres que te deje mi número por si necesitas ayuda alguna vez más? o ¿Quieres que vaya al mercado por ti?

Gracias. Mi esposa se encarga de eso.

¿Su esposa? ¿Por qué no le había dicho que se había casado con él?

Estaban divorciándose.

¿Cuándo había surgido la relación? ¿Por qué no lo había

invitado a la boda?

Había sido en la época en la que lo llevaba a las fiestas.

¿Se había sentido sola?

No. Pero sabía que él sentía deseos de volver a su casa o de traer a su madre antes de que no pudiera volver a verla jamás. Su compañero de trabajo había estado de acuerdo en casarse con ella para arreglar sus papeles. Habían pensado que, tras el divorcio, podía ella casarse con él para arreglar los suyos.

¿Conmigo?

¿Por qué no?

Sabes que me gustan los hombres.

A mi esposo también.

¿Entonces nunca estuviste con él?

No en la cama. Pero, desde el tiempo en que llegaba a recogerlo a las casas con luz, pasó muchas noches con él y sus amantes y se dejó conocer por los vecinos. Aprendió todas sus hábitos y sonidos para que, cuando llegaran a tener la entrevista, la única pregunta difícil de contestar fuera la de por qué no habían tenido hijos. La mejor respuesta que habían encontrado era Hemos intentado todo este tiempo y seguimos haciéndolo. Les servía también para tramitar el divorcio sin problemas.

No sabía cómo agradecérselo.

Podía ayudarlo como lo había hecho ese día. Más adelante, cuando se pusiera muy liviano, ella podría sola, pero, en ese momento, necesitaba de alguien más fuerte. ¿Podía él convencerlo de que permitiera que los otros muchachos llegaran a ayudar? Ella lo había intentado sin éxito todo ese tiempo. Ya le había dicho que todos estaban entrenados para hacerlo y que nadie tocaría ninguna de las cosas que él tanto valoraba en su apartamento ni cambiaría el orden en que las había dispuesto. No había funcionado. ¿Por qué no? Tú los necesitas. No los quiero. No son ladrones. Nunca había sugerido que lo fueran. Lo que dijo fue que seguro eran traviesos y demasiado ruidosos. ¿Qué había de malo con eso, cariño? Nada. ¿Entonces? Deja que vengan. Es para ayudarla a ella. No te hablarán si no quieres que lo hagan. ¿Lo prometes? Por supuesto. Espero que cumplan. Lo harán. Pero, si no me gusta, se van. Se hará como tú quieras.

Nosotros comprendíamos. Le estábamos agradecidos por lo que había hecho. Ni uno quería que nuestro amigo regresara a su país sin tener la posibilidad de volver. Llevábamos muchos años reteniéndolo y sentíamos que los trucos se nos estaban terminando.

USTEDES

Ustedes no entienden: él ha hecho un gran sacrificio para venir a verlos.

Yo no creo que vestirse de mujer y pintarrajearse sea la definición de «un gran sacrificio»…

Eres un imbécil, ¿sabías? Deberías callarte.

¿Por qué? Estoy en mi derecho. Y estoy en mi casa.

En la casa que pagó tu hermano.

Él espera afuera, en el auto.

Mi mamá la puso a mi nombre.

No entiendo por qué, mamá.

Porque, si llego a faltar, puede alguien venir a tratar de sacarlos de acá. Ves que siempre hay gente que sabe aprovecharse…

Me parece que ya tienes a esa gente viviendo bajo tu techo.

Yo no la obligué.

Es cierto: fue mi idea.

¿Por qué no la pusiste a nombre de quien la pagó?

Porque dijiste que podía morir en cualquier momento. ¿Qué iba a pasar con la propiedad entonces? ¿Y con tu hermana, que vive en ella? Todo lo que he hecho ha sido para protegerla.

La hermana está en el jardín, ajena a lo que sucede. Se ocupa de las flores. Tiene la piel muy dañada por el sol. Nadie parece notarlo.

Sabes que quiere verla, ¿verdad?

La madre no contesta. Intenta seguir con las labores del hogar. Avanza hacia una de las habitaciones.

¿Cómo es posible que no lo permitas?

La retiene por el brazo.

Porque no está bien. Como tampoco lo está el que trates a tu madre como lo estás haciendo.

¿Y está bien la manera como lo estás tratando tú a él?

Le suelta el brazo.

Hace lo que le han dicho en la iglesia que es lo correcto. No quiere más pecados en su casa.

Pero bien que has recibido cada centavo que te envió.

Era su obligación.

¿Eso crees?

Creo que hizo lo que debía hacer.

¿Por qué no haces tú lo que se supone que debes? ¿Por qué no lo dejas entrar?

¿Vestido de mujer?

Era como mejor se sentía. Había considerado presentarse como ella lo conoció, como había subido al avión y lucía en el pasaporte, pero pidió que mejor se detuvieran en alguna parte para arreglarse un poco. Quería verse bien. ¿Se recordaría su madre a sí misma al verlo? Su hermana creía que sí. También creía que se veía espectacular. Las sugerencias que la hija de su hermana le había dado eran todas muy acertadas: parecía una chica de las que caminan por ahí, ya no una de los escenarios. ¿Podría su madre asimilar la idea de tener en su sala a una mujer del espectáculo?

Mamá te quiere. No importa cómo te presentes.

¿Qué pasa que la puerta de la casa no se abre, entonces?

El sol es muy fuerte. No recordaba que lo fuera tanto.

Cuando la hermana sale, ya sabe él que la respuesta es un no. Debió haber hecho lo que su amiga, esposa y exesposa le decía: llamar, avisar que llegaba, preguntar si era buena idea, asegurarse de que podía encontrarse sin problemas, fijar un lugar. La idea de que fuera sorpresa había sido suya. A su hermana le había parecido fabulosa. Pensaba que la escena en casa sería como el día cuando ella regresó por primera vez. Hubo alegría. Hubo abrazos. Hubo ternura que no recordaba haber tenido antes. Quería que él pasara por eso también. Y quería verlo por sí misma. Por eso, cuando él le dijo que compraría un boleto, compró ella uno desde la costa donde vivía ella hasta la costa donde vivía él y, luego, consiguió un asiento al lado del de él para llevarlo tomado de la mano todo el tiempo. Creía que el viaje en avión podía ponerlo muy nervioso, pensaba que nunca se había subido a uno y necesitaría quien lo guiara y lo calmara cuando entrara en zonas de turbulencia.

Le dijo que no se preocupara, que todo lo que pasaba era que no estaban preparados para su llegada. Le dice que supone que es porque la casa no estaba lista para la recepción que se merecía.

Su hermana no sabe mentir.

¿Es por mí o por el vestido?, pregunta.

Es por ellos, querido. Hay cosas que no entienden.

Suspira.

Vamos a comer algo, ¿quieres?

No tiene hambre. No importa: debe comer algo. No probó nada en el avión. No es bueno que tenga el estómago vacío. Conoce un buen sitio por ahí cerca. Él prefiere que vayan a uno que esté más retirado. No quiere estar ahí.

¿No?

¿Era su imaginación o había cambiado mucho? A ella le parecía igual que siempre. Igual que la única otra vez que había llegado. Lo de antes no lo recordaba. ¿Lo recordaba él? No todo. Podía reconocer algunas cosas, nada más. Las casas donde le daban agua, por ejemplo. Otras, no sabía si habían sido agregadas una vez que él se fue o él nunca llegó a caminar tan lejos del asentamiento como a veces pensaba que lo había hecho. Se pregunta si hubo algunas que él se hubiera imaginado porque no las miraba por más que movió la cabeza, con disimulo, en todas las direcciones mientras esperaba.

¿Como qué?

Como la cancha donde su hermano y los niños del asentamiento jugaban. Si la memoria no le fallaba, debía estar no muy lejos de la casa que había terminado de pagar. ¿O era que la habían comprado en un lugar diferente al que él autorizó?

No: compraron la casa que él dijo, una de esas donde nunca le dieron agua, por más que la pidiera con amabilidad. La memoria y la imaginación no lo engañaban: la cancha debía poder verse desde la segunda planta si todavía siguiera, si la municipalidad no la hubiera vendido para que erigieran edificios de apartamentos en ella y en otros terrenos que la rodeaban, donde también jugaban y tomaban frutas. Nadie había reclamado por la concesión. A los vecinos parecía disgustarles menos los edificios que los ruidos de los niños que disfrutaban hasta altas horas de la noche en ella.

¿Crees que me recibe si me quito el vestido?

No cree que deba hacerlo. Cree que debe sentir orgullo de ser quién es.

Sabe que lo está. Es solo que quiere ver a su madre. No cree que el vestido deba ser lo que lo impida.

Pueden volver al día siguiente si lo desea. Ahora van a buscar un hotel, quiere que descanse un poco, que dejen que los otros aclaren un poco la cabeza y que salga con ella a ver la ciudad. Le han dicho que hay partes de ella que podrían gustarle.

No está interesado. No llegó hasta ahí para eso, ¿recuerda?

Había vendido los servicios funerarios que había comprado en la ciudad que habitaba para poder costear el boleto. Se había sentido

muy mal en los últimos meses. Los niveles de sus células T bajaban cada vez más, sin importar lo que hiciera. Pensaba que estaba por morir y que, si iba a hacerlo en esos días, debía ser cerca de su madre. Para enterrarlo bastaba un hoyo cualquiera.

A su hermano le angustiaba lo que la gente pudiera pensar al respecto. ¿Qué dirían cuando preguntaran de qué había fallecido? ¿Cómo iban ellos a decirles? ¿Por qué quería su hermana que pasaran más vergüenzas de las que ya habían tenido todo el tiempo con él? Todos sus amigos recordaban cómo era su hermano. Alguna vez le preguntaron qué había sido de él, por qué ya no lo veían cerca, por qué ya no esperaba debajo de los árboles, como siempre. Cuando les contó que se había marchado, todos se alegraron por él. Decían que esperaban que hubiera llegado a un lugar donde lo compusieran. O donde le dieran lo que se merecía.

Él cree que merece lo que tiene.

¿No es compasión lo que merece tu hermano?

Tú no entiendes: no estás acá.

Tú eres el que no entiende.

¿Quién lo mandó a meterse en esos asuntos?

¿Eso piensan tus amigos?

No. No todos sus compañeros de juego lo acompañarían en eso. Al menos no un par. Era cierto que, cuando habían sabido que se había marchado para México, habían pensado que era lo mejor para él, pero era porque eso creían en ese entonces. Más adelante, cuando les dijeron que había llegado todavía más al norte, sintieron pesar. Los hombres como él que habían visto volver de allá habían regresado solo para morir. Esperaban que a él no fuera a sucederle eso. Sentían no haberlo incluido en los juegos. Lamentaban haberlo perseguido en la escuela. Sentían que, si llegaba a sucederle lo peor, en parte sería culpa de ellos. Podrían haberlo evitado de alguna manera. Podrían haber sido más gentiles, menos hostiles. Les aliviaba saber que no hubiera vuelto. No se animaban a preguntar si se había contagiado o todavía estaba bien. Temían que les dijeran que no era asunto de ellos. Temían que pensaran que estaban demasiado interesados en él para ser gentes que nunca se ocuparon de sus asuntos. Temían que les respondieran que había sucedido lo que esperaban que no. ¿Qué seguiría entonces? ¿Qué les dirían a los padres? ¿Lo siento mucho, como si hubiera muerto aunque todavía estuviera con vida? ¿En qué podían ellos ayudarlos, aparte de no preguntar más que si estaba todo bien con la esperanza de que respondieran que sí y de ofrecer asistir al funeral y al entierro el día que dijeran que había sucedido y que lo traerían de regreso a casa?

Así fuera con el ataúd cerrado, querían acompañarlo. Sentían que se lo debían. Les gustaría que hubiera otra manera de compensárselo. Se habían dicho que, si encontraban alguna vez la oportunidad, la tomarían sin dudarlo. Por eso, cuando lo miran comiendo con su hermana en un pequeño restaurante de la ciudad, no dudan en acercarse para preguntarle si es quien ellos creen.

¿Estaba de visita?

Sí.

(Qué alivio.)

¿Por qué su hermano no les había contado?

No lo sabe: he venido a darles la sorpresa…

¡Qué gusto! ¿Viene por mucho tiempo? ¿Tendría oportunidad de pasar con ellos un rato? ¿O ya tiene su agenda llena?

Supone que puede hacer un espacio. Que le digan ellos cuándo es el mejor momento. Él se arreglará.

Perfecto.

Te ves muy bien, ¿lo sabes? Mejor que cualquiera de nosotros.

Es la buena vida, dice. ¿Quieren sentarse?

¿Se habrá apresurado a decirlo? ¿No habrán estado solo siendo amables, más por su hermana que por él, y los ha metido a todos en un problema? Aceptará la excusa que le den y enviará saludos a sus familias.

¿Estás seguro? Están avergonzados. ¿Habrán actuado con demasiada euforia al verlo? ¿Le habrá molestado que se hayan comportado como si nunca lo hubieran tratado mal en la zona de juegos? No saben si solo está siendo amable con ellos porque su hermana está presente o si de verdad los ha perdonado aunque todavía no le han presentado sus disculpas.

Por supuesto. A menos que tengan algo más que hacer. En ese caso, no los atrasaríamos. ¿Verdad, hermanita?

Verdad.

En ese caso, nos sentamos un rato.

¿Quieren algo?

¿De verdad querrán algo?

Pedir disculpas.

La hermana sonríe.

No se preocupen por eso. Es pasado. Mejor hablemos de ustedes. ¿Se casaron? ¿Tienen hijos?

Sí y sí.

Qué bueno.

¿Son felices?, pregunta la hermana, que sabe lo que su hermano

no. Por eso lo ha llevado al restaurante que es de ellos.

De alguna manera.

Sonríen entre sí.

Nos resolvemos.

Solo por un instante, los hombres frente a él se toman de las manos.

¿Hablan en serio?

¿Por qué bromearían con algo así?

¿Por qué no lo dijeron antes?

Yo no lo sabía.

Yo no quería que me golpearan.

Todavía no quiere que lo golpeen.

Así son las cosas aquí. Se puede tener lo que quieras, pero debes ser muy discreto.

Ahora entiende. No debió usar el vestido, le dice a su hermana. ¿Por qué no se lo impidió?

Porque era importante para él.

Lo importante ahora era ver a su madre. ¿Podían ir esa misma tarde?

Ella preferiría que lo dejaran para el día siguiente.

¿Por qué postergarlo?

No quiere que esté el hermano. Prefiere que vayan a visitar cuando él se haya ido al trabajo. Pero no le da esa razón. Le dice que acordó ver a sus amistades ese día. ¿Quería él acompañarla?

Mejor no. No estaba de ánimo para ver a la gente reaccionar por ser él como era.

No es esa clase de gente.

Ve tú sola. Te hará bien.

Insiste en que quiere llevarlo con ella. Tiene un amigo que quiere presentarle. Cree que puede interesarle.

¿Estás buscándome novio tú? Voy a decirle a tu marido lo que haces.

Al marido le daría gusto. Como ella, pensaba que su hermano se merecía una buena pareja. Alguna vez estuvo tentado a presentarle a un muchacho del pueblo donde él creció, pero desistió porque su mujer le había dicho que su hermano prefería a los rubios y que debían respetar la decisión suya de no mudarse a la costa donde vivían ellos, así ambos estuvieran convencidos de que le iría mejor ahí. Pero nadie podía impedirle pensar que su paisano y su cuñado formarían una bonita pareja. Quién sabía, hasta podrían haber conseguido tener hijos de alguna manera. ¿Se imaginaba ella?

Podrían haberlos ayudado a cuidarlos. Él los habría llevado con gusto al parque o a las consultas con el médico. Habría hecho por ellos lo mismo que por sus propios hijos, si no los hubieran perdido después de que ella por fin había podido quedar embarazada. Parecía que San Judas Tadeo no lo podía todo.

No digas eso.

Pero es cierto.

Le pedimos quedar embarazados, corazón. Nos lo concedió.

Tal vez debieron pedirle dejarlos llegar a término. Y que los dejara criarlos. Y que no fueran a morir antes que ellos. O a enfermar tanto que les pareciera peor que morir.

Tal vez no debió ella dejar de pedirle para sí, quizá debió dejar que fuera solo su gemela la que le pidiera por el hermano que habían perdido y podían perder de nuevo entonces. Pero no se arrepentía. Si él llegaba a sobrevivirla, habría valido la pena el sacrificio. Con un día que respirara más que ella tendría suficiente. No le dice al esposo que dejó de pedir por dar a luz. Tampoco le dijo que le había ofrecido a San Judas Tadeo su felicidad a cambio de que él tuviera por fin la suya. No quería que pensara que el santo al que le tenían un altar permanente en su casa había reclamado a los hijos de ambos como precio. Sería capaz de correrlo a patadas. ¿Quién ayudaría a su hermano entonces? ¿Y a su santo?

Tal vez el destino de ambos era no tenerse más que el uno al otro.

Tal vez su destino era cuidar de su hermano. Quizá nunca debió dejarlo. A lo mejor debió seguir su instinto y dejar a su hermana marcharse sola cuando le propuso seguir los pasos de la que las antecedía. O volver antes. O enviar por él.

Él salió con rumbo a ella. A ella era a quien quería alcanzar. Se podía arreglar sin la otra, pero no sin ella. Cuando estuvo embarazada y se puso muy mal, quiso ir a verla a la costa en la que vivía, pero no pudo.

Lo sabe.

Se sentía muy mal entonces.

No necesita explicárselo.

Luego, cuando se sintió mejor, le dio vergüenza. No sabría bien decirle por qué, pero, con todo y pena, fue a visitarla. Por tierra, con su amiga. Atravesaron todo el sur para lograrlo.

Se lo agradecía. Verlo entonces le ayudó a salir del estado en el que se encontraba. Era una pena que hubiera decidido regresar a donde estaba.

Ambos sabían que tenía que hacerlo: ningún otro lugar podía atenderlo como lo hacían en los hospitales de la ciudad donde había decidido vivir.

Le dice que le habría gustado conocer a sus niños. Ser el tío de ellos.

Le cuenta que su marido y ella habían decidido ponerles el nombre de él y el de Jasmine. Lo habrían obligado a ser su padrino. Habría tenido que vivir nada más para poder cumplirles a los niños.

Cuando lo ve sonreír, piensa que el cambio había sido justo. Estaban a mano San Judas Tadeo y ella.

¿Por qué no intentas de nuevo?

Nunca dejaron de hacerlo.

Tal vez la paternidad no era para ellos.

Él habría querido tener dos hijos, dice.

Esas son estupideces, dice su hermano. Si hubiera querido hijos, se habría buscado una mujer. No como esa con la que se casó: una de a de veras.

Tú ni siquiera la conoces.

Ni quiero. Bastante tengo con tener que estar emparentado con ese como para tener que recibir a otra rara en mi vida.

Es una buena mujer.

¿No será también un poco como tu hermano?

Nunca le ha preguntado. No cree que vaya a hacerlo. No le interesa saber. Le interesa que ha ayudado a su hermano cada vez que él lo ha necesitado.

¿Tú crees que podría ayudarme a mí también?

¿Por qué debería hacerlo?

Está por perder el empleo. No le ha dicho a su madre para no ponerla nerviosa, pero teme que suceda un día de esos. Un partido político diferente al que lo había contratado había ganado las elecciones y era un hecho que cambiarían a todo el personal. No creía poder conseguir un empleo tan bueno como ese y no quería vivir de una manera tan diferente a la que se había acostumbrado en los últimos años. Tampoco quería que la gente que lo había llamado Señor todo ese tiempo se riera de él o se desquitara de cualquier cosa que él les hubiera hecho una vez que lo notaran debilitado. Pensaba con seriedad en mudarse al país donde ellos estaban. De preferencia, a la costa en la que vivía ella. Su otra hermana tenía gastos fuertes con eso de que sus hijos estaban yendo a dos buenas universidades. Y, pues, como ella nunca había tenido hijos, podría alojarlo en la casa grande que tenía con su marido. No

veía por qué podría ser eso un problema. Podía hacerles compañía.

No lo necesitamos. Nunca nos aburrimos.

Podía hacerles pequeños trabajos de mantenimiento en el hogar.

Mi marido sabe hacer de todo.

Podía darles la oportunidad de ser generosos con alguien más, con alguien que lo necesitaba, alguien que de verdad lo agradecería.

¿Sí? ¿Quién?

¿Por qué le hacía eso? ¿Le parecía correcto burlarse de su necesidad? Era como la hermana de ambos que vivía en México: también le negaba su ayuda cuando la requería.

¿Por qué no le pides a tus amigos que te socorran?

Se lo pedirá a su gemela. Sabe que, con todo y los gastos que tiene, no le negará su techo.

¿Por qué no se lo pediste a ella directo, entonces?

Intentaba no molestarla.

Temía hacerlo. De todas, era la que siempre lo había regañado con más fuerza por la manera en que trataba a su hermano. Hasta cuando llamaba por teléfono aprovechaba para sermonearlo por lo que sea que comentara acerca de su hermano o la vida que llevaba. No entendía cómo podía hacerlo cuando él mismo se saltaba los mandamientos de la iglesia con tanta frecuencia que hasta parecía hacerlo a propósito.

Es diferente.

¿Por qué?

Porque yo soy un hombre.

Entonces, como hombre, resuélvase por su cuenta. Deje de andar pidiendo favores.

Te lo compro, entonces.

No hay dinero que…

No es dinero. Tu hermano quiere ver a su madre, ¿no es cierto?

Él podía convencerla de acceder. Solo debía ella asegurarle que lo recibiría en su casa. Y enviarle un boleto, por supuesto. No pensaría que él correría con ese gasto en la situación en la que se encontraba. A ella, en cambio, le iba bien. Siempre le había ido bien.

Gracias a que me encomiendo a nuestro Señor todos los días y procuro hacer el bien.

No le estaba pidiendo él algo distinto. Si ella le hacía un bien a él, él podía hacerle uno al hermano que tanto querían su gemela y ella. ¿Quería? ¿Quería hacer feliz a su hermanito?

Quería.

Tan pronto le comprara el boleto, él podría llegar a verla.

Pero debe poder quedarse a dormir en la casa. No es justo que esté pasando las noches en un hotel teniendo una propiedad en el país.

Era mejor que no lo presionara.

No lo estoy negociando: se quedará en la casa.

Deberá dar algo más a cambio.

No. Incluso puede quitarle lo que todavía no tiene. A fin de cuentas, su hermano ya recibió el golpe de no ser recibido a la primera visita. Si quiere lo que pide, será como ella dice.

Me estás metiendo en un problema. ¿Qué van a decir lo vecinos?

No le importa. Ni siquiera los conoce.

Los amigos, entonces.

No le importan los amigos que lo rechacen.

Déjame pensarlo.

Voy a llamarlo en este momento para decirle que puede mudarse enseguida.

Pero que no venga vestido de mujer. Eso sí que no puedo permitirlo.

Puedes llegar como quieras, amor.

¿En serio?

Sí, mi vida. Tanto Jasmine como tú van a ser bien recibidos.

¿Qué les dijiste para que cambiaran de opinión?

Nada. Ellos solos entendieron su error. Solo no esperes que actúen muy arrepentidos: ya sabes que no son nada expresivos.

No necesita adivinarlo: su hermano no lo quiere ahí aunque haya llegado vestido de hombre, aunque le ayude a entrar su equipaje, aunque le diga bienvenido y le muestre la casa que es de los dos.

Debería ser más masculino.

Claro.

Y debería ser menos llamativo. Al menos mientras esté acá. Esto no es el asentamiento en el que vivían. A la gente de estas colonias no les gusta que…

¿Puedo ver a mi madre?

Cuando vuelva de la iglesia.

¿Puedo ver a mi hermana mientras?

Está en el jardín. La abraza. Le pregunta si sabe quién es.

¿Cómo no va a saberlo? Es su hermano. Ella no es tonta.

Le pregunta si dormirán juntos esa noche.

El tiempo ha pasado solo en su piel y en su cuerpo. En la mente, ha dormido con él la noche anterior. Pregunta por qué no habrían de hacerlo esa noche.

Pensé que tendrías planes. Tal vez ibas a ir a bailar.

Ella no baila. Su mamá no la deja.

Le pediremos que te deje hacerlo.

No le metas cosas en la cabeza. Tú después te vas y nos dejas con el problema a nosotros.

La gemela que lo ha acompañado le pide que se retire. ¿No habían acordado privacidad? Tampoco lo quería cerca cuando llegara la madre. No le importaba que él pensara que era mejor si él mediaba: quería que los dejara a solas.

Luego no me pidas que intervenga.

Tenlo por seguro.

Mamá ha regresado.

El corazón se detiene. El cielo no tiene recuerdos de nubes.

Lo está esperando en la sala de la casa, como a una visita. Le dice bienvenido. Lo invita a sentarse. Él le pregunta si puede darle un abrazo. Ella busca con la mirada a su otro hijo para preguntarle si puede, si es seguro. La gemela dice que por supuesto que puede hacerlo. Es su madre.

Su padre está por llegar. A esa hora, sale siempre a dar una vuelta para mantener el cuerpo funcionando. ¿Qué van a hacer cuando él vuelva?

La gemela dice que nada. Seguir la vida. Es firme. Saludar, si acaso. No puede sacar a su hermano de esa casa. La madre cree que debería irse. No quiere que su marido se enoje. No importa que no les importe: no quiere que se moleste.

No te preocupes: ya no puede hacerle nada ni yo voy a dejar que lo intente.

Yo he venido a verlas a ti y a mi hermana.

¿Y qué te dijo ella?

Que ya las había visto y que ya podía irme.

¿Qué vas a hacer?

Volver al hotel y luego regresar a casa.

Quiere ver al gato que eligió de un refugio para animales el día que sintió que se estaba volviendo loco y se descubrió hablando solo en el apartamento que la ciudad le dio cuando no tuvo ya más fuerzas para seguir trabajando y pagar por su seguro de salud. Su amiga lo convenció de entrar al programa que la ciudad tenía para los infectados. No había nada de vergüenza en ello. Existía para

atender casos como el suyo. ¿Por qué debía dormir bajo un puente habiendo recursos disponibles?

¿No irías a visitarme a uno?

De ninguna manera.

Me desprecias, chula.

Me odiaría a mí misma si te dejara ahí.

No me gusta sentirme una carga.

No lo es. Es nuestro deber como ciudad ayudarlo si lo necesita. Usted lo ha pagado con sus impuestos si quiere verlo de esa manera. Su exesposa sigue pagando por él si eso le hace sentir mejor. Tenemos donantes y también voluntarios que colectan fondos para que esto pueda suceder. Por favor, no se sienta mal por hacer uso de lo que se ha creado para usted.

Contesta muchas preguntas de un formulario. Responde en entrevistas muy amables. Firma una serie de papeles. Se presenta el día que le piden que lo haga. Le entregan una llave. No tendrá que vivir más en el sofá de su amiga. Tendrá ahora un estudio que podrá llamar hogar. La ciudad pagará por él. Esta es su tarjeta para recoger alimentos. Esta otra, su identificación para recibir servicios médicos. Si decide tener un animal de compañía, podemos encargarnos de facilitarle la alimentación y servicios de peluquería según el tipo de mascota que elija.

No quiero mascotas. Gracias.

Si cambia de decisión, háganoslo saber para llevar a cabo los trámites requeridos. Háganos saber también si está todo bien con el estudio, si se siente cómodo o si necesita que efectuemos reparaciones o ajustes. Estamos para ayudarlo.

Conoce ese lugar. Es el estudio de la primera persona que le asignaron en el programa donde trabajaba como voluntario, pero con las paredes pintadas, el piso cambiado y sin las cosas de él. ¿Había muerto? ¿Por eso se lo estaban dando?

No. El antiguo inquilino había decidido regresar a su isla.

¿A morir?

No lo creían. No se lo dicen a él, pero siempre había resultado muy bien en sus pruebas. Ellos le decían que el tratamiento estaba funcionando y que, justo por eso, debía quedarse en la ciudad, pero el hombre insistía en que quería volver a su isla porque necesitaba más sol. Y mejor música que la que había disponible en la ciudad. Quería poder entrar al agua del mar el día del año que le diera la gana. Quería comer como lo hacía antes de llegar a vivir a tierra continental. Quería estar con sus amigos, con su familia. Parecía

que le iba muy bien. Llamaba de vez en cuando a la oficina para reportar que todo marchaba sobre ruedas. Todos ahí creían que, el día que muriera, sería de algo muy distinto. Tal vez de algún exceso, que, en todo caso, se merecía: había resistido la infección desde que había sido considerada una epidemia. Nadie se explicaba cómo.

Se alegra por él. Sonríe cuando encuentra en una repisa una de las piedras que le había ofrecido conseguirle.

Dijo que era un obsequio para la siguiente persona que viviera acá. No tienes que conservarla si no quieres, pero creímos importante cumplir con su deseo.

Se los agradece. Pregunta si es posible tener su número de teléfono para agradecérselo de manera personal. Ellos lo sienten mucho: no están autorizados para proveerle esa información. Pueden, si está de acuerdo con eso, agradecerle en nombre suyo cuando llame de nuevo. Por favor. Díganle que mi nombre es este. Quizá me recuerde.

Nunca lo llamó. No sabe si le dieron el mensaje o si decidió no corresponderle, o si ya murió. En todo caso, conserva la piedra como un recuerdo suyo aunque la amiga cree que no debería tenerla con él. No le confía a la piedra esa. Para ella, eso es brujería. No se siente cómoda con su presencia, por eso no llega a visitarlo al estudio que le ha dado la ciudad. Prefiere que se vean en su apartamento o en cualquier otro sitio de la ciudad.

Cuando le pide que se mude a su estudio para cuidarle al gato mientras va de viaje a su madre antes de morir, ella le dice que mejor trasladen el gato al apartamento de ella. No quiere pasar la noche con esa piedra viéndola. El altar a la Santa Muerte que tiene no termina de gustarle, pero no llega a asustarla tanto como esa piedra.

Él se ríe.

Ella está muy seria.

Dice que la piedra no está más ahí.

¿No?

Se la regaló al último novio que tuvo, un rubiecito que trabajaba con computadoras, vivía a solo dos cuadras de su estudio y frecuentaba el mismo gimnasio al que él iba tres horas al día para hacer algo con el mucho tiempo que tenía desde que la ciudad lo incapacitó para trabajar. Él se la había pedido como recuerdo el día que terminaron. No podían continuar así. El rubiecito se negaba una y otra vez a presentarlo como su novio a su familia. No quería que ella se enterara de sus elecciones. Tampoco quería que él lo

presionara a hacerlo público con sus amigos de fuera de la ciudad o a salir de ella. Ahí era que se sentía bien.

¿Estaba con otro?

Decía que no. El Cara de ángel —como le decían su amiga y él cuando no los escuchaba— juraba que solo con él era que pasaba las noches en las que no debía trabajar y sentía lo que sentía. Pero, luego, andaba en la calle de la mano con un chico del Vietnam al que todos sus amigos conocían y terminó yéndose con él a su país. Supone que se llevó la piedra consigo. O la tiró. El caso es que no estaba más en su estudio desde hacía un tiempo. ¿Podía ella quedarse a cuidar el gato, por favor? A él no le gustaba cambiar de espacios.

ELLOS

Ellos se habrían encontrado en el funeral de la madre. La noticia de la muerte de ella se había esparcido pronto entre la gente que la conocía en la colonia en la que vivían desde que el hijo le compró la casa, la gente que la apreciaba en la iglesia a la que asistía y la gente que la recordaba de su vida antes de los hijos, cuando vivía en un pueblo y el que hasta ahora había sido su marido la tomara en contra de su voluntad porque le había parecido demasiado bonita como para dejarla pasar y terminara obligado por la familia de ella a ofrecerle matrimonio y a firmar el acta ante la vista de todo mundo porque no iban a encontrar a nadie que la quisiera después de lo que él le había hecho y esa era la manera que habían encontrado para que enmendara su error, ya que decía estar arrepentido de su conducta. A la funeraria llegaron las gentes del pueblo en el que había tenido a sus hijos y toda aquella por la que hizo todo lo que pudo cuando pudo. También, la gente del asentamiento en el que estuvieron, sea que vivieran en casas que se habían hecho con ladrillos en el mismo terreno en el que antes tuvieron cartones y luego paredes de lodo o se hubieran ido, a fuerza de trabajo y ahorros, a otras zonas donde nadie supiera que antes habían sido necesitados.

Una niña de ese entonces que ahora era madre de hijos crecidos se encargaba de notificarles a todos las cosas importantes de la comunidad. Así se fueron presentando los vecinos de ese tiempo a dar el pésame y a firmar el libro de las asistencias. Entre los mensajes de apoyo de los amigos de siempre y los nombres de los familiares venidos del pasado de ella, encontró el nombre del niño por el que su madre lo golpeaba. La caligrafía le había mejorado con el tiempo, aunque seguía haciendo algunas letras demasiado largas y otras demasiado separadas del resto.

La mujer que les daba de desayunar cuando su padre golpeaba a su madre, la que la asistió para el nacimiento de él, la que le dio un empleo por primera vez, la gente de la cohetería que no había fallecido en el incendio en el que perdieron casi todo lo que habían

hecho en la vida, todos habían preguntado por él, querían saber cómo estaba y por qué no había llegado.

Yo les dije la verdad: que habías preferido usar el dinero de tu boleto y estancia para cubrir los gastos funerarios de ella, que no podías sacar de otra parte porque habías usado lo que habías guardado para comprarle la casa donde vivió y para pagar por su tratamiento cuando supiste que había enfermado.

No hubieras contado eso.

¿Por qué no?

Su hermano habría estado feliz si lo hubiera callado. Se habría quedado el crédito de ser quién había visto por ella siempre. Le parecía mejor que la gente se enterara de una vez.

No era el momento. No llegaban a eso.

Pero todos se alegraron de saberlo. Te enviaron sus saludos y sus condolencias.

Piensa una vez más que, si hubiera decidido ir, lo habría visto.

¿Lo había visto ella?

La verdad, no podía saber quién era quién ahí. A mucha gente que llegaba a saludarla con familiaridad no la recordaba para nada.

Su madre se habría enojado mucho. Ni muerta te quiero ver con él, se habría levantado a decirle. Él no habría hecho caso esa vez. Le habría dicho Mamá, yo puedo hablar con quien quiera. Si usted no quiere verme hablar con él, dese la vuelta o vuelva a su cajón. Entre muertos podían decirse las verdades sin temer represalias.

¿Qué más podía ella quitarle?

Por el momento, una segunda oportunidad de estar con él. Aunque nadie podía decir que él había llegado ahí para acompañarlo. A lo mejor había llegado por su hermano. Quizá se habían hecho más amigos en la cancha después de que él dejó el lugar. Tal vez solo había llegado por presión de los demás del asentamiento: habría firmado y se habría largado de inmediato.

Te digo que no: llegó varias veces y se quedó mucho tiempo. Yo creo que esperaba ver a tu hermano.

¿Qué te hace pensar eso, papá?

Pues, es que dio su pésame y no habló con tu otro hermano más que lo necesario.

¿Por qué no le hablaste tú?

¿Qué iba a decirle? Yo sabía quién era porque tu mamá me había hablado de él y me lo había mostrado de lejos, pero yo nunca le dirigí la palabra durante nuestro tiempo en el asentamiento. ¿Qué iba a decirle? ¿Que no se acercara al que ya no estaba con

nosotros? Además, yo era un hombre y él era solo un niño. No habría sido bien visto que me le acercara sin razón.

Pero no tuviste problema para acercártele a tu hija o para tratar de matar a tu hijo, ¿no?

¿De qué estás hablando?

Sabes bien de qué.

Él entiende la parte de tratar de matarlo. Está apenado. Sabe que no tiene excusa, pero igual le explica que era muy joven entonces. Estaba ebrio.

Borracho.

De acuerdo: estaba borracho.

Todo el tiempo.

Estaba borracho todo el tiempo. Tenía mis razones.

¿Alguna válida?

Tu madre me engañaba.

¿Sí? ¿Con quién?

Odia hablar en mal de la muerta y hablar del asunto cuando apenas la han enterrado, pero ella lo está acusando. Debe defenderse.

Con el padre de tu hermano.

Por eso era que no lo quería. Por eso era que lo trataba como lo trataba. Le habían metido en el nido un huevo de otro animal. Entonces estaba muy molesto por eso. Lleva mucho tiempo pensando que a lo mejor es gracias a los genes de ese otro hombre que sigue con vida porque otros de su familia se han infectado igual y no han resistido demasiado.

¿Su padre está vivo?

No.

¿Está seguro?

Mucho: él mismo lo mató. Sin que nadie se diera cuenta. No podía vivir con eso. Tampoco con lo que le había hecho al niño. Lo echó de menos cuando se fue, ¿sabe? Como a ellas. Se preocupó cuando no llegó a encontrarlas. Le dijo a su esposa que iría a buscarlo, pero ella le dijo que no fuera a moverse de aquí. No quería que tocara a su hijo. A lo mejor pensaba que lo mataría también.

¿Lo habrías hecho?

Pensaba que podría haber sido un buen muchacho. Con su gracia, seguro habría conseguido muy pronto tener un puesto propio en el mercado.

Todo mundo le habría comprado, sin importar lo que vendiera.

Lamentó no haberlo visto cuando llegó. Entendía que él no hubiera querido verlo siquiera en un cruce de camino. Le agradecía que lo dejara vivir en la casa que había comprado para su madre y que permitiera que comiera de la comida que se compraba con lo que enviaba.

¿Y lo otro?

¿Qué es lo otro?

Le cuenta que su madre decía que él se acostaba con su hermana mayor.

Imposible.

Lo dijo.

¿Por qué la tocaría?

¿Por qué mentiría la madre?

Le creía a su hija cuando ella se quejaba de que su papá le hacía esto y le hacía lo otro, y que una vez hasta llevó a sus amigos para que le hicieran lo mismo. No quería preguntar más.

Te juro que no he sido yo.

Ella dice que es cierto. Era su padre. Pero no ese, sino el otro.

El hermano le decía que él era su padre y que tenía que obedecer cuando él o sus amigos le hacían lo que le hacían.

Los amigos creen que puede haber problemas.

Él no cree que hable. Y, si lo hace, ¿quién le va a creer a una idiota a la que hay que atar a los árboles o encerrar en una jaula?

Si yo lo hubiera hecho, ¿por qué no me descabezó tu madre mientras yo dormía? Ahí estaba mi machete afilado al alcance, ahí tenía mi pistola cargada a la mano.

¿Nunca te lo reclamó?

Jura que no. Jura también que puede resolver el asunto esa misma noche.

Ese malnacido va a saber quién soy.

Había lamentado que su hijo menor hubiera tenido que regresarse de donde su hermana a los pocos meses de haberse ido para cuidar a su madre enferma. Ahora pensaba que había sucedido para que no se fuera de este mundo sin pagar su deuda. Las gemelas no querían pensar mal, pero creían que la noticia le había llegado a tiempo porque le daba la excusa perfecta para no tener que trabajar fuerte como el país donde estaban exigía a los que recién llegaban, no perder su permiso para permanecer en él y recibir mes a mes el dinero que entre los demás enviarían para pagar por el tiempo que invertía él en cuidar de ella. La hermana que las antecedía decía que debían comprobar antes sus sospechas.

No vayas a matarlo, papá. Es tu hijo.

Por eso es que tengo que hacerlo. Es mi responsabilidad.

Te van a meter a la cárcel.

¿Y no me lo merezco?

Quizás, antes. No estaba tan segura de que lo mereciera ahora.

No sabe responder a esa pregunta.

Si quieres hacer algo, tienes que cuidar a tu niña mayor.

Por supuesto.

Y ayudar a tu otro hijo. Aunque no lo sea.

Puede encontrar a ese muchachito por él. ¿Todavía frecuenta el caserío en el que el asentamiento se volvió, no? Puede preguntar ahí por él. Alguien debe saber cómo contactarlo. Si no, ¿cómo fue que llegó al funeral?

La chica que ahora es madre de hijos crecidos lo llamó. Algún tiempo atrás habían sido novios, pero terminó dejándolo por un muchacho mayor que vivía en el lado del asentamiento donde primero llegaban las ayudas, un compañero de las gemelas que había querido ser novio de alguna de ellas, de la que fuera: al final, era lo mismo. Lamentaba la decisión. No se arrepentía (tanto) de los hijos que tenía, pero cree que su vida habría sido otra si hubiera seguido con el muchachito por el que él preguntaba. Viviría ahora en la casa bonita que él tenía muy lejos de esa zona. Aunque tampoco podía estar tan segura de ello: no creía que él hubiera sufrido tanto con la separación. De hecho, a veces piensa que hasta se sintió aliviado cuando ella le avisó que lo dejaba por otro. Lo cree porque nunca dejó de hablarle ni le guardó resentimiento. Este es su número de teléfono. Dígale que yo se lo di para que no se moleste. Igual, no creo que se enfade: no titubeó al decir que iría al funeral de su esposa cuando le avisé de quién se trataba. Parece que les tiene mucho aprecio.

Eso creo.

A otras actividades de la comunidad no ha querido asistir. Me toca rogarle con frecuencia.

¿En serio?

No es que sea engreído: pasa muy ocupado. Trabaja todo el tiempo.

Dice que es mejor llamarlo por las noches. O dejarle mensaje.

Le diré.

¿Qué dices?

Que este es su número, corazón.

Sonríe.

For real?

Asiente.

Gracias.

¿Vas a llamarlo?

¿Cómo crees? ¿Qué le voy a decir? ¿Que estuve enamorado de él? ¿Que todavía lo estoy un poco?

Quizá funcione…

¡Estás mal!

Anda.

Te agradezco el gesto, pero no. No quiero que vuelvan a insultarme.

No podría soportarlo de él. Entonces sí que se le bajarán las células T y se les morirá ahí mismo. Tendrían que buscar cómo enterrarlo porque todavía no había juntado suficiente para resolver eso. O, mejor pensado, lo hacían cenizas.

¿Quiere regresar al país en polvo?

No. Quiere estar una parte con cada una de las gemelas. Y dejarle un poco de lo que quedara de él a su amiga, si es que eso no le resultaba perturbador a ella. Hay cosas que la asustan, dice.

No creo que las rechace.

Le debe mucho a ella, ¿sabes, papá?

Eso dicen las gemelas.

Le deberán toda la vida ahora que ha aceptado dar a luz una hija para la que no había podido tener una. Ha aceptado solo porque la madre de ellos ha muerto. Con ella viva, jamás se habría animado. ¿Qué habría dicho de todos ellos?

¿Quién dice que le habrían contado?

¿No creen que se habría dado cuenta?

Solo habría visto a la niña, a la pequeña Jasmine que iba a crecer en la otra costa y sería cuando grande lo que quisiera ser, y la alegría de los padres. Habría bastado, creen. Les bastaba a ellos. ¿No lo veía? Estarían perpetuados. Su hija sería también la hija de su hermano. Y la hija de ella si ella así lo quería. Podría llegar a verla las veces que quisiera. Podría la niña ir a pasar temporadas a la costa suya si quería. Nunca le ocultarían su origen, dice la gemela.

Su milagroso origen, dice el marido de ella.

Porque casi que eres virgen, tú, dice su amigo.

Pero vieja.

Cierto. Tendremos que tener cuidado con eso, pero, en principio, su sistema reproductor funciona, señora. Lo demás ya solo

dependerá del padre. ¿Cuál de los caballeros va a ser?

Al principio habían querido que fuera del marido de la gemela sin hijos, pero terminaron por decidir que fuera del hermano de ella: su marido era muy feo. Era mejor que se pareciera a su hermano. Todos estaban de acuerdo en eso. Se reían. El marido también se reía. No le importaban los detalles. Solo quería un hijo. O una hija. O todos a los que la amiga estuviera dispuesta. ¿Qué le parecían ocho?

No la molestes. Si luego cambia de decisión por tu culpa, jamás te lo perdonaré.

No va a cambiar de decisión, ¿verdad?

Me dan ganas, fíjese.

Está bromeando. Han hablando mucho al respecto. Sabe que, si no lo hacen en ese momento, puede que ya no lo consigan. Ni uno de ellos. Su hermana y su marido serán ya demasiado viejos para criar. Su cuerpo ya no será capaz de concebir. El suyo podría ir debilitándose tanto que no sería capaz de donar ya. Había cambiado mucho, ¿sabía? La mayor parte del tiempo, ya no sentía el deseo que lo había movido antes.

¿Desde cuándo?

Desde que volvió de ver a su madre. Desde que empezó a tomar las medicinas.

Sus amigos no le creían. ¿Cómo iba a ser que él, siendo como era y teniendo un apartamento para él solo, no iba a estar llevando a alguien a casa? No importaba cuántas veces les jurara que no, no lo aceptaban.

Seguro no tienes a alguien porque llevas a uno distinto cada noche. Si serás…

Que no.

Entonces, ¿sal conmigo, no? Mira que desde que mi novio murió, nada es lo mismo.

¿Tú sigues con eso?

Sabes que sí.

Sabe también que tiene un novio afroamericano. No tiene nada en contra de los afroamericanos, pero este no le gusta. ¿Sabe que lo engaña con otros?

Sí. No es que no le importe, pero lo prefiere a estar solo. No le gusta la sensación de vacío que se apodera de las casas.

¿Has probado tener una mascota?

Tiene un perro. El del novio. Lo cuida más que él.

Deberías conseguirte tu propia mascota. Y un novio que te

quiera, mana.

¿Y a ti qué te importa lo que él decida?

Tú cállate, que ni pagas recibos en esta casa y, según entiendo, tampoco le cumples con lo otro.

No te metas en nuestra vida.

Hecho. Si quieres verme, tendrá que ser fuera de esta casa. Yo, con este hombre acá, no vengo.

Gracias al cielo.

No lo trates así. Es mi amigo.

Tu amigo es un entrometido.

Pero tiene razón, fíjate.

¿En qué de todo?

En que es hora de que te largues, querido.

Luego no me busques.

No lo hará. Con lo que el esposo le dejó, como dice su amigo, puede ir al café donde lo conoció a él y hacerse de un jovencito con quien disfrutar. Pero quiere algo más estable. Le han dicho de un peluquero de su país de origen que ha llegado al distrito hispano desde el punto opuesto del país. Huye de un novio que lo golpeaba y que por poco lo mata. Quiere algo más estable ahora. Puede que sea el momento de ambos. Él no tiene mucho cabello para cortar en ese momento, así que entrará a su salón con otro pretexto. O sin él. ¿Quién los necesita? Si las cosas funcionan y los rumores de que el matrimonio estará permitido para ellos dentro de poco, puede que hasta terminen casados.

Invítame a la boda, entonces.

Mantente con vida hasta entonces y lo haré.

Puede tener por seguro que lo hará. ¿Quiere que lo acompañe también a ver al afortunado?

No. No vaya a ser que se fije en él. Es mejor que ni se asome por ahí hasta que él vea que todo es seguro y no se le escapa de las manos.

Como quieras. Pero ¿puedo venir siempre a limpiar?

Claro. No va a negarle la oportunidad. Sabe que necesita el dinero. De ahí sacó para pagar por la enfermedad de su mamá. De ahí costeó el funeral de ella también. De ahí consigue lo que envía para la manutención de su hermana, del padre suyo que la cuida y de la mujer que deben pagar ahora para que cuide del padre, que es ya un hombre mayor y no puede valerse por sus medios.

¿Le sorprende que no lleve una vida glamorosa en ese país?

No. Tampoco es que esperara lo contrario.

No quiere que se haga falsas ideas: no tiene dinero, como algunos creen. Trabaja como housekeeper de las casas de algunos amigos. ¿Debería decir que también de antiguos amantes? No parece gran cosa, pero se arriesga a perderlo todo si los de la agencia que le da casa y comida, y mascota, y comida y peluquería para la mascota se enteran. Se supone que no debe trabajar porque no tiene fuerzas ya para hacerlo. Y no las tiene. En serio que no las tiene. Las saca no sabe de dónde para cumplir con lo que considera su deber de hijo y de hermano. Sus amigos son muy gentiles: le pagan por debajo de la mesa. Se lo obsequiarían sin problema —ha sido siempre muy bueno con todos—, pero él no lo permitiría. Es esa clase de persona.

Eso decía mi madre.

¿Sí?

Alguna vez nos dio para comer, ¿sabe? Cuando no teníamos nada.

¿Vive todavía su madre?

No. Falleció hace mucho tiempo. Cuando él era adolescente. Unos familiares se lo llevaron a vivir con ellos cuando eso sucedió. Así salió del asentamiento, entró a otra escuela y cambió de vida. Estudió en la universidad. Tiene un trabajo estable.

Quiere preguntarle si está casado, pero le parece impertinente.

¿Sí? ¿A qué se dedica?

¿Habrá sonado demasiado interesada?

Él le explica. Le pregunta si su hermano tiene planes de visitar el país pronto.

Sabe que no, pero le dice que es probable.

No está segura. Ahora mismo está en medio de un asunto que le ocupa mucho tiempo.

Está en la otra costa. El proceso está por iniciar. Esta vez, fue en avión. Con su amiga.

La gemela sin hijos se lo agradece una vez más.

Ya le dijo que no es necesario.

Nunca está de más.

¿Qué dirían sus madres si todavía vivieran?

¿Lo entendería la suya?

¿Lo entendería?

No lo cree. Le habría dicho que era una locura como sucedió cuando le anunció que tendría un hijo antes de decidir irse a vivir en el país donde había conocido a su hermano y no tener más casa con chofer como tenía entonces. Le dijo que no veía la necesidad,

que había maneras de solucionar eso. Ya lo habían hecho con su hermana un par de veces.

A veces la gente se equivoca dos veces.

Lo de ella no había sido un error. Ya se lo había dicho. Sucedió con el hombre a cargo del que las dejaron cuando salieron ella y su padre de viaje.

Le costaba creerlo. Era un hombre honorable.

Pues el hombre honorable va a ser padre.

Ya es padre.

Pues lo será de nuevo.

No. No vas a crearle más problemas a su mujer.

¿Más problemas?

La pobre tiene ya muchos.

No quería que otra tuviera las dificultades que ella.

¿Usted cree que yo le creé un problema a ella?

Puedes no hacerlo.

Yo no le creé un problema a ella, mamá. Su marido…

Su marido no habría hecho nada si tú no lo hubieras

¿Matado en el momento?

Permitido.

No quería decirlo, pero ella la obligaba: pensaba que algo debía haber dicho o hecho, o sugerido para que un hombre como él hiciera lo que ella reclamaba. Ya la había visto actuar. Era una coqueta. Lo habría heredado de la familia de su padre porque de la de ella…

No lo puedo creer.

Lo que yo no puedo creer es que quieras tener un hijo a esta edad, sin sentido, sin futuro.

Sentido y futuro tenía. Lo que no tenía entonces era el carácter para defender su punto. Nunca lo tuvo frente a ella. Pensó en algún momento que sí porque había conseguido hacerla entender —o desistir— eso de que deshacerse de la criatura era un pecado ante la iglesia a la que asistían. Luego se dio cuenta de que no porque la dejó tomar al niño que era de ella y llevárselo a un sitio que no le reveló. Le dijo que no iba a dejar que arruinara su futuro. Todavía podía tener una vida buena, como su hermana, que, después de dos abortos, había conseguido casarse con un hombre que, si bien no la hacía feliz, le facilitaba todo lo que necesitaba para olvidar que no lo era. ¿No quería lo mismo para ella? No. Por eso se fue. Y, cada mes, le envió a su madre dinero para el niño porque ella estaba segura de que su madre mentía cuando decía que lo había

entregado a alguien que se lo había llevado y no había revelado dirección. Sabía que su madre le entregaba el dinero a la persona a la que le había confiado el niño aunque le dijera que no había más niño ya.

Cuando supo que iba a morir, le dijo que siguiera enviando la cuota a una cuenta de banco que había abierto con la persona que se había encargado de cuidar de él. No necesitaba saber su nombre. El número de la cuenta era este.

Se lo dictó.

Deposita cada mes desde entonces. Siempre ha habido retiros.

¿Se imagina cómo es?

Le gustaría que se pareciera a su hermano, le dice a la gemela.

La que van a tener lo hará.

Cuando nace, él le da como regalo su imagen de la Santa Muerte y la piedra que el hombre de la isla le dejó.

¿No que se la habías dado al Cara de ángel?

¿Cómo se la iba a dar a él?

Me lo dijiste.

Para que te quedaras en el apartamento. Para que llegaras a visitarme siempre.

No quiero que mi hija tenga eso en su habitación.

Era la hija de todos. Debía aceptar que las tuviera. Una a cada lado de San Judas Tadeo, por supuesto. A él le debían tenerla con ellos. Y a ella, claro estaba. ¿Le molestaría que tuvieran una foto suya en el altar?

No me parece correcto.

Pon una mía, entonces. A mí también me lo debes.

Querido, tiene tu cara y va a tener tu nombre.

¿Puedes ponerle el nombre de ella también?

Puedo. ¿Quieres?

¿No quieres que lleve el tuyo?

El marido dice que con un nombre de flor basta.

Va a parecer jardín la niña si le ponemos el de ella en lugar del suyo. Por favor, acepte. Por el bien de nuestra niña.

Acepta.

Va a llamarlo la noche en que regrese a su costa después de ver a la bebé.

Hágalo por cobrar.

Eso no es problema. Solo quiere saber si es prudente hacerlo: él no lo llamó cuando le dio ella su número. ¿No cree que prefiere no

conversar? A lo mejor no lo recuerda como ella cree.

Le aseguro que sí.

¿Entonces? ¿Por qué no lo llamó?

Ya le dije: estaba ocupado en un asunto importante. Estaba preocupado de que algo fuera a salir mal. Seguro no quiso compartir la noticia antes de que fuera un hecho. No le gusta ilusionarse. No le hace bien.

Los médicos han descartado toda posibilidad de infección en la niña. Está más tranquilo. Ha podido dormir en el avión.

Le gustará la sorpresa.

¿Usted cree?

Llámelo a esta hora de nosotros, esta de ustedes.

De acuerdo.

Llama luego de que la gemela de esa costa lo ha recogido en el aeropuerto y lo ha dejado en su estudio ya comido y con el reporte completo de lo que el gato hizo durante su ausencia.

Se portó bien mi baby.

Le dice que lo llamará cuando llegue ella a su casa.

OK.

Le pide que no tome sus medicinas hasta que eso suceda.

De acuerdo.

No quiere que se duerma antes de hablar con ella. Espera que le conteste.

Ya entendió.

Sus sobrinos le mandan saludos y felicitaciones. Y sus gracias por la primita.

¿No se lo dijo cuando lo recogió en el aeropuerto?

Se lo dijeron muchas veces, así que lo hace ella otras tantas.

Lo besa una vez más. Se marcha.

Suena el teléfono.

La voz al otro lado de la línea dice que es su padre. Llama para felicitarlo por ser padre. Quiere agradecerle lo que ha hecho por su hermana.

Silencio.

No le pide que regrese, solo quiere que sepa que puede volver cuando quiera: la casa es suya. Logró que su hermano la devolviera. Ya no vive ahí. Su hermana está protegida. Ya no tiene de qué preocuparse.

La respiración se vuelve pesada.

No lo molesta más. Le desea buenas noches. Y susurra una

disculpa.

Cuando el teléfono suena una segunda vez, tiene la garganta cerrada. Apenas puede responder Sí cuando la voz al otro lado del auricular le dice Me cuentan que acabas de ser padre.

Te felicito.

Gracias.

Yo tengo dos hijos, ¿sabes?

No necesita preguntar quién es.

El primero se llama como mi hermano. Al segundo le pusimos el nombre tuyo.

¿El mío?

Mi madre habría querido. Ella tenía razón: eras una buena persona. La mejor para nosotros. Sufrimos mucho cuando te fuiste.

¿Sí?

Después de un tiempo sin noticias tuyas, ella comenzó a rezar todos los días por ti. No me preguntes a cuál santo: yo los veo a todos iguales.

Se ríe.

Tu madre nos daba dinero del que enviaban tus hermanas. Decía que tú nos enviarías si pudieras.

No sabía.

¿Cuándo vienes de visita?

¿Quieres verme?

Claro. Y pagarte: todavía te debemos el dinero que nos prestaste para comprar comida.

No seas tonto.

¿Cuándo?

No lo sabe. Pronto. Cuando consiga dinero para el boleto y para una pequeña recepción en honor de su madre. Algo simbólico. Para las de ambos si él quiere.

Por supuesto.

Llegará con su esposa y sus hijos. Lo abrazará. Lo presentará a ella como el mejor amigo que tuvo en el asentamiento: le enseñó a sumar bien, le enseñó a leer bien, le enseñó a escribir mejor.

Pero ni tanto: sigue teniendo mala letra.

Se reirá. Le pedirá a los niños que lo llamen tío. A la hora de despedirse, volverá a abrazarlo. Le dirá que le alegra haberlo recuperado.

LA AUTORA

Claudia Hernández (San Salvador, 1975) ha publicado los libros de cuento *De fronteras, Otras ciudades, Olvida uno, La canción del mary Causas naturales*, y la novela *Roza, tumba, quema* (Laguna Libros, 2017), que está siendo traducida al inglés y al francés.